

HOMILIAS

PARA EL

LECCIONARIO DOMINICAL

Año B



HOMILIAS
PARA EL
LECCIONARIO DOMINICAL
AÑO B

**Trabajo coordinado y revisado por el
Rvdo. Isaías A. Rodríguez, Lic. en Teología**

**Editadas por el
Rvdo. Canónigo Daniel Caballero**

Publicado por la Oficina del Ministerio Hispano
Iglesia Episcopal
815 Second Avenue
New York, NY 10017
Desarrollo congregacional étnico

Año de gracia de 2002

Presentación

Cuando asumí el cargo de Misionero Oficial para el Apostolado Hispano en nuestra Iglesia, una de las necesidades más apremiantes era la de una obra homilética que facilitara la tarea de quienes trabajan en la viña del Señor. Surgían demandas por todas partes pidiendo, a gritos, una obra como la que hoy presentamos. Por ello, movidos por esa necesidad y amparados en la protección del Señor, iniciamos el camino, sin estar seguros adónde nos conduciría. Hoy puedo estar orgulloso y satisfecho de ofrecer esta primera serie de homilías correspondiente al **Ciclo B** del *Leccionario Dominical*.

Este Ciclo B, se encuentra también en Internet, junto con los Ciclos A y C, que en años sucesivos se prepararán para la imprenta.

Aprovecho esta oportunidad para dar las gracias a todos los hermanos clérigos en el ministerio que, tomando tiempo de sus ocupados días, han colaborado en la confección de estas homilías. Estoy especialmente agradecido al Rvdo. Isaías A. Rodríguez, que ha dedicado a este trabajo infinidad de horas, para lograr que las homilías sean aceptables de la mayoría del público. Invito al lector a leer, con detención, la introducción que él mismo ha preparado, explicando lo difícil del proyecto. Su introducción es asimismo interesante bajo el punto de vista homilético en general.

Que la lectura y predicación de estas homilías sirvan para acercarnos más a aquel que tiene palabras de vida eterna, Jesús, nuestro Salvador.



El Rvdo. Canónigo Daniel Caballero, Misionero
Desarrollo congregacional étnico

Colaboradores

Alvaro Araica

Abdías Ávalos

Oscar Carroza

Fernando Gómez

Armando González

Carmen Guerrero

Juan Jiménez

Bernardo Lara

Alejandro Montes

Isaías A. Rodríguez

Onell Soto

Hugo Videla

Introducción a las homilías

No sin cierta satisfacción ofrecemos al público hispano estas homilías para el *Leccionario Dominical y Festivo*. Inicialmente se escribieron para cubrir la escasez de sacerdotes cuyo primer idioma es el castellano. Así, sacerdotes sin dominio del español podrían leer una homilía ya preparada. También podrían, en caso de carencia total de sacerdotes, ser leídas por líderes laicos.

Tanto la homilía como el sermón pertenecen a un género tan privado como el epistolar. El predicador manifiesta su personalidad predicando. La predicación es tan personal que, en todo rigor, no se puede repetir, como no se puede duplicar la personalidad, ni con la moderna clonación. También cambian los estilos. Hoy nos resultaría muy difícil leer un sermón de San Juan Crisóstomo.

Personalmente no puedo predicar el mismo sermón dos veces. Los domingos predico en tres misiones. Cada una tiene unas características peculiares. El ejemplo que es válido y certero para una, no lo es para otra. Más aún, a veces, la experiencia de una comunidad me sirve para ilustrar algún aspecto doctrinal en otra misión. Así pues, en cada una de ellas predico un sermón diferente, aunque sustancialmente ofrezco el mismo mensaje.

El trabajo editorial de este libro ha intentado dar cierta universalidad a la forma y contenido de las homilías; sin embargo, un lector atento podrá observar, tras las mismas, una personalidad diferente, y es que son fruto de varios autores. Ello ha enriquecido este conjunto de homilías. Cada escritor se ha fijado en detalles que uno solo no hubiera captado.

Ahora bien, si la predicación es tan personal, y si el sermón debe estar encarnado en una comunidad, ¿cómo será posible presentar homilías válidas para toda una Iglesia, donde hay cientos de comunidades y cada una de ellas con idiosincrasias diferentes? Esto pone de relieve lo arduo de la tarea. En efecto, yo no podría contar, en un sermón que va a ser leído por un extraño, una experiencia tenida cuando vivía en el monasterio. Resultaría ridículo. De ahí la necesidad de dar cierta generalidad a las homilías a menoscabo de mayor intimidad y localidad. Como apuntamos al principio, el primer

objetivo de cubrir la falta de sacerdotes bilingües, ha sido el motor y guía de estas homilias. Ante tal imperativo, es mejor contar con un escrito un tanto aséptico que privar a la comunidad de un comentario de la Palabra divina.

Por otra parte, al paso que estas homilias, colocadas en el ilimitado campo de Internet, eran curioseadas por un amplio público, nos fueron llegando notas positivas de ánimo y felicitación por el trabajo ofrecido. Y pudimos observar que no sólo los destinatarios mencionados hacían uso de ellas, sino otros muchos lectores, que incluso no iban a predicar ese domingo. Esto no deja de ser un encomio si se tienen en cuenta las limitaciones observadas.

Las homilias son cortas intencionadamente. Recuerdo que en los años sesenta, estando yo en Roma cursando teología y en pleno Concilio Vaticano II, cuando se debatió el documento “Sacrosantum Concilium” sobre la sagrada liturgia, alguien tuvo la feliz idea de realizar una encuesta sobre la predicación entre los reporteros, que, de todo el mundo, se encontraban en la ciudad eterna. La pregunta era sencilla, ¿cómo le gustaría que fuera la predicación en la Iglesia? La mayoría, casi absoluta, respondió que la homilía no debiera pasar de cinco minutos y que debía ir al grano. Añadían que se predicara con más frecuencia pero nunca extensamente; “proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo” decía Pablo (2 Tim 4,2). Aprendí bien la lección. Hoy no puedo tolerar sermones de veinte minutos, en los que el predicador no hace más que acumular ejemplos y aburrir a la gente. Está llenando el saco de paja. Paja estéril. Cuentan anécdota tras anécdota y muchas de ellas recogidas de libros o de escritos homiléticos. La mayoría de esos cuentos no pegan bien. Lo que cala en la gente son las anécdotas vividas por el mismo predicador. Esto no quiere decir que el predicador nos cuente sus triunfos, o su penosa vida, para que le admiremos o le compadezcamos. La anécdota tiene sólo el valor funcional de ayudar y apoyar el interés y el contenido del tema del día. En una palabra, en mi opinión, lo que pase de diez minutos es tiempo perdido. No olvidemos la filosofía de los adagios populares; aquí nos viene al pelo el que dice que “lo bueno, si breve, dos veces bueno”.

El sermón o la homilía no debe ser un medio para lucirse uno, sino para alimentar espiritualmente al pueblo. Hay predicadores que desde el púlpito nos dan clases de psicología, de política, o de filosofía. Cursaba yo filosofía cuando nos llegó un profesor recién doctorado de la Sorbona de París. Sus sermones eran todo un alarde de filosofía existencialista, muy en boga por aquellos años. El pueblo que escuchaba, en su mayoría humilde, se quedaba ayuno de todo. Tampoco aguanto sermones en los que el

predicador hace alardes filológicos aunque en realidad no domine ni el hebreo ni el griego ni el latín. Podríamos decir: “¿elocuente? Sí. ¿Edificante? No”. Según algunos expertos, Jesús conocía al menos tres lenguas, sin embargo nunca actuó como un filólogo en su predicación. Habrá casos en que sea necesario, y sólo de pasada, mencionar el origen de una palabra, pero no realizar equilibrios lingüísticos. El buen predicador tiene que ser competente para ofrecer el tema del día, de una manera sólida, en diez minutos; si no lo logra, es que, o no se ha preparado bien o que carece de capacidad de síntesis.

Contra la vanidad de los predicadores San Juan de la Cruz mantenía una actitud rigurosa prohibiendo predicar a frailes que lo hacían para lucirse. Veamos lo que dice el santo en la *Subida del Monte Carmelo*: “El predicador para aprovechar al pueblo y no embarazarse a sí mismo con vano gozo y presunción, conviéndole advertir que aquel ejercicio (de la predicación) más es espiritual que vocal; porque, aunque se ejercita con palabras de fuera, su fuerza y eficacia no la tiene sino del espíritu interior. De donde, por más alta que sea la doctrina que predica y por más esmerada la retórica y subido el estilo con que va vestida, no hace de suyo ordinariamente más provecho que tuviere de espíritu”(III, 45). Pablo estaba convencido de haber recibido ese mensaje de austeridad del mismo Cristo. “Me envió a predicar la buena noticia, sin elocuencia alguna, para que no se invalide la cruz del Mesías” (1Cor 1,17). En el sermón debemos ofrecer “la Buena Noticia”, no nuestra encumbrada personalidad. En el sermón no podemos ponernos como ejemplo repitiendo incesantemente el “yo”. En el sermón no podemos predicar a los pecadores sin incluirnos en ellos. Toda actitud paternalista y pontifical suena a huero si no está respaldada por una vida muy santa. Es necesario vivir una vida de entrega y santidad de lo contrario la superficialidad de nuestra vida quedará patente en el sermón. Un sermón sencillo predicado por un alma santa producirá más fruto que otro elegante pronunciado por un predicador sin vida espiritual. El mismo Sancho Panza lo decía: “Bien predica quien bien vive”.

Esto no quiere decir que se pueda predicar sin preparación alguna. Antes bien, es necesario dedicar muchas horas de estudio y reflexión para ofrecer algo sustancioso al pueblo de Dios. Es necesario leer y releer los textos bíblicos asignados para el domingo, dedicar tiempo a una exégesis de los mismos, interpretarlos, y optar por el tema más importante que se trasluce en las lecturas, sobre todo en el evangelio. El predicador que no cuente con un buen diccionario bíblico, y con un comentario bíblico sólido, a la larga no hará más que ofrecer vulgaridades a la comunidad. Si queremos que nuestro sermón esté encarnado en la comunidad en que vivimos no podemos olvidar temas humanos y

sociales que abarcan a toda la humanidad. Con ello, quiero implicar la necesidad de leer algunas publicaciones serias, algún periódico o alguna revista de peso nacional.

Por otra parte, hay sacerdotes que se suscriben a varias publicaciones homiléticas, y luego se las ven y se las desean para sintetizar tanto material. San Agustín decía que temía a la persona que usaba sólo un libro. Efectivamente, no hace falta una multitud de publicaciones, sino unos pocos libros sustanciales. Personalmente recomendaría a todos los lectores el excelente trabajo de Reginal H. Fuller: *Preaching the New Lectionary: The Word of God for the Church Today*. Fuller es un escriturista experto y ofrece exégesis bíblica de primer orden, además de sugerir ideas o temas para la homilía del día.

¿Cómo podremos concretizar ese contenido que tras una lectura asidua y reflexiva tenemos en nuestra mente? Habrá que darle, al menos, tres partes elementales, introducción, cuerpo y conclusión. Pero quiero ofrecer al lector un pensamiento de Cicerón que juzgo muy apropiado. Dice: “El mejor orador es el que pronunciando un discurso (el sermón) enseña, deleita y promueve las almas de los oyentes. Enseñar es una obligación, deleitar un regalo, y promover necesario”. El escritor norteamericano William Safire ha señalado que cuando Pericles daba un discurso la gente respondía: “¡Fascinante!” Mas cuando lo pronunciaba Demóstenes la gente gritaba: “¡En marcha!”.

Veamos brevemente esos tres elementos. *Enseñar*, es una obligación. La mayoría de nuestras audiencias carece de una formación religiosa básica y no parece inclinada a un estudio serio impartido los domingos en aulas y menos aún durante la semana. Es obligado, pues, que todo sermón sea fundamentalmente didáctico. Esto no quiere decir que el predicador se ha de convertir en profesor y demuestre pedantemente todo su saber, no. Se trata de ofrecer doctrina sólida de una manera reflexionada, logrando que el público piense activamente con el predicador. Al mismo tiempo es necesario *deleitar* con una pequeña dosis de humor que tiene la función de captar la atención de la gente, suavizar la tensión en unos momentos de concentrada intensidad y facilitar el recuerdo del contenido del sermón. No se trata de convertir el sermón en una serie de chistes o de anécdotas graciosas, sino de algo que, como la sal, sazone la comida. Como norma general, los mejores sermones no son aquellos que nos deleitan constantemente, sino los que nos inquietan, molestan y retan a algo superior. Así predicaban los profetas, así lo hizo Jesucristo. Finalmente, de nada nos serviría formar e informar las mentes, de nada nos serviría alegrar sus espíritus si al final del sermón no estuvieran dispuestos a la acción. Es pues necesario *promover* los espíritus de los oyentes, a cambiar de vida, a tomar parte en un proyecto, en una palabra a ¡ponerse en marcha! Para lograr esto se ha de predicar

con convencimiento y con pasión, de tal manera que nuestra personalidad quede manifiesta con autenticidad en lo que decimos.

Todo lo dicho hasta hora quedó plasmando hace ya dos mil años en el maestro de todos los maestros: Jesús. Su vida era santa. Sus sermones, breves y con enseñanza, llenos de deleite y picardía, y movían a la gente a seguirlo.

El objetivo final de todo sermón debe ser estimular al pueblo a cambiar de vida y lanzarse en marcha hacia ideales más nobles. Este brío arrollador difícilmente se puede conseguir en un sermón escrito y leído. Pero si el predicador vive una vida cristiana de fidelidad y entrega a la palabra divina, puede lograr milagros que la letra escrita y muerta no ofrecen.

Finalmente, quiero añadir un factor esencial para la buena predicación. Se trata de escribir el sermón. Dice el maestro de la oratoria Cicerón que “Nada ayuda tanto al orador como escribir el discurso (sermón)”. Efectivamente, muchos predicadores adolecen de esta debilidad, sin embargo, la escritura del sermón ayuda a verse a uno mismo como en un espejo. Nos damos cuenta de nuestros propios defectos, como: falta de lógica en el orden de pensamientos, falta de claridad, repetición innecesaria de un mismo término, carencia de ilustraciones, carencia de términos concretos y abuso de abstractos, multiplicidad de temas, demasiados incisos que confunden a la gente, frases muy largas, repetición de lugares comunes. Todo esto se puede corregir si escribimos el sermón con antelación.

Este párrafo pudiera parecer una contradicción con el anterior. Tenga el lector en cuenta que hablamos de casos distintos. En el primero, hablamos de sermones escritos, un tanto descarnados, y para una audiencia muy general. En el segundo, enfatizamos con Cicerón la conveniencia de usar la escritura como un medio para lograr un buen sermón para un auditorio particular y específico. Una vez revisado y corregido, podemos darle vida y pasión en la presentación del mismo.

¡Ojalá que esta introducción y las homilias que ofrecemos al público sirvan para acercarnos más a Dios, nuestro salvador!

Rvdo. Isaías A. Rodríguez

INDICE

Adviento

Primer Domingo de Adviento
Segundo Domingo de Adviento
Tercer Domingo de Adviento
Cuarto Domingo de Adviento

Navidad

La Natividad del Señor (Nochebuena)
La Navidad del Señor
Primer Domingo después de Navidad
Segundo Domingo después de Navidad

Epifanía

La Epifanía del Señor
Primer Domingo de Epifanía (El Bautismo del Señor)
Segundo Domingo de Epifanía
Tercer Domingo de Epifanía
Cuarto Domingo de Epifanía
Quinto Domingo de Epifanía
Sexto Domingo de Epifanía
Séptimo Domingo de Epifanía
Octavo Domingo de Epifanía
Último Domingo de Epifanía

Cuaresma

Miércoles de Ceniza
Primer Domingo de Cuaresma
Segundo Domingo de Cuaresma
Tercer Domingo de Cuaresma
Cuatro Domingo de Cuaresma
Quinto Domingo de Cuaresma
Domingo de Pasión: Domingo de Ramos

Triduo Pascual

Jueves Santo de la Cena del Señor
Viernes Santo
Vigilia Pascual

Tiempo Pascual

Pascua de Resurrección
Segundo Domingo de Pascua
Tercer Domingo de Pascua

Cuarto Domingo de Pascua
Quinto Domingo de Pascua
Sexto Domingo de Pascua
Séptimo Domingo de Pascua

Tiempo de Pentecostés

Domingo de Pentecostés

La Santísima Trinidad

Propio 1

Propio 2

Propio 3

Propio 4

Propio 5

Propio 6

Propio 7

Propio 8

Propio 9

Propio 10

Propio 11

Propio 12

Propio 13

Propio 14

Propio 15

Propio 16

Propio 17

Propio 18

Propio 19

Propio 20

Propio 21

Propio 22

Propio 23

Propio 24

Propio 25

Propio 26

Propio 27

Propio 28

Propio 29

Festividades

La transfiguración

La Festividad de Todos los Santos

Primer Domingo de Adviento

Isaías 63, 16b-17. 64,1-8, Salmo 80, 1-7, 1Corintios 1,3-9, Marcos 13, 33-37

¡Feliz año nuevo! Algunos se preguntarán sobre el porqué de este saludo, y es que hoy iniciamos un año nuevo. No se trata del año secular que regula nuestras actividades diarias en la sociedad, sino de un año nuevo litúrgico. El año litúrgico regula nuestras actividades diarias en el camino de la salvación hacia la vida eterna.

Por otra parte, la liturgia abarca todas las actividades que realizamos en la Iglesia. Estas actividades incluyen los ritos, los sacramentos y la oración comunitaria. Es decir, es una actividad sagrada y santa, en la que participan los cristianos que se encuentran en el templo en oración.

En lo referente a las lecturas que se leen en la eucaristía los años litúrgicos están divididos en tres ciclos, llamados A, B, y C, en los cuales leemos casi todos los libros de la Biblia.

Hoy iniciamos el ciclo B, y con él empezamos la lectura del Evangelio de San Marcos. Como éste es el más corto de los cuatro evangelios, las lecturas serán completadas más tarde con el de San Juan.

También entramos en la estación de Adviento, que es un tiempo de espera. Nos recuerda la esperanzadora espera del pueblo judío en un mesías libertador, que nosotros reconocemos como Jesucristo nuestro Salvador. Pero el tiempo de Adviento es también para nosotros una preparación para un futuro final, para el día en que nos veremos cara a cara con Dios: fin y consumación de todos nuestros deseos.

Generalmente, los domingos precedentes al primero de Adviento nos hablan del final del mundo, de la consumación de la historia; y lo hacen con un lenguaje apocalíptico, que evoca miedo y pánico. Precisamente el capítulo trece del Evangelio de San Marcos es todo él un discurso escatológico, un discurso que versa sobre el final de los tiempos. Al final del capítulo nos amonesta a que adoptemos una actitud sabia y prudente: “¡Velad!”, nos dice.

Esta actitud vigilante tiene validez eterna mientras vivamos en camino hacia el más allá. ¡Velad!, es una urgencia a estar siempre preparados, a estar siempre alerta. Alguien ha comentado que el peor de los “ismos”, no es el socialismo, el comunismo, o el capitalismo, sino el sonambulismo. Andamos como dormidos y sólo cuando una emergencia o una catástrofe se nos echa encima nos acordamos de Dios. ¿Cuánta gente viene a misa los domingos? Sólo un porcentaje muy pequeño. Mas cuando algo grave les agobia, vienen a pedir un milagro. Jesús quiere que estemos en la presencia de Dios constantemente; de esa manera, nada nos puede asustar.

El evangelio nos dice:

¡Velad para que no os durmáis con la falsa seguridad que ofrecen las cosas materiales!

¡Velad para que no os durmáis en la oscuridad de las tentaciones del mundo, y no seáis capaces de ver la luz divina!

¡Velad para que no os durmáis en la seguridad de vuestra religión y no seáis capaces de amar a Dios!

¡Velad, cristianos, velad, porque no sabéis el día ni la hora! ¿Quién puede fijar una edad a su vida? ¿Quién puede decir, “viviré ochenta años”, cuando puede que hoy mismo esa persona muera de accidente de coche?

Para poder velar necesitamos tiempo de reflexión y meditación. Con el paso alocado que lleva el mundo es difícil reflexionar. Por ello, la Iglesia nos invita a tomar espacios de reflexión. Nos invita a acercarnos al templo, y, en el silencio, elevar la mente a Dios y pedirle ayuda y luz para ver cómo van nuestras vidas. Nos invita a realizar propósitos de mejora, y de compromiso para con nuestros hermanos, y así juntos, poco a poco, cambiar la sociedad. Nos invita a superar una vida de sonámbulos y comenzar a vivir en constante alerta hasta que Dios nos llame.

Mientras tanto, recemos esta oración del profeta Isaías:

“Oh Dios, tú eres nuestro padre, nosotros la arcilla, y tú el alfarero: somos todos obra de tu mano. No te excedas en la ira, oh Dios, no recuerdes siempre nuestra culpa: mira que somos tu pueblo” (Is 64,7-8).

Segundo Domingo de Adviento

Isaías 40, 1-11, Salmo 85, 7-13, 2 Pedro 3, 8-15a, Marcos 1, 1-8

Las lecturas de los domingos pasados nos recordaron cuán fugaz es la vida y cuán cierto es nuestro fin. También nos recordaron que el mundo que nos rodea ha de pasar.

Las lecturas de este domingo ya no hablan del fin de los tiempos sino de la necesidad de un mesías. Cuando llegue el mesías, “se revelará la gloria del Señor, y la verán todos los pueblos juntos”, dice el profeta Isaías.

Marcos inicia su evangelio con un título: “Comienza la buena noticia de Jesucristo, Hijo de Dios”. Con pocas palabras ya nos ha dicho todo lo que se puede decir del mesías esperado: Se trata de un mensaje de salvación llevado a cabo por Jesucristo, Hijo de Dios y Mesías esperado.

Los escritores del Nuevo Testamento citan constantemente a los del Antiguo porque ven en ello una continuación de la obra de salvación que Dios realiza en el tiempo y en el espacio. El profeta Isaías (los tres Isaías) escribió de una manera tan maravillosa que algunos lo han considerado como el “quinto evangelio”.

Con lenguaje poético escribe el profeta:

“En el desierto preparad un camino al Señor; allanad en la estepa, una calzada para nuestro Dios; que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece, y lo escabroso se nivele” (Is 40, 3-4).

Tomado literalmente este pasaje no tiene sentido, pues el paisaje sería más bello dejándolo como estaba. Mas si pensamos, como el profeta, que es Dios quien va a salvar del exilio a un pueblo cautivo, como en el pasado lo hizo Moisés, sería mejor que todo el terreno estuviera parejo y llano, para que el pueblo caminara sin fatigas.

San Marcos, introduciendo la figura de Juan dará sentido al mensaje de Isaías. Juan el Bautista no pide al pueblo algo externo, sino de algo que cale en lo más profundo del ser humano. Allanad vuestras vidas, que sean claras y limpias que no haya cuevas ni antros, ni altos ni bajos. En otras palabras, vivid con sencillez y limpieza de corazón; que la verdad y la justicia aniden en vuestros corazones y que no quepan la mentira y o la injusticia. Orientad vuestras vidas hacia un objetivo claro: hacia la salvación y santidad que ofrece Jesús nuestro salvador: no deis vueltas, perdidos por el mundo.

Marcos coloca a Juan el Bautista como el mensajero que había de preparar la venida del Mesías. Juan sabía que sin una conversión interior no podrían recibir a un Salvador puro y limpio porque no podrían reconocerlo. Juan, pues, no predicaba una mera confesión de pecados dichos de memoria, sino una conversión radical que cambiara sus vidas de una vez para siempre. Se trataba de una manera de ver la vida diferente a como la habían visto hasta el presente.

Hoy sabemos que Juan tenía razón. Muchos no pudieron comprender el mensaje traído por Jesús. Era un mensaje de purificación. Era un mensaje de una religión más interior y menos legalista, donde la compasión y la aceptación de todo ser humano fuera la norma de vida.

Nosotros hemos de aprender del mensaje de Juan y de Jesús. Primero hemos de ser heraldos que anuncien a todo el mundo el nacimiento de Jesús ya acaecido y el nacimiento de Jesús que se puede repetir en todo corazón de buena voluntad estas Navidades cuando celebremos su venida a la tierra. Hemos de aprender de Jesús a vivir una religión auténtica de amor, limpieza y pureza de corazón. Hasta que no logremos esto, todas nuestras celebraciones serán muy superficiales.

Tercer Domingo de Adviento

Isaías 65, 17-25, Salmo 126, 1 Tesalonicenses 5, [12-15] 16-28, Juan 1,6-8. 19-28

“Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. Que vuestra bondad sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca” (Flp 4,4-5).

Estas bellas palabras del apóstol San Pablo a los filipenses hacen eco a las de hoy. “Estad siempre contentos”.

Tradicionalmente este domingo se conocía en el misal romano como el domingo de “gaudete”, el domingo de la alegría. En el libro de Oración Común antiguo este tema aparecía en el domingo cuarto de Adviento.

Sin indicarlo explícitamente la Iglesia todavía ha conservado este tema en un domingo de Adviento. Todas las lecturas de hoy nos invitan a la alegría. En la lectura de Isaías la alegría aparece como fruto de una creación nueva por parte del Señor.

La palabra “alegría” aparece en las cartas de San Pablo más de veinte veces. En él, la base de toda alegría está en el Señor, por ello debemos estar siempre alegres. Y en la carta a los colosenses (1,24) nos confiesa que está contento de sufrir tribulaciones y dolores por el bien de los hermanos.

En el evangelio, la razón de la alegría es porque “entre nosotros hay alguien a quien no conocemos” y nos trae la salvación.

Ahora bien, si hemos de estar siempre alegres, ¿cómo podremos explicar el pesimismo que ha prevalecido en la historia de la Iglesia? ¿Por qué el ser humano se ha de empeñar en ver siempre tinieblas cuando estamos rodeados de claridad y bondad por todas partes?

Ya desde el principio el mensaje de Jesús fue alterado. Los escritores de los evangelios mezclaron la enseñanza de Jesús con sus propias opiniones. Tras un detallado análisis podemos detectar a un Jesús de mente amplia y corazón abierto a todos las gentes. Amor, compasión y misericordia, son las actitudes fundamentales de su actuar y predicar. Sin embargo, en muchas páginas se le presenta enfadado y condenando. Ejemplo claro lo tenemos en el final del

Evangelio de San Marcos, añadido en el siglo segundo por un escriba, “El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea, se condenará” (Mc 16,16). Este versículo está fuera de lugar en el evangelio y sobre todo en el corazón amplio y generoso de Jesús. Hoy día, con una visión más pluralista de la sociedad y del mundo es muy difícil de sostener y defender esa doctrina. ¿Cómo no va a darse salvación entre los miles de millones de personas que no son cristianas?

En el pasado, bajo la influencia de doctrinas erróneas, todo se convirtió en malo y pecaminoso, y los cristianos empezaron a perder la alegría del vivir. En la Edad Media empezaron a aparecer largas listas indicando todos los pecados en los que se podía caer. Una de ellas enumera dos mil ochocientas clases de pecados.

Pero fue especialmente San Agustín quien más inculcó y diseminó el miedo a Dios, con la doctrina del pecado original y la condenación de los niños no bautizados. Su enseñanza impactó de una manera profunda todo el pensamiento cristiano y toda reflexión teológica. De los años mil cuatrocientos a los mil setecientos el pesimismo agustiniano campeó exageradamente en toda Europa.

Los teólogos protestantes, Lutero, Calvino y Zuinglio, aceptaron el pesimismo agustiniano y lo transmitieron a los cristianos en himnos, en sermones y en la enseñanza catequética. En una lección para niños hay esta pregunta: “¿Qué nos enseñan los Diez Mandamientos?” Respuesta: “Que llevamos una vida de pecado y condenación y que Dios no puede encontrar nada bueno en nosotros”.

El pesimismo prevaleció de tal manera en los cristianos que la Iglesia creyó conveniente incluir en la liturgia tres domingos para levantarles el ánimo: el domingo de “gaudete”, alegraos, en Adviento porque nos llega un salvador; el domingo de “laetare”, alegraos, en la mitad de Cuaresma porque en la vida no es todo sufrimiento, y el domingo de “jubilate”, alegraos, en Pascua, porque toda tristeza se ha tornado en alegría en la resurrección de Cristo.

Los cristianos hemos de estar convencidos de que, a pesar, de los sufrimientos de esta vida, todo apunta a un futuro mejor.

Cuarto Domingo de Adviento

2 Samuel 7, 4.8-16, Salmo 132, 8-15, Romanos 16, 25-27, Lucas 1,26-38

El Evangelio de hoy nos presenta el pasaje de la anunciación de María. En el Antiguo Testamento hay muchas historias parecidas a ésta anunciando el nacimiento de algún personaje importante. Por ejemplo, tenemos el nacimiento de Isaac (Gn 21, 5; 17,17), el nacimiento de Esaú y Jacob (Gn 25,21-26) el de José (Gn 30, 22-24), el de Sansón (Jc 13, 2-25) y el de Samuel (1 Sm 1,1-20). En San Lucas también se ofrece la anunciación de Juan el Bautista (Lc 1, 5-25).

El fin que buscan estas historias es familiarizar al lector con la persona que va a nacer y el papel que ejercerá en la historia de la salvación. Evidentemente se trata siempre de un personaje importante y de una función de primera categoría.

La situación normal de una anunciación es la del nacimiento milagroso comunicado a una pareja anciana y estéril. En la historia de la anunciación a María hay elementos que trascienden otras anunciaciones. En el nacimiento de Jesús se trata de una virgen y sin esposo. Vemos cómo, en este caso, el poder divino se manifiesta de una manera grandiosa. Dios es el “progenitor”. Con el nacimiento de Jesús se rompe el proceso histórico de nacimientos especiales. Es un momento histórico en el cual Dios establece lazos únicos con la humanidad. El mensaje de esta historia es provocar al lector a una pregunta: ¿Qué importancia tendrá para el mundo el nacimiento de Jesús? ¿Cuál será su rol en la historia de la salvación, si nace por obra y gracia de lo alto? Evidentemente, la respuesta es: el nacimiento de Jesús va a ser importantísimo en la historia de la salvación.

Pero ahora pasemos brevemente nuestra atención a María. En el Antiguo Testamento hubo mujeres que jugaron un papel importante en el nacimiento de sus hijos profetas. Todas estas mujeres “gozaron de favor ante Dios”. Fueron ensalzadas y benditas. El Antiguo Testamento no se hubiera podido escribir sin ellas. Ahora le toca el turno a María. Tampoco el Nuevo Testamento se hubiera podido escribir sin el papel desempeñado por María.

Es verdad que, en el pasado, la función de María en la historia de la salvación se exageró; en detrimento, en algunos casos, de un entendimiento adecuado de la obra de Jesús. Pero también es verdad que no podemos ignorar a María como pretenden algunas denominaciones cristianas. Eso no es justo. Ni los evangelios ni la historia de la Iglesia, han ignorado a María.

Estoy seguro que nadie conoció a Jesús mejor que María. Nadie vivió más cerca de María que Jesús. Nadie estuvo más unido a María que Jesús. María no tuvo miedo al ángel. María quedó asombrada porque “el poder del Altísimo te hará sombra” (Lc 1, 35). El Señor decidió estar con ella.

Al paso que Jesús crecía e iniciaba su ministerio público, también María crecía y se asombraba, cada día más, por todo lo que sucedía en su amado Hijo; pero ella, “conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón” (Lc 2, 51). María, pues, por ser madre Jesús, por llevar una vida de santidad en un grado eminente, se merece toda nuestra admiración, respeto y amor.

Estamos rodeados por el misterio divino más de lo que nosotros nos imaginamos. El ángel del Señor vino a nuestras vidas en la anunciación de nuestro bautismo. El ángel nos anunció: “¡Te saludo, porque Dios está contigo!” .

Todos los domingos repetimos este saludo para no olvidarnos de que llevamos a Dios con nosotros. El principal objetivo de nuestras vidas es descubrir y manifestar a todo el mundo la divinidad que llevamos en nuestro interior. Esta es la auténtica novedad que nos trajo Jesús. El nos descubrió, como nadie, la realización de Dios en su persona. Este objetivo no se logra fácilmente. Por ello debemos recordarnos constantemente unos a otros: “¡El Señor está contigo!” Que quiere decir: en la hermosa y tremenda tarea que te ocupa de manifestar la divinidad que llevas dentro, que Dios te ilumine y fortalezca siempre. Y nosotros podríamos responder con María: “Hágase en mí según tu palabra”. Que la voluntad de Dios se realice en nosotros hoy y siempre.

La Natividad del Señor (Nochebuena)

Isaías 9, 2-4. 6-7, Salmo 97, 1-4, 11-12, Tito 2,11-14, Lucas 2,1-14

¡Feliz Navidad! ¡Feliz Natividad! ¡Feliz Nacimiento! En medio de la oscuridad de la noche estamos celebrando el nacimiento de la Luz. Como eco a esta luz que nos llega, todo el mundo está engalanado de luces. En las casas hay velas y en los árboles navideños lucecitas. En las ciudades hay luces por doquier: en los escaparates, en las calles, en los edificios altos y bajos. Luz por todas partes. Verdaderamente podríamos decir que todo el globo terráqueo brilla con resplandor inusitado. Sería interesante ver la tierra esta noche desde las alturas. Y todo ello porque, como dice el profeta Isaías, “el pueblo que andaba en la oscuridad vio una gran luz; una luz ha brillado para los que vivían en tinieblas”.

Recordamos en esta noche el alumbramiento de María, que da a luz a un niño, al Niño Jesús. Pero, en un sentido más profundo, celebramos ese otro alumbramiento universal por el cual Dios, a través de Jesús, hace que surja la luz en medio de las tinieblas.

La humanidad había experimentado las tinieblas de una manera aplastante. La miseria, la opresión, la esclavitud, la injusticia, habían reinado en toda la tierra. La humanidad clamaba por mejores tiempos. Por tiempos de calma, de tranquilidad, de progreso humano. Por fin, apareció la gracia de Dios trayendo la salvación a toda la humanidad; la gracia de Dios nos pide que renunciemos a los deseos mundanos y pecaminosos y que llevemos, de ahora en adelante, una vida sobria, honrada y religiosa. San Pablo le recuerda a Tito, que la gracia de Dios nos enseña a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos y a vivir en esta edad con templanza, justicia y piedad.

Efectivamente, Jesús nos iluminó con su nacimiento, con su vida, con su muerte y resurrección. Es decir, Jesús ilumina a todos los que acepten y sigan su ejemplo. Sin embargo, podríamos decir, que tras dos mil años de una iluminación única y divina, todavía seguimos en las tinieblas. Podríamos decir con San Juan que Dios vino a los suyos y los suyos no le recibieron, pero aquellos que se esfuerzan por hacer viva la luz de Cristo en sus vidas les da poder para convertirse en hijos de Dios (Jn 1, 11-12).

Tal vez el problema esté en que celebramos el acontecimiento de su venida de una manera superficial, con todo un aparato externo, con una decoración bonita pero insustancial que cubre nuestras casas, ciudades y vidas.

Es necesario que Jesús nazca verdaderamente en nuestros corazones para que la luz divina ilumine nuestras vidas y la de todo ser humano. Han vivido en esta tierra almas santas que han logrado que esa luz divina venida de lo alto brille en su interior de tal manera que los ha transformado. Y de humanos se han vuelto divinos. Han vivido el cielo en la tierra y han suspirado por irse cuanto antes al encuentro con quien es la Luz de todas las luces.

Cuando la gloria de Dios brilla en nuestro alrededor no hay razón para tener miedo. Mucho menos hemos de tener miedo cuando la gloria de Dios brilla en nuestro interior “No tengan miedo”, dijo el ángel. Nada nos puede separar del amor de Dios. La alegría ha de triunfar siempre, y la paz de Dios reinará en nuestros corazones. Con ello tienen sentido las palabras del salmo: “Cantad al Señor un cántico nuevo. Cantad al Señor, toda la tierra. Proclamad entre las naciones su gloria y en todos los pueblos sus maravillas. Alégrese los cielos y gócese la tierra. Vitoreen los campos y cuanto hay en ellos. Aclamen los árboles del bosque. Delante del Señor, que ya llega, ya llega a regir la tierra”. ¡Feliz Navidad!

La Navidad del Señor

Isaías 62, 6-7, 10-12, Salmo 97, 1-4, Tito 3, 4-7, Lucas 2, (1-14) 15-20

Para los cristianos la Navidad es una fiesta de extraordinaria importancia. Celebramos en ella el nacimiento de Jesús, nuestro Salvador.

Hoy día ignoramos cuándo nació Jesús. Los evangelistas que narran la infancia de Jesús, no describen un informe histórico exacto tal como ser haría hoy. Sólo pretendieron enmarcar a su personaje en una época y darle un significado teológico. Así, aunque mencionan a César Augusto y a Herodes, con ello no fijan la fecha exacta del nacimiento, sino un marco histórico. Se desconoce la orden de un censo universal. Sólo hay evidencia de uno llevado a cabo en Judea a los seis o siete años después del nacimiento de Jesús. Lo más probable es que Jesús naciera en Nazaret y no en Belén, por eso le llamaban “nazareno”. Lo mismo sucede con los datos descriptivos, como el pesebre, los pastores, la estrella, los magos, la matanza de los inocentes. Son elementos simbólicos, teológicos y no históricos.

Sin embargo, en la Navidad todo el mundo se engalana de luces. Jardines, calles, escaparates, todo resplandece en un variado multicolor. En las casas hay belenes, árboles, y toda clase de ornamentos que ofrecen un ambiente especial al hogar. Las gentes, los corazones, rebosan de alegría. Hay saludos, visitas, regalos, se cantan villancicos, todo el mundo está alegre y se torna generoso. Y todo ello, ¿por qué?

“Os anuncio una gran alegría: os ha nacido un Salvador” (Lc 2, 10). Y Pablo escribe a Tito: “Cuando apareció la bondad de nuestro Dios y salvador y su amor al hombre, no por méritos que hubiéramos adquirido, sino por sola su misericordia, nos salvó con el baño del nuevo nacimiento y la renovación por el Espíritu Santo, que nos infundió con abundancia por medio de Jesucristo nuestro Salvador”(Tit 3, 4-7). La alegría de la Navidad tiene pleno sentido en ese salvador que nos viene de lo alto. En muchos lugares de la tierra, hoy, en medio de la luz y del esplendor, reinan las tinieblas, porque habiéndoles llegado la luz, no la han querido recibir. Siguen en la oscuridad, en la intranquilidad de una noche tenebrosa, instalada en un mundo sin rumbo. Todo el alboroto externo no hace más que enloquecer a un mundo sin Dios. Mas todo tiene sentido en un Salvador.

El ser humano vive sin paz. Todavía hay guerra en muchos rincones de la tierra. Guerra de guerrillas, guerra de ejércitos, guerra entre familias, guerra entre individuos, guerra entre sociedades, guerra con nosotros mismos. Habrá paz entre todos cuando se acepte el mensaje que nos ha traído Jesús.

Quienes reciben ese mensaje llegan a ser hijos de Dios. Pueden convertirse en seres divinos. Ser hijo de Dios no significa comprar una póliza de seguro celestial y vivir despreocupadamente. Ser hijo de Dios significa declarar la batalla al mal y transformar este mundo en un paraíso divino.

El mensaje que nos trae ese Salvador, resuelve todos los problemas que acosan a la sociedad humana. Nos invita a ser generosos y no egoístas, a distribuir y a no acumular. La alegría de la Navidad sólo tiene sentido si aceptamos al Salvador, Hijo de Dios, llamado Jesús de Nazaret, nacido hace mucho tiempo entre nosotros, pero presente todavía hoy especialmente en la santa Eucaristía. Permitamos que Jesús realmente nazca en nuestros corazones para que iniciemos una vida nueva de amor a Dios y al prójimo.

Primer Domingo después de Navidad

Isaías 61, 10-62, 3, Salmo 147, 13-21, Gálatas 3, 23-25; 4, 4-7, Juan 1, 1-18

Hace sólo unos días nos reuníamos para celebrar la natividad de nuestro Señor Jesucristo, lo que el cristianismo llama el misterio de la Encarnación.

Sin demora, la Iglesia hoy nos invita a que nosotros, los herederos del reino de los Cielos, que somos hijos e hijas de Dios por adopción, realicemos en nuestras vidas ese misterio de la encarnación. La Iglesia nos pide que imitemos a Cristo, y que, así como “la Palabra se hizo hombre y vivió ente nosotros, lleno de amor y de verdad”, también nosotros nos transformemos en Palabras encarnadas. La Iglesia nos pide que mediante el amor y la verdad, demos a conocer este misterio a quienes todavía no han llegado a conocer y ni aceptar a Cristo como el Mesías, salvador del mundo.

Se pudiera pensar que las lecturas de hoy se refieren única y exclusivamente a la figura de Cristo como si estuvieran contándonos una historia que se repite cada año. Se pudiera pensar que el profeta Isaías se refiere sólo a Cristo cuando nos dice: “El espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado a dar una buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos y a los prisioneros la libertad; para proclamar el año de gracia del Señor” (Is 61, 1-2). Obviamente, estas profecías se cumplieron con plenitud en la persona de Jesús. Lucas nos dice en su evangelio (Lc 3,18-19) que después de haber leído este pasaje de Isaías en la sinagoga de Cafarnaún, Jesús dijo que aquellas palabras se habían cumplido en presencia de todos.

La intención de la Iglesia es más amplia y nos incluye también a nosotros en la proclamación de estas lecturas. Eso implica que debemos participar del programa salvífico-social trazado por Isaías y llevado a la perfección por Jesús. Debemos llevar alivio al que sufre, amor y libertad al prisionero, debemos erradicar el hambre del mundo.

La epístola insiste con fuerza en el mismo tema, dice: “cuando se cumplió el plazo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer...para que rescatase a los súbditos de la ley y nosotros recibiéramos la condición de hijos. Y como sois hijos, Dios infundió en vuestros corazones el Espíritu de su hijo que clama: Abba, padre” (Gal 4, 4-6). Joaquín Jeremías, un gran estudioso bíblico, dice que la palabra “abba”, en realidad debe traducirse como “papá”, “papaíto”, expresión íntima y de gran cariño que un hijo usaría con su padre y que un judío típico nunca usaría con relación a Dios; es decir, a través del misterio de la encarnación, de la muerte y resurrección de Jesucristo, hemos sido adoptados como hijos e hijas de Dios. Participamos de la intimidad divina.

Como hijos adoptados de Dios somos muy especiales, tan especiales que nos podemos dirigir a Dios de una manera muy familiar. Es esta intimidad divina la que debemos llevar a todo el mundo. El programa social delineado por Isaías de establecer justicia en el mundo es una obligación imperativa para todo ser humano, cristianos y no cristianos. Jesús dio mejor ejemplo que nadie. Pero el ser humano busca algo más profundo, algo que le colme de felicidad para siempre. Existen hoy sociedades prósperas donde prácticamente se ha suprimido la pobreza y, con todo, la gente no es feliz. La gente sigue buscando plenitud en toda clase de experiencias, pero en realidad sufren más.

San Juan habla de una vida que había en la Palabra, y esa vida es la luz del ser humano. Hasta que no aceptemos la vida divina que se nos ha ofrecido en la persona de Jesucristo, no haremos más que dar vueltas sobre nosotros mismos, mareándonos, volviéndonos locos, sin encontrar lo que buscamos.

Que este tiempo de Navidad, en que celebramos la presencia de Dios entre nosotros, sea un tiempo fructífero y oportuno para superar la superficialidad humana y adentrarnos en la intimidad divina que Jesús nos ofrece.

Segundo Domingo después de Navidad

Jeremías 31,7-14, Salmo 84, 1-8, Efésios 1,3-6. 15-19a, Mateo 2,13-15

Las lecturas de este domingo nos presentan a Dios como el gran libertador. Ésta es la historia de todo el Antiguo Testamento: tenemos un Dios que nos libra. Los grandes profetas como Isaías, Jeremías, Ezequiel, Oseas, repiten este tema como canto sinfónico: “Canten de gozo y alegría, hagan oír sus alabanzas y digan siempre: el Señor salvó a su pueblo”. Éste podría ser el estribillo de todo el Antiguo Testamento. Tenemos un Dios amoroso que cuida de su pueblo, como el pastor lo hace de sus ovejas. Protegidos por Dios, todo llanto se convierte en alegría, toda tristeza en gozo. La alegría rebosará todo dolor.

San Pablo en la carta a los efésios enfatiza todavía más este pensamiento. Dios nos ha escogido en Cristo desde antes de la creación del mundo para ser hijos suyos y benditos con toda clase de bendiciones espirituales. El salmo hace eco a este mismo tema cuando dice: “Dichosos los que habitan en tu casa alabándote siempre”(5), porque nuestro Dios es “el Dios de dioses”(8). El Evangelio nos dice que Jesús, recién nacido y débil, también experimentó el amor libertador de Dios padre.

El ángel del Señor se aparece en sueños a José y le da un mensaje activo y decisivo: “Levántate, toma al niño y a su madre, y huye...” Apenas nacido, Jesús experimenta la condición humana. Una condición llena de contradicciones y paradojas, porque ¿cómo reconciliar el amor libertador divino con el sufrir y padecer en esta tierra que parecen ser el “pan nuestro de cada día?” ¿Cómo explicar los estragos y devastaciones causados por el temblor de los terremotos, las lluvias torrenciales de los huracanes y todos los fenómenos naturales que acosan y agobian al indefenso ser humano?

En verdad no hay respuesta adecuada para algunos interrogantes humanos. También es verdad que el ser humano se empeña en vivir donde los agentes atmosféricos se manifiestan con más furia. Podríamos preguntarnos ¿Por qué vivir donde el terremoto tiembla o el huracán azota? ¿Por qué no buscar soluciones humanas a estos agentes naturales y tal vez necesarios para la misma vida física de la tierra?

La verdad es que nuestro Dios, no es un Dios cruel o indiferente. Nos ha enviado a su Hijo para darnos muestra de su amor y preocupación por nosotros. La colecta de hoy nos dice que, con el nacimiento de Jesús, Dios ha restaurado la dignidad de la naturaleza humana. También nos asegura que estamos destinados a participar de la naturaleza divina de aquel que se humilló para participar en la humana.

Todo ser humano se ve envuelto por el misterio divino. Un misterio que oscurece el caminar humano por este mundo. Contamos con días y momentos en los cuales todo nos resulta difícil, doloroso e insoportable. Mas he aquí que tras esos momentos de oscuridad nos llega la luz. Y experimentamos la gracia divina, el amor divino, la liberación de Dios. Por eso Pablo pide a Dios que dé sabiduría espiritual a los de Éfeso y que se les ilumine la mente, para que puedan comprender cuál es la esperanza a la que han sido llamados, cuán gloriosa y rica es la herencia que Dios da a los que le siguen. La herencia divina no es como la humana pasajera y caduca. La herencia divina es eterna y permanente. Esto nos debe llevar a una conclusión sabia y antigua formulada por el profeta Isaías: “Dios es rico en perdón. Pues mis pensamientos no son sus pensamientos, ni sus caminos, mis caminos, dice el Señor. Porque así como los cielos son más altos que la tierra, así mis caminos son más altos que sus caminos, y mis pensamientos más que sus pensamientos” (Is 55, 7-9).

Aquel que se humilló y nació entre nosotros, y se nos da en alimento, nos lo explicará todo un día y de nuevo todos a una cantaremos: “Canten de gozo y alegría, hagan oír sus alabanzas y digan siempre: El Señor salvó a su pueblo”.

La Epifanía del Señor

Isaías 60, 1-6, 9, Salmo 72, 1-2, Efesios 3, 1-12, Mateo 2, 1-12

La Epifanía es la fiesta de la revelación, de la manifestación de Dios. Simbólicamente queda expresado en la venida de unos magos de oriente para adorar a nuestro salvador Jesucristo. Dice el evangelio que unos magos entraron en la casa, vieron al niño con su madre María y, postrándose, le adoraron; luego abrieron sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra. Oro simbolizando la realeza, incienso la divinidad y mirra la humanidad.

Con esta fiesta la Iglesia presenta la universalidad del evangelio. Se da la bienvenida a todos los pueblos y a todos se invita a recibir la luz de lo alto que ilumina a todo ser humano sin distinción de razas ni culturas. “¡Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti!” (Is 60,1).

San Mateo, para transmitirnos este mensaje, recoge en su evangelio varios textos del Antiguo Testamento, los une, los da forma y nos transmite la lección. La estrella es la estrella de Jacob: “Lo veo, pero no es ahora; lo contemplo, pero no será pronto. Avanza la estrella de Jacob y sube el cetro de Israel” (Nm 24, 17). La venida del Mesías, el Rey de los judíos, es un eco de las bendiciones de Jacob: “No se apartará de Judá el cetro ni el bastón de mando de entre sus rodillas, hasta que le traigan tributo y le rindan homenaje los pueblos” (Gn 49, 10). El nacimiento del Mesías en Belén se fundamenta en la profecía de Miqueas: “Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres, no, la menor entre los principales clanes de Judá; porque de ti saldrá un caudillo que será pastor de mi pueblo Israel” (Miq 5,1-3).

A partir de la Edad Media se fueron agregando elementos que no aparecen en la narración de Mateo, como el número de tres, con base, tal vez en los tres regalos; la transformación de magos en reyes, cuyo fundamento puede encontrarse en el salmo 72: “Los reyes de Tarsis y las islas traerán tributo. Los reyes de Sabá y de Seba pagarán impuestos; todos los reyes se postrarán ante él, le servirán todas las naciones y mientras viva se le dará oro de Sabá” (Sal 72, 10-11 y 15). Y, finalmente, los nombres de Melchor, Gaspar y Baltasar asignándoles a cada uno un país, todo ello obedece a la devoción popular.

De esta manera los escritores bíblicos transmiten sus mensajes. Hacen una composición literaria del género midrás. En la literatura rabínica “midrash” significaba, en general, el estudio de unos textos, y más en particular, un comentario o explicación de carácter homilético. Es una meditación sobre un texto sagrado o una reconstrucción imaginaria de la escena o episodio narrado. Lo que intentaban siempre era la aplicación práctica a la vida presente. De la manera que hemos visto Mateo nos transmite un mensaje.

El mensaje es éste: que la manifestación de Cristo y la salvación que ofrece están abiertas a todos los pueblos y naciones de la humanidad. “Librará al pobre que clama, al afligido que no tiene protector, se apiadará del pobre y del indigente, y salvará la vida de los pobres” (Sal 72,11). Es ésta una verdad que los mismos discípulos comprendieron muy tardíamente, pues en un principio creían que el Mesías era propiedad exclusiva del pueblo de Israel.

San Mateo pone de relieve el contraste entre esta apertura a la fe por parte de los gentiles, y la repulsa del Mesías por parte de los propios israelitas: Herodes, los sumos sacerdotes, los letrados y todo el pueblo sobresaltado.

Esto es lo que debemos creer: que el Hijo de Dios ha venido a salvar, no a un pueblo particular, sino a toda la humanidad, y cuanto más humildes seamos más preparados estaremos para apreciar su Epifanía. Todo el que acepte el mensaje de Jesús encontrará salvación.

Pero, podemos preguntarnos, ¿qué regalos le podríamos ofrecer al Señor, hoy, en su Epifanía? Ofrecámosle los mismos que los magos de oriente: oro, que nadie reine en nuestra alma sino él; mirra, que con nuestra vida ejemplar, nos dediquemos al servicio de los demás; incienso, que le adoremos sólo a él en todo tiempo y lugar.

Primer Domingo de Epifanía (El Bautismo del Señor)

Isaías 42,1-9, Salmo 89, 1-9, Hechos 10,34-38, Marcos 1,7-11

El hecho central de este domingo es el Bautismo de Jesús. Dice San Marcos: “por entonces llegó Jesús de Nazaret de Galilea a que Juan lo bautizara en el Jordán”. Lo primero que salta a la vista es que el rito bautismal ya existía antes de Jesús. El Antiguo Testamento, en muchos pasajes, menciona ritos de ablución y de purificación con agua. Esto es común a otras religiones. El bautismo de Juan implicaba algo más que los ritos hasta entonces practicados. Sabemos esto porque el Evangelio de Mateo dice que venían a ser bautizados por Juan muchos fariseos y saduceos. El bautismo que Juan impartía implicaba más una purificación moral que ritual; no se repetía y cobraba por ello un aspecto de iniciación, ya que introducía al bautizado en el grupo de los que esperaban la venida del Mesías.

No hay duda de que Jesús fue bautizado por Juan. Es un hecho histórico comprobado. Sin embargo a la hora del bautizo, Juan todavía no sabe que Jesús era el Mesías, porque más tarde, estando Juan en la cárcel y habiendo oído hablar de las obras de Cristo, envía a sus discípulos a preguntarle: “¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?” (Mt 11, 2-3). Cuando se escribió el Evangelio de Marcos todos sabían que Jesús era muy superior a Juan y por eso ponen en boca de éste el reconocimiento de su grandeza y el hecho de que el bautismo de Jesús lleva la fuerza del Espíritu.

¿Cuál es, pues, el significado del Bautismo de Jesús? Parece ser que significó el punto de arranque de su misión profética. “Llegó Jesús desde Nazaret de Galilea” donde había pasado casi toda su vida trabajando en el hogar de sus padres. En el Bautismo de Jesús no hubo una purificación moral, sino una epifanía personal y comunitaria. Interiormente se dio cuenta de que le había llegado la hora. La hora de iniciar la misión para la que le había enviado el Padre celestial. La epifanía comunitaria la describe el profeta Isaías de esta manera: “Mirad a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, a quien prefiero. Sobre él he puesto mi espíritu, para que traiga el derecho a las naciones”. “Para que abra los ojos de los ciegos, saque a los cautivos de la prisión, y de la mazmorra a los que habitan en las tinieblas” (Is 42, 1-7).

Pedro da testimonio de la actividad pastoral y misionera de Jesús. “Pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él”. Y Jesús no hizo distinción de personas, aceptó a todos, aunque no fueran fieles judíos o israelitas. Más aún, en algunos de ellos vio una fe más profunda que en los de su propia raza. Jesús se mostró siervo de todos, aunque en realidad era el Señor de todos.

En nuestro bautismo deben darse todos los elementos mencionados. Ha de ser una purificación moral, una liberación del pecado, una iniciación en la comunidad cristiana o pueblo de Dios. También debe despertarnos a una vida comprometida, a una vida llena del Espíritu Santo que se manifiesta en obras de santidad, de servicio a Cristo en todas las personas, de lucha por la justicia y la paz entre todos los pueblos.

Hemos de superar motivaciones anticuadas o incorrectas para acercarnos a recibir el sacramento del bautismo. Bautizar por tradición, o para celebrar una fiesta, o para contraer unos compadres, o porque el niño está enfermo, o porque tiene pesadillas y está inquieto, todas estas son motivaciones deficientes. Si por esto bautizamos es mejor no hacerlo. Antes bien, hemos de querer seguir los pasos de Jesús que nos abre las puertas a una vida nueva, a una vida divina, a una vida que un día descubriremos en su plenitud.

Mientras tanto, todos hemos de colaborar para cambiar esta sociedad, creando un mundo mejor, y obrando siempre el bien, como Jesús.

Segundo Domingo de Epifanía

1 Samuel 3, 1-10 1, Salmo 63, 1-8, 1 Corintios 6, 11b-20, Juan 1, 43-51

Hoy día dependemos tanto del teléfono que sin él nos sería difícil vivir. Usamos del teléfono para mantenernos en contacto con nuestros familiares, con nuestras amistades y con el mundo de negocios. Y todos los días oímos sonar el timbre unas mil veces. Son llamadas de todo tipo, unas agradables y otras que no quisiéramos recibir.

Ahora bien, también nos llegan diariamente llamadas de Dios. Llamadas que a veces no oímos porque andamos distraídos por las humanas. Y se requiere, por nuestra parte, un pequeño esfuerzo para descifrar las llamadas divinas. Éstas se manifiestan a través de los contactos que mantenemos todos los días; se manifiestan a través de cualquier acontecimiento diario.

La historia de Samuel se inicia antes de su concepción. Su madre, Ana, era estéril. Nos dice la Biblia que Ana lloraba sin consuelo, y rogaba devotamente a Dios que le diera un hijo y se lo ofrecería a su servicio. Nació Samuel. Fue presentado en el templo. Luego, de niño, empezó a servir en el templo, cuando recibió la llamada especial. Dios le quería para ser uno de los grandes profetas del pueblo hebreo. Samuel fue quien ungió a David como rey de Israel.

Cuando Dios le quiere a uno para una empresa importante no cesa de llamarle. Algunos han recibido la llamada divina al sacerdocio a los doce años, otros a los sesenta o más tarde y tras ejercer otras carreras en el mundo de los negocios. Algunos han querido abandonar su vocación, mas Dios no lo permitió.

Todos somos instrumentos inútiles. Sin embargo, Dios actúa sirviéndose de nosotros. San Pablo recuerda a los de Corinto que “Dios ha escogido lo débil del mundo, para confundir lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios. Para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios” (1Cor 1, 27-29).

Tenemos una ilustración de esta doctrina en el evangelio de hoy. Cuando Felipe dice a Natanael que ha encontrado a aquel de quien escribió Moisés en los libros de la ley, Natanael le contesta: “¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?” No, ciertamente no. Natanael conocía la Biblia. A Nazaret no se la mencionaba como la ciudad escogida. Nazaret era un lugar desconocido y sin distinción. Mas he aquí que Pablo, de nuevo, le sale al encuentro y le dice: “La necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres. Mientras que los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad par los gentiles (1Cor 1, 22-24).

La sabiduría divina ha reinado a través de la historia para confundir a todos los que se tienen por sabios. Los ejemplos que se podrían aducir son innumerables. Baste mencionar unos pocos: ¡Qué ejemplo más evidente que el del mismo Jesús! Enviado por Dios padre en forma humana, Jesús no parecía divino. Fue tan humano que confundió todas las mentes. Pero su vida oculta y divina triunfó sobre las tinieblas. Dios escogió a un instrumento débil en la persona de Gandhi para liberar a la India. Dios llamó a Martin Luther King Jr. para que luchara por los derechos humanos en favor del pueblo negro de los Estados Unidos. Después de 28 años de cárcel, Dios llamó a Néelson Mandela para establecer justicia e igualdad en África del Sur.

Tal vez ustedes crean que Dios no les va a llamar, y sin embargo lo hace todos los días. No les llamará para una tarea de fama, pero sí para colaborar en miles de tareas diarias en casa, en el trabajo, en la comunidad cristiana, en la iglesia. En las iglesias entregadas a obrar el bien siempre se necesitan voluntarios. Que nadie diga “yo no soy digno”, o “yo no sé”, porque a todos se nos han dado talentos que no podemos desperdiciar. Cuando oigan la llamada divina respondan como Samuel: “Habla, Señor, que tu siervo escucha”

Tercer Domingo de Epifanía

Jeremías 3, 21 - 4, 2, Salmo 130, 1 Corintios 7, 17-24, Marcos 1, 14-20

Nos dice San Marcos que apareció Jesús en Galilea proclamando el evangelio de Dios. “Se ha cumplido el plazo, está cerca el reino de Dios: convertíos y creed la Buena Noticia”. Esto nos resulta un tanto extraño, ¿acaso no se había predicado antes el mensaje de Dios? ¿Porqué aparece ahora Jesús predicando el evangelio de Dios? ¿Qué hay de nuevo en este evangelio? ¿Cuál es la Buena Noticia?

La expresión de “el reino de Dios” no es nueva. Es una metáfora usada en el Antiguo Testamento para manifestar cómo se relaciona Dios con su pueblo, con las naciones, o con el mundo por él creado.

Al presentarse Jesús con tanta urgencia, despertaba el interés del público: ¿cuál será la Buena Noticia?, se preguntaba la gente. Cuando Jesús decía que había llegado el momento, estaba urgiendo a la gente a vivir de una manera diferente a la habitual por las culturas y gobiernos terrenos. Jesús quería que la gente viviera bajo el poder y estilo divinos.

Jesús difundía su mensaje con ejemplos sencillos y tomados de la vida ordinaria. El evangelio los llama parábolas. El reino de Dios, decía, se parece a una lámpara que debe alumbrar a todos; es como un grano de mostaza que de pequeño se convierte en grande; es como el pastor que busca una oveja perdida; como un samaritano que se compadece de un hombre apaleado.

Si nos fijamos bien, en todas sus parábolas hay un tema de fondo, y es la compasión de Dios. Jesús estaba muy preocupado de manifestar la compasión de Dios. Mientras el judaísmo del primer siglo hablaba de la santidad de Dios, Jesús insistía en la compasión de Dios.

Jesús se mostraba compasivo acercándose a los condenados por la alta jerarquía eclesiástica. Comía con pecadores. Hablaba en público con mujeres, algo prohibido por la ley a un maestro espiritual.

Su programa de compasión transcendía las barreras culturales. Para él tenían igual dignidad un romano y un judío, un justo y un marginado, hombres y mujeres, ricos y pobres. Porque sabía que Dios Padre obligaba al sol alumbrar a unos y otros; y exigía a las nubes a que llovieran sobre unos y otros, sin distinción.

No cabe duda que este programa era muy novedoso en una sociedad que se guiaba más por la ley y la justicia que por el amor. Lo vemos por la respuesta de la gente. El pueblo se encontraba al borde de la desesperación, dominado por los romanos y rechazado por las autoridades de la sinagoga, ¿a quién recurrir? No quedaba otra alternativa que escuchar a este singular profeta que sin duda decía algo nuevo. Hablaba de un Dios que no rechazaba ni a prostitutas ni a recaudadores de impuestos, de un Dios que daba más importancia al ser humano que a la ley del sábado, de un Dios que no se cansaba de perdonar.

Este mensaje fue aceptado por unos pocos. Estos crecieron en comunidades pequeñas por todo el Imperio Romano. Durante trescientos años reinó la Buena Nueva predicada por Jesús. Estos cristianos eran la admiración del mundo pagano: “Mirad cómo se aman, y cómo comparten todo”.

Mas he aquí que, en el siglo cuarto, el cristianismo adquiere poder y autoridad. Y, en aquella comunidad que practicaba los ideales predicados por Jesús, entra la corrupción. Una corrupción que creció de manera escandalosa. Los seguidores de Jesús se hicieron todopoderosos, establecieron leyes para condenar al pueblo. Los seguidores de Jesús se hicieron egoístas y acumularon riquezas sin número.

Entonces el pueblo perdió la fe en esa institución que había dejado de practicar la Buena Noticia de Dios predicada por Jesús. El reino de Dios había desaparecido y se había instalado el Sagrado Imperio Romano. Si Jesús hubiera podido ver esto en la tierra se hubiera escandalizado.

Nosotros todavía estamos a tiempo de recuperar y de revivir los ideales predicados por Jesús. ¿Queremos a un Dios compasivo o a un Dios egoísta y justiciero? ¿Queremos a un Dios que apoye el poder y la injusticia o a un Dios que busque la equidad y el bienestar de todos? De nosotros depende el implantar los ideales de Jesús en esta tierra.

Cuarto Domingo de Epifanía

Deuteronomio 18, 15-20, Salmo 111, 1Corintios 8,1b-13, Marcos 1,21-28

Jesús iba al templo para cumplir con sus obligaciones de judío devoto. Allí rezaba y elevaba su corazón a Dios padre. También sabemos que a Jesús le gustaba retirarse a lugares solitarios para orar, meditar y descansar de su arduo trabajo. Pero Jesús entraba en las sinagogas para enseñar. También se podía rezar en ellas, pero más que nada era el lugar donde se leían, estudiaban y discutían las Sagradas Escrituras. No sabemos con qué autoridad entraba en las sinagogas. Es decir, no sabemos si tenía algún título que le garantizara el poder enseñar en las sinagogas. Mas tal vez sea eso lo asombroso, que sin título, sin permiso, se presentaba con el peso de su persona y hablaba. Y cuando hablaba todos se quedaban con la boca abierta. Se quedaban asombrados de su enseñanza, porque enseñaba con autoridad.

La diferencia entre el maestro y el profeta es que éste es escogido por Dios. El profeta habla con el poder divino y en nombre de la divinidad. No hay fuerza humana que lo detenga, por ello todo profeta arriesga la vida, y la historia nos demuestra que la mayoría de ellos han recibido muerte violenta.

La primera lectura de hoy dice que Dios suscitaría un profeta y pondría en su boca palabras divinas. Todos los profetas transmiten el mensaje divino, pero este profeta sería diferente, sería único. Tendría funciones semejantes a las de Moisés, de liberar a su pueblo.

Hay un detalle que nos demuestra la diferencia entre Jesús y el resto de los profetas. Cuando éstos terminaban sus discursos, siempre añadían: “Así dice el Señor”, o “dice tu Dios”, u “oráculo de Dios”, mas Jesús dice: “Habéis oído que se dijo a los antepasados, pues yo les digo”. Jesús se coloca en el lugar mismo de Dios. Aquí tenemos, pues, una confluencia entre las palabras de Dios y la misma palabra de Dios, Jesús, el Verbo encarnado.

Jesús es el profeta por excelencia, sabe de lo que habla, corrige lo enseñado hasta entonces, y propone nueva doctrina. La autoridad que muestra en su enseñanza y frente a los “espíritus inmundos” resulta intrigante: “¿quién es este para actuar así?” Para que los presentes quedaran más convencidos, con frecuencia, les añadía otra prueba. Obraba un milagro. Curaba a los enfermos, expulsaba a los espíritus inmundos, liberaba a los oprimidos, y proclamaba la libertad que la buena nueva traía a quienes la aceptaban.

Ahora bien, ¿qué hacía en la sinagoga uno poseído por un espíritu inmundo? Sin duda, esta persona no llevaba una marca en su atuendo o en su frente diciendo: “Estoy poseído por el demonio”. Esta persona era alguien normal, amigo o familiar de los presentes. Acaso alguien de influencia. Alguien que controlaba la marcha de la sinagoga. Mas he aquí que cuando oye las palabras divinas de Jesús, su interior se revuelve, su conciencia le remuerde y encuentra la conversión. Una conversión que exige un cambio brusco, un cambio violento, un cambio radical. El mal lo retuerce y tortura, pero al final lo deja libre.

¿Cuántos de nosotros tenemos en nuestro interior espíritus inmundos? ¿Cuántos de nosotros nos presentamos con caras de ángeles, cuando en nuestra alma tenemos malos pensamientos y malos deseos? ¡Ojalá que escuchando las palabras de Jesús nuestras almas queden libres de toda esclavitud humana; ¡Ojalá que nosotros, también aceptemos las palabras de Jesús y le sigamos siempre. Sólo en él encontraremos la felicidad que buscamos, porque sólo él tiene palabras de vida eterna.

Quinto Domingo de Epifanía

2 Reyes 4,(8-17) 18-21 32-37, Salmo 142, 1 Corintios 9,16-23, Marcos 1,29-39

A orillas del mar de Galilea se levanta Cafarnaún, apacible ciudad de pescadores de donde dos de ellos, Pedro y Andrés, provenían. En las tranquilas aguas de ese mar ganaban su sustento, cuando Jesús de Nazaret irrumpió en sus vidas y les invitó a dejar las redes y salir con él a pescar hombres.

Pescar hombres significa ganarlos para la causa del reino de Dios, tarea para la cual Dios había escogido a Jesús, quien, a su vez, escogió a los apóstoles. Pero... ¿qué se entiende por “reino de Dios?”

Las lecturas de hoy nos ofrecen la impresión de que podemos llegar a entender ese significado. Esos pasajes, especialmente el de Marcos, presentan un recuento de eventos que indican que algo muy especial está sucediendo: se dan restauraciones físicas, mentales y espirituales.

Vemos que, ante todo, el reino de Dios es una buena noticia. La gente de aquel tiempo, como también la gente del nuestro, vivía momentos difíciles por distintas causas. En sentido general, el pueblo de Israel era esclavo de la potencia militar y económica de aquel entonces: el Imperio Romano. En sentido particular, enfermedades del cuerpo y del espíritu esclavizaban a los seres humanos. El reino de Dios era el anuncio de que esa terrible situación había comenzado a cambiar.

Dios se había compadecido de su pueblo y había cumplido la promesa enviando a un salvador y a un libertador. La Escritura nos recuerda con este testimonio de curación de enfermos y de expulsión de espíritus malignos, que la salvación que Dios ofrece es integral. Así observamos el poder de la compasión divina puede erradicar las múltiples aflicciones del género humano que incluyen: desamparo, desórdenes físicos y mentales, coerción espiritual, y desolación. El imperio de las fuerzas del pecado y del mal, comienza a tener fin porque Jesús viene a destruir ese dominio y a librarnos de esa esclavitud. Las curaciones a que se refieren los autores de la Biblia, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, son testimonios maravillosos del poder de Dios, del poder del amor que él nos profesa, y de su plan de recuperarnos para sí, libres de todo daño.

Cada uno de estos portentos nos demuestra que Dios enfrenta las fuerzas destructivas del mal con su gracia salvadora, y otorga, como un regalo, salud y salvación. Los milagros de Jesús, como los que menciona hoy Marcos, nos enseñan que el reino de Dios es posible cuando están presentes un amor y una compasión como las que encontramos en nuestro Señor y que están al alcance de todos.

La victoria definitiva del mal y sus fuerzas se logró cuando Jesús se levantó de la tumba. Las fuerzas del mal creyeron haber derrotado a Dios, cuando su Hijo único moría en la cruz. Pero la misma fuerza que curó a enfermos y expulsó lo malo que había en ellos, la fuerza de la fe y del amor, levantó a Jesús de los muertos. Así Dios convirtió un instrumento de muerte en uno de vida.

De ese poder es del que nos habla San Pablo en la carta a los Corintios y del peligro de no anunciarlo a todo el mundo cuando dice: ¡Ay de mí si no comparto la buena noticia! Como Pedro y Andrés, Pablo fue llamado por Jesús para pescar hombres.

Iglesia existe porque los primeros discípulos aceptaron con seriedad esa vocación divina de difundir la buena nueva de Dios. También a nosotros se nos ha llamado en el bautismo a compartir esa tarea. Recordemos las palabras de bienvenida a los recién bautizados: “Te recibimos en la familia de Dios. Confiesa la fe de Cristo crucificado, proclama su resurrección, y participa con nosotros en su sacerdocio eterno”. Así vemos que la tarea de anunciar el reino de Dios no es de unos pocos en la Iglesia, sino de todo un cuerpo, de una familia. Y la Iglesia misma es testimonio de los eventos que Dios obra hoy día. El amor y la compasión de Dios son eternos y se realizan entre nosotros. Los milagros no son cosa pasada de moda, ni privilegio de los santos.

Si tomamos en serio nuestra vocación veremos grandes prodigios. Pedro, Andrés y Pablo eran como nosotros. Si abrimos nuestro corazón a Dios y permitimos que el Espíritu Santo nos guíe, llegaremos a ser como ellos.

Sexto Domingo de Epifanía

2 Reyes 5, 1-15b, Salmo 42, 1-7, 1 Corintios 9, 24-27, Marcos 1, 40-45

“No digas nada a nadie”, recomienda Jesús.

Cuando sucede algo trascendente en la vida de alguien pero ha sido intencionalmente ocultado y sin embargo todo el mundo lo sabe, decimos que se trata de un “secreto a voces”. Esta paradójica frase describe muy bien lo que nos cuenta Marcos en el evangelio de hoy.

La historia del encuentro entre Jesús y el leproso, y la curación que éste recibió nos pueden parecer lo más importante del relato. Sin embargo, el evangelista cuenta algo más que forma parte integral de los hechos ocurridos. Algo que nos indica la actitud que se debe asumir ante la obra misericordiosa de Dios.

Jesús pidió enfáticamente a este hombre que no dijera nada de lo sucedido, pero el leproso curado no pudo callar, y dio testimonio de su agradecimiento divulgando el milagro ampliamente.

Para entender bien este acto de aparente desobediencia debemos ser conscientes de lo que significaba en aquellos tiempos padecer de la terrible lepra. Se obligaba a los leprosos a permanecer alejados del resto de la población porque se tenía gran temor al contagio, y en muchos lugares la ley exigía que portaran una especie de campanilla o cencerro que alertara a todos de su proximidad. Así las cosas, no sólo tenían que sufrir el terrible mal olor de la corrupción de sus cuerpos, que virtualmente se caían a pedazos, sino el mal de una de las marginaciones más terribles que grupo alguno haya padecido jamás. Este hombre vino a Jesús porque necesitaba resolver el gran problema de su vida. Jesús lo recibió y lo sanó, porque “había venido a buscar y a sanar a los de quebrantado corazón”.

¿Podría haber corazón más quebrantado que el de un ser humano en esas circunstancias? La Biblia nos muestra a un Dios compasivo que por amor, busca y encuentra a quien se refugia en su protección.

Esta historia, nuestra historia, comienza tan pronto como nuestros primeros padres, llenos de orgullo y autosuficiencia, pretendieron vivir sin Dios. Dios entonces comienza la búsqueda del género humano extraviado. Para ello llama a Abraham y crea con él y sus descendientes un pueblo, del cual nos llega Jesús.

Jesús significa el reencuentro total y definitivo de Dios con sus criaturas, y especialmente con las más débiles y necesitadas. Jesús es la conclusión de una historia de amor que ha durado siglos y que al fin ha culminado. El evangelio de hoy es un testimonio de ese encuentro.

La petición del Señor al leproso a que guardara silencio, obviamente hay que enmarcarla en la actitud consecuente de no hacer alarde alguno, y evitar el culto a la personalidad y el triunfalismo. El bien no hace ruido ni el ruido hace bien. Jesús actuaba por compasión pero nunca por exaltar su poder.

Pero el sanado no pudo callar. ¿Cómo callar ante un amor tan ilimitado? Tenemos aquí plasmadas dos realidades: la realidad del amor compasivo de Jesús; y la necesidad de dar testimonio de ese inusitado amor.

Como Iglesia, estamos llamados por Dios a mostrar ese mismo amor compasivo especialmente hacia los más débiles, necesitados y marginados de nuestra sociedad. Tenemos que imitar a Jesús. Somos su cuerpo.

Como hijos de Dios se nos llama a proclamar a todo el mundo cómo su amor ha traído salud y salvación a nuestros males. Se nos llama a no callar, sino a compartir con cuantos podamos cuán poderoso es su amor.

Dios no quiere tener otros labios para hablar que los nuestros. Dios no quiere tener otras manos para trabajar y bendecir que las nuestras. Dios no quiere tener otros pies para caminar, a donde haya que llevar su mensaje, que los nuestros. ¿Somos conscientes de esto?

Como en los primeros tiempos, cuando Jesús comenzaba su ministerio en Galilea, hoy también necesitamos recibir la misericordia de Dios. Todavía más, tenemos que dar testimonio de su amor. Permitamos que Dios nos use para esta gran tarea.

Séptimo Domingo de Epifanía

Isaías 43, 18-25, Salmo 32, 1-8, 2 Corintios 1, 18-22, Marcos 2, 1-12

En la Biblia se encuentran respuestas a las clásicas interrogantes que los seres humanos se formulan. ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Cuál es el propósito de nuestra vida? ¿Por qué existe el mal? ¿Cuál es su origen?

En el Génesis se cuenta que Dios creó al ser humano a su propia imagen, y que lo creó bueno. Pero cuando miramos alrededor y nos observamos a nosotros mismos, resulta difícil ver esa imagen y comprobar esa bondad. ¿Qué sucedió?.

La narración de estilo poético, que nos presenta a Adán y Eva desobedeciendo al creador, es la explicación a nuestra situación presente.

Para entender mejor el tema, usemos la parábola que podríamos titular, *El pozo*. Según ella, al principio de la creación Dios nos hizo buenos y libres. Nos colocó en un hermoso lugar. Nos dio libertad y responsabilidad de nuestro caminar, advirtiéndonos que prestáramos atención porque había pozos ocultos. Nosotros pensamos: ¡qué pozos ni pozos, aquí hay que disfrutar!, y, distraídos, caímos en uno bien profundo.

Cuando uno ha caído en un pozo necesita dos cosas para poder salir: querer salir, y la ayuda necesaria. Porque si uno quiere salir pero no tiene ayuda, no sale. Por otra parte, si uno cuenta con ayuda pero no quiere salir, se queda en el fondo del pozo.

Jesucristo, como hombre encarna nuestra voluntad de querer salir de pozo. Como Dios representa la ayuda que necesitamos. Esa ayuda queda manifiesta en su vida, cruz y resurrección. Con su ejemplo nos salva. Por eso es nuestro Salvador. Nos salva de estar en el pozo de nuestro pecado. Jesús ofrece la solución a nuestro problema. Ofrece la posibilidad de cambiar nuestra vida por una de amistad con Dios.

Los judíos contemporáneos a Jesús creían que todo lo desordenado en las vidas de los seres humanos, aún las enfermedades, era fruto del pecado. Por eso, Jesús, para ir a las raíces del mal, perdonó los pecados del paralítico, como premisa para devolverle la capacidad de caminar. Sanar y salvar son palabras que tienen el mismo significado en la Biblia. Esto escandalizó a los presentes, porque ¿quién puede perdonar pecados sino Dios? Lo acusaron de blasfemo. En su ceguera espiritual no fueron capaces, en ese momento, de reconocer quién era.

Pero a esta primera parte del milagro sucedió la segunda. Jesús le sanó. Y entonces, admirados, glorificaron a Dios reconociendo que nunca habían visto cosa igual.

Presentar el mensaje de que en Jesucristo encontramos salud y salvación ha sido la misión de la Iglesia por espacio de dos mil años, y lo será por siempre.

En la liturgia para la “Ministración a los enfermos” del Libro de Oración Común, el sacerdote nos invita, como premisa, a confesar nuestros pecados. Al administrar el rito sacramental de la unción, refleja el deseo de que continuemos siendo fieles a la enseñanza y tradición bíblicas, y pide que por su gran misericordia, Dios perdone los pecados, libre del sufrimiento, y restaure la fortaleza e integridad de la persona enferma.

Jesucristo es el motor y protagonista del drama de la historia de la salvación que la Biblia presenta. En el Antiguo Testamento todo apuntaba a él, y en el Nuevo todo culmina en él. Los cristianos formamos parte de esa historia dramática.

Como parte de su pueblo, Jesús nos llama a compartir la tarea de llevar adelante ese anuncio de salvación. ¿En nuestra comunidad, colaboramos para que la Iglesia pueda llevar adelante esa tarea? Puede que no resulte nada fácil el convencer a quienes no creen en él. Desde el principio ha sido así. El evangelio de hoy presenta lo industriales que fueron quienes llevaban al paralítico para acercarlo a Jesús. Jesús se admiró ante tal estratagema y supo responder a ella positivamente. Al ver la fe y confianza que tenían en él obró el milagro que el paralítico necesitaba.

Muchas veces nos desanimamos ante el cúmulo de dificultades que pudiéramos estar enfrentando. Entonces es el momento de ver a Jesús en pasajes como éste y continuar adelante sin desmayar. Si de veras tenemos fe en él, el Señor obrará lo que esperamos para que, ese alguien que queremos traerle, le conozca y le acepte como Señor y salvador. Entonces recibirá salud y salvación, la verdadera solución al desafío de la vida.

Octavo Domingo de Epifanía

Oseas 2, 14-23, Salmo 103, 1-6, 2 Cor 3, (4-11) 17-4, 2, Marcos 2, 18-22

La primera lectura de hoy, tomada del profeta Oseas, forma parte de un poema de amor. Uno de los grandes poemas del Antiguo Testamento. El poema expone la experiencia de un hombre apasionadamente enamorado, que, cuando la esposa lo traiciona, intenta liberarse de ese amor para no sufrir, y no lo consigue. Lograría la paz olvidándose de ella, pero el gran amor que siente por ella, no se lo permite. Primero usa técnicas ofensivas y la llama prostituta, y, luego, trata de exponerla a la vergüenza pública, mas ni así logra olvidarse de ella. ¡Tanto la amaba!

Por fin, cambia de estrategia. Decide cortejarla y enamorarla de nuevo. Más allá de los insultos y amenazas, decide: “La llevaré al desierto y le hablaré al corazón” (Os 2, 16). “Allí me responderá como en su juventud, como en el día en que salió de Egipto” (Os 2, 17). “Entonces me llamará ‘marido mío’, en vez de llamarme ‘Baal mío’” (Os 2,18).

Al profeta Oseas, en medio de un dolor tan tremendo, un día, de repente, se le iluminó la mente, y, en el fondo de su amor dolorido descubrió, como reflejado, otro amor más alto y profundo: el amor del Señor por su pueblo.

También Dios ha amado como marido enamorado, también lo ha traicionado su esposa, y, a pesar de todo, sigue amando. Dios no puede menos de amar. Todas las medidas que toma se las dicta el amor.

La esposa que traiciona a Dios es el pueblo de Israel, que decide adorar a los dioses Baales, tomados como dioses de la vegetación. Los israelitas pensaban que la fertilidad de la tierra y del ganado se debía a esos dioses Baales. Pero el Señor es celoso y no admite dioses rivales; venerar otros dioses es hacerle traición. Dios amenaza con quitarles todos los productos de la tierra y la tierra misma, para que vean que todas sus riquezas vienen sólo del único Dios que existe. Nadie más, se encarga de la fecundidad de los seres humanos y de los campos. A quien obedece al Señor le llegan las bendiciones de la fecundidad, así queda escrito en el libro del Deuteronomio (Dt 28,2-4). Si los israelitas buscan esas bendiciones cortejando a otras divinidades, el Señor los hará fracasar, para que aprendan o recuerden quién los controla, y así se conviertan a su verdadero Dios.

Mas Dios, en vez de vengarse, decide, como Oseas, enamorar de nuevo a su pueblo. Dice el Señor: “Israel, yo te haré mi esposa para siempre, mi esposa legítima, conforme a la ley, porque te amo entrañablemente. Yo te haré mi esposa y te seré fiel, y tú entonces me conocerás como el Señor” (Os 2, 21-22). Y la tierra toda dará fruto por la fuerza del Señor para alimento de Israel, entonces todo el pueblo aclamará: “¡Tú eres mi Dios!”.

La convicción de que el Señor es nuestro único y verdadero Dios se convierte en alegría para el corazón. Esa es la alegría que debe colmar también el corazón de todo discípulo de Jesús. Mientras estemos cerca de Jesús, nos encontramos como en un banquete. Y en un banquete no se ayuna. Los fariseos se extrañaban de que los discípulos de Jesús no ayunaran. Jesús va a exigir mucho de sus discípulos pero mientras le sean fieles, como Israel al Dios de Jacob, nada les faltará, ni tendrán que ocuparse de leyes minúsculas.

Queridos hermanos y hermanas, lo que Dios espera de nosotros es que no le traicionemos con idolillos de la calle. Parece que algunas personas aman a Dios para cubrir unas necesidades, pero para otros asuntos adoran a diosillos particulares. Algunos reverencian a Dios en público, pero organizan una sociedad opresora, conforme a las leyes del dinero y de la razón del más fuerte.

Dios ha establecido con el género humano una alianza nueva y definitiva en el amor de Jesús. No una nueva religión de conveniencias egoístas, sino una alianza nueva de relaciones personales que nacen de un corazón renovado purificado. ¡Enamorémonos de Dios y no le traicionaremos nunca!

Último Domingo de Epifanía

1 Reyes 19, 9-18, Salmo 27, 5-11, 2 Pedro 1, 16-19 (20-21), Marcos 9, 2-9

La transfiguración de Cristo es el punto culminante de su vida pública, como el bautismo fue su inicio y la ascensión su fin. Una semana después de su viaje a Cesarea de Filipo, y de la confesión de Pedro de que Jesús era el verdadero Mesías (Mc 8,29), nuestro Señor llevó a Pedro, Santiago y Juan a la cima de una montaña elevada, probablemente el monte Hermón o Tabor, donde se transformó ante sus ojos. Su apariencia irradiaba la gloria de Dios. La gloria que siempre había brillado en su corazón ahora se manifestó al exterior.

La transfiguración es una preparación para los discípulos más íntimos de Jesús a las tribulaciones que les esperaban en Jerusalén. En este último domingo de Epifanía es apropiado que esta manifestación de la gloria de Dios nos prepare para acompañar a Jesús durante la Cuaresma y la Semana Santa.

Pedro confesó, en nombre de todos los discípulos, que Jesús era el Mesías enviado a redimir a Israel. Pero para el pueblo de Israel, que había estado esperando su llegada por cientos de años, el Mesías debía ser el líder político que había de liberar a Israel de la ocupación romana, estableciendo un nuevo reino davídico aquí en la tierra. Esto sería bueno para el pueblo de Israel, pero no se encontraba en los planes de Dios.

Dios quería traer salvación a toda la humanidad. Por eso Jesús trata de explicarle a sus discípulos que la obra salvífica de Dios se habría de lograr mediante el sacrificio. Él sería la víctima. Los discípulos no querían entender esa realidad. Y aún menos cuando Cristo les comunica que ellos también tendrían que participar del sacrificio. “Si alguno quiere ser discípulo mío, olvídense de sí mismo, cargue con su cruz y sígame” (Mc 8, 34).

Los discípulos no tendrían el valor de seguir a Jesús si no tuvieran una demostración de la gloria de Dios. La transfiguración de Jesús era la muestra. Marcos presenta la transfiguración en una montaña como lugar donde el cielo y la tierra se encuentran. No da mucha importancia al detalle, pero sigue la tradición. Era en las montañas donde a menudo se manifestaba Dios en las Sagradas Escrituras. En la primera lectura de hoy, fue en una montaña, Horeb, donde el profeta Elías se encontró con Dios. Y fue también en una montaña donde Dios le dio a Moisés los Diez Mandamientos.

Marcos nos cuenta cómo cambió la apariencia de Jesús. Transformación, transfiguración, es la misma palabra que Pablo usa en Romanos 12, 2; 2Corintios 3,18 y Filipenses 3,21 para describir la transformación espiritual de los creyentes. La conveniencia de la transfiguración de Cristo es clara ahora. Si Jesús va a ser crucificado, los discípulos tienen que ver el esplendor divino, antes de su sacrificio. Y también han de observar que la obra de Jesús completa la historia espiritual del pueblo de Dios. Por eso Moisés, el dador de la Ley de Dios, y Elías, el más famoso de los profetas del Antiguo Testamento, aparecen junto a Jesús.

Pedro, no dándose cuenta del significado del hecho maravilloso que estaba pasando, quiere quedarse allí. Piensa que va a poder disfrutar de la gloria de Dios sin tener que pasar por el sufrimiento primero. “Maestro, ¡qué bien se está aquí! Vamos a armar tres tiendas: una para ti, una para Moisés y una para Elías”. Pedro, aunque estuviera sin tienda, ¡quería quedarse allí! ¡Y qué reacción tan humana! Pero el problema es que Pedro quería atajar. No hay ningún atajo para llegar al cielo. Hay que seguir por el camino que Cristo nos enseña. No podemos disfrutar de la gloria de Dios si primero no pasamos por el sufrimiento. Cristo nos muestra esto en su vida. No podemos llegar al domingo de Resurrección si primero no pasamos por el Viernes Santo y la sombra de Cruz.

Queridos hermanos y hermanas, desde la cumbre de la montaña donde vemos hoy la gloria de Dios en Cristo, preparémonos para bajar al “valle de lágrimas” que es esta vida, y acompañar a Jesucristo en su peregrinaje a Jerusalén, ya que ésta es la única manera en que podremos, de verdad, disfrutar de su Resurrección.

Miércoles de Ceniza

Joel 2, 1-2, 12-17, Salmo 103, 8-14, 2 Corintios 5, 10b-6, 10, Mateo 6, 1-16, 16-21

Hoy comienza la Cuaresma. Las lecturas de este Miércoles de Ceniza nos invitan a vivir un tiempo de recogimiento y de reflexión, antes de emprender juntos el largo ascenso hacia la Pascua del Señor. Dios, por voz del profeta Joel, de san Pablo y del mismo Jesús, nos recuerda la meta que hemos de alcanzar, los medios que debemos utilizar y el espíritu con que hemos de caminar.

Joel, con voz que resuena a través de los siglos, nos grita: “Convertíos de todo corazón, con ayuno, con llanto, con luto. Rasgad los corazones y no las vestiduras”. ¡Convertíos al Señor! Es un grito que, de las páginas de la Biblia, nos llega a nosotros hoy día. San Pablo con otras palabras nos ruega lo mismo: “En nombre de Cristo os pido que os reconciliéis con Dios”.

Para lograr esa meta, la Iglesia ha propuesto las prácticas tradicionales de ayuno, oración y limosna. Estos ejercicios ascéticos los debemos practicar sin caer en la ostentación de que nos habla Mateo: “Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos... tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará” (Mt 6, 1-6.16-18). El Libro de Oración Común añade a esas costumbres piadosas, la lectura y meditación de la palabra de Dios. Es leyendo y meditando sobre el mensaje divino como nos acercamos al seno de Dios.

Hoy tenemos un rito muy especial y significativo. La imposición de la ceniza. La ceniza evoca en la Biblia todo lo caduco y que carece de valor. Echarse ceniza en la cabeza era signo de duelo y arrepentimiento. Los cristianos adoptaron, con toda naturalidad, esta costumbre antigua, en particular cuando eran admitidos en el grupo de los penitentes (siglos III-V). La imposición de la ceniza no se convirtió en un rito litúrgico de comienzo de Cuaresma hasta el siglo V en Alemania, y luego pasó a Italia en los siglos XII-XIII. Creemos que este rito, esta ceremonia, tiene un significado muy profundo. Reconocemos que somos polvo, que somos pasajeros, que se los lleva el tiempo, como el polvo hace con el viento. De nuestro cuerpo, de nuestro polvo, sólo el espíritu o alma permanecerá; ese espíritu nuestro irá a Dios. Para ese encuentro con la divinidad nos estamos preparando durante toda la vida.

Al recibir la ceniza estamos confesando que pertenecemos a un pueblo de pecadores que su volve hacia Dios con confianza de resucitar con el Cristo de la Pascua, vencedor del pecado y de la muerte.

Ahora bien, como decíamos anteriormente, este tiempo de Cuaresma es un tiempo de penitencia y reflexión. Una meditación atenta sobre el mensaje bíblico nos llevará a cambiar de vida, de costumbres malas a buenas, de vida viciosa a vida virtuosa. Al practicar los actos de sacrificio y de penitencia hemos de tener muy presente la pureza de espíritu que Jesús espera de nosotros. No andemos con caras tristes y enfermizas, ni publiquemos en el periódico o anunciemos en la radio o en la televisión qué clase de sacrificios estamos realizando. Todo esto nos conduciría a buscar el aplauso de la gente, o el que nos den una plaquita, o un certificado, o un trofeo de reconocimiento, con esta inscripción: “En honor a lo triste y cabizbajo y demacrado que ha andado durante estos cuarenta días, se le concede este reconocimiento”. ¡Qué bien, viva, grandes aplausos!

Así se conduce, a veces, la sociedad superficial. Los caminos de Dios son diferentes. Son caminos escondidos, misteriosos, y sólo en lo escondido se puede encontrar uno con Dios. Jesús dice: “Cuando vayas a rezar, entra en tu aposento, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará”.

Sería bueno que al examinar nuestras vidas cambiáramos radicalmente en aquello que más débiles andamos. En actitudes dentro de la familia: de estar siempre peleando o riñendo a buscar la reconciliación y la comprensión; de ser envidiosos y resentidos, a ser generosas y compasivos. En una palabra, que nuestra vida realmente refleje el espíritu amoroso, compasivo, flexible y abierto que nos demostró Jesús.

Acerquémonos a recibir las cenizas con humildad, reconociendo que somos pecadores pero también que la misericordia de Dios no tiene límites.

Primer Domingo de Cuaresma

Génesis 9, 8-17, Salmo 25, 3-9, 1 Pedro 3, 18-22, Marcos 1, 9-13

“Recuerda que eres polvo y en polvo te has de convertir” Con estas palabras y la imposición de ceniza en nuestras frentes la Iglesia llama cada año a sus fieles a celebrar el tiempo de Cuaresma.

La Cuaresma es la estación penitencial que comienza el Miércoles de Ceniza y termina antes del Santo Triduo, es decir, la víspera del Jueves Santo. Durante la Cuaresma las vestimentas son de color morado, que implica penitencia. Se omite la palabra “aleluya” y no se usan flores. Es costumbre ayunar y sacrificarse. Se nos urge a un arrepentimiento de nuestros pecados, y a una mejora espiritual de nuestras vidas.

La Cuaresma comenzó como un período de preparación para las personas que iban a ser bautizadas. Que se iban a incorporar a la familia de Dios. Era un tiempo preparatorio de enseñanza, ayuno y oración. Al final de esta estación, los catecúmenos (candidatos al Santo Bautismo) eran bautizados el día de Pascua de Resurrección. Antes de su bautismo, durante la eucaristía solamente podían participar en la liturgia de la palabra y tenían que irse de la iglesia después de la paz.

Al principio, la duración de la Cuaresma varió. Pero con el pasar el tiempo la Iglesia decidió fijarla en cuarenta días como recordatorio de los cuarenta días que Jesús pasó en el desierto, el tiempo que Noé estuvo en el arca y los cuarenta años que Israel anduvo errante en el desierto antes de llegar a la tierra prometida. Evidentemente estos números son simbólicos. Indican un período de tiempo sin ser literales en el número que indican.

Si nos fijamos, en todas las ramas y actividades de la sociedad se observa esta realidad de significado trascendente. Efectivamente, vemos cómo el deportista practica “cuaresmas de ejercicios físicos” si quiere encontrarse en forma de competición. Vemos cómo, al estudiante que ha perdido el tiempo divirtiéndose le llega el momento de una cuaresma rigurosa si quiere pasar los exámenes. Vemos cómo los voluntarios al ejército han de someterse a un entrenamiento rigurosísimo si quiere permanecer en él. Nadie puede escapar de la filosofía profunda que implica la idea de una cuaresma. De hecho, en un sentido mucho más profundo, toda nuestra vida es una cuaresma. Es decir, durante toda nuestra vida hemos de estar preparándonos para la otra vida.

Por eso, hoy tenemos tanta necesidad de observar la Cuaresma como nuestros antepasados. Como ellos, tenemos que comprender que cuando vivimos separados de Dios, nuestras vidas se deforman; las familias, las sociedades y el mundo entero pagan un precio muy grande.

Tenemos que recordar que el pecado nos aparta de Dios. Tenemos que recordar que separados de Dios somos como ramas que, cortadas del tronco, se marchitan, mueren y terminan en el fuego o podridas en el suelo. Tenemos que recordar que el crimen, la pobreza y la injusticia en nuestra sociedad, son causados por nuestra separación de Dios. ¡La avaricia y el egoísmo que nos mueven causan tantos males en el mundo!

Esto quiere decir que a la hora de optar por un sacrificio. A la hora de decidir cómo sacrificarnos durante esta Cuaresma que iniciamos, hemos de pensarlo bien, y no escoger algo que no cale en nuestras vidas. De nada nos sirve dejar de tomar dulces, por ejemplo, si en nuestro hogar seguimos malhumorados, riñendo, e incluso, a veces, pegándonos. Hemos de escoger sacrificios que erradiquen el pecado de nuestras vidas. El pecado no es ni más ni menos que lo que daña nuestra relación con Dios y con los seres humanos y queridos. Todo aquello que se interponga en nuestra relación con Dios y con los demás hemos de eliminarlo. Para ello hemos de ser sinceros y honestos para con nosotros mismos. Un ejercicio falso no conduce al triunfo. Un sacrificio que no duele no produce fruto. ¡Imitemos a Jesús en esta Cuaresma!

Segundo Domingo de Cuaresma

Génesis 22, 1-14, Salmo 16, 5-11, Romanos 8, 31-39, Marcos 8, 31-38

San Pablo nos da una descripción perfecta del amor de Dios en la epístola a los romanos. No es la única que se encuentra en la Biblia, pero sí la más conmovedora: “El que no reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros ¿cómo no nos va a regalar todo lo demás con él?” (Rom 8,32). Si Dios nos ama tanto que sacrificó a su propio Hijo por nosotros, ¿de qué nos tendremos que preocupar? Cualquier otra cosa que pidamos a Dios es insignificante. Dios nos dio a su hijo para que tuviéramos vida. Y a través de Cristo, el Padre nos dará cualquier otra cosa que necesitemos en esta vida, si es para nuestro bien espiritual.

En Cristo, Dios perdona nuestros pecados; los conocidos y los desconocidos. Y, si es Dios quien nos perdona, ¿quién nos podrá acusar? ¡Nadie! A los que estamos unidos con Cristo, no hay nada, por terrible que sea, que nos pueda separar del amor de Dios. Pablo enumera algunos de esos peligros: “sufrimiento, dificultades, persecución, hambre, falta de ropa, peligro, aún la misma muerte” (Rom 8,35). Pablo puede hablar de estas cosas porque las sufrió en su vida cuando proclamó al Señor resucitado.

En aquellos tiempos, los discípulos tenían que pagar un precio muy alto por su fe. No sólo persecución y hambre, sino el mismo martirio. Por eso no es una exageración compararlos a “ovejas que son llevadas al matadero” (Rom 8, 36). Ninguna de esas dificultades puede separar al creyente del amor de Dios.

La fortaleza que el amor de Dios nos da, nos convierte ya en vencedores. Por eso Pablo dice que nada ni nadie nos puede separar del amor de Dios en Cristo: ni las pruebas de esta vida ni nada del presente o del futuro. Nada de lo creado nos puede separar de su amor.

Jesús también le dijo esto a sus discípulos. Después de la confesión de Pedro de que Cristo era el Mesías (Mc 8, 27-30), tiene que explicarles el significado de lo que significa ser mesías de Dios. El Mesías tiene que sufrir y morir. Y los seguidores del Hijo de Dios tendrán que pasar por la misma prueba. Los discípulos, en un principio, no lo entendieron. ¿Sufrir, la cruz, nosotros?

Si Jesús va a ser la manifestación del amor de Dios, quiere demostrarlo de una manera no imaginada. La idea popular era que el mesías sería un líder político que restaurara la gloria de Israel, un nuevo David. Pero un nuevo David no podía manifestar el amor de Dios al mundo. Hacía falta un nuevo tipo de mesías para redimir a la humanidad. Para llevar a cabo el plan de Dios, el mesías tendría que sufrir y morir. Sin ese sacrificio, no habría resurrección ni triunfo sobre la muerte.

Esto era duro para los discípulos, si de verdad iban a seguir a Cristo. Tendrían que participar en el sufrimiento y en la muerte de cruz. No hay otra forma. El que piensa que puede salvar su vida, la perderá. El que dé su vida por Dios disfrutará de la eterna. ¡Qué distintos son los valores de Dios a los de este mundo!

El Génesis nos ofrece otro ejemplo del amor de Dios. Isaac era el hijo que Abrahán y Sara tuvieron en la ancianidad. En Isaac se iba a cumplir la promesa que Dios había hecho a Abrahán: ser padre de un gran pueblo. Pero ahora, la fe de Abrahán fue puesta a prueba, al pedírsele que sacrificara a su hijo. ¿Qué era más importante: la seguridad de su hijo, o la fidelidad a Dios? Abrahán tuvo una confianza absoluta en el llamado de Dios, estuvo dispuesto a realizar el sacrificio más grande de su vida. Por su fidelidad, Dios le devolvió a su hijo. Isaac resucitó de una muerte posible.

Queridos hermanos, la Cuaresma nos brinda la oportunidad de meditar en el inmenso amor que Dios nos profesa. Debemos recordar que nuestra respuesta a ese amor inmenso debe plasmarse en una vida de fe, imitando a Cristo. Tomando nuestra cruz, abnegándonos y siguiendo el camino que conduce al Calvario. Pero viviendo en la certeza de que más allá del sufrimiento nos espera la gloria sin igual de Dios.

Tercer Domingo de Cuaresma

Exodo 20,1-17, Salmo 19,7-14, Romanos 7,13-25, Juan 2,13-22

Los Mandamientos de Dios son una lista de obligaciones a cumplir o acciones a evitar. Cuando los obedecemos, nos ayuda a vivir una vida civilizada.

La lectura del Éxodo contiene los Diez Mandamientos. Los Diez Mandamientos son como un mapa para lograr una sociedad equilibrada. Y ¿qué mejor tiempo que el actual para reafirmar la necesidad de cumplir los Diez Mandamientos como cimiento de una comunidad sana? Ahora que abundan los asesinatos; que el uso de drogas es común; que las familias se desintegran; que se abusa de mujeres, niños y ancianos; que el materialismo es desenfrenado...¿No creen que esta Cuaresma es una buena ocasión para comprometernos a revisar y a seguir los mandamientos que Dios nos dio para nuestro bienestar? Creo que sí.

Primer Mandamiento: “No tendrás otros dioses delante de mí”. La ley de Dios está basada en un pacto de amor establecido entre Dios y la humanidad. La naturaleza de Dios es amor. Y nosotros estamos llamados a responder a ese amor. De la única forma que podemos responder es colocando a Dios como centro de nuestras vidas.

Segundo Mandamiento: “No te harás imagen alguna”. En el mundo existen miles de dioses falsos: dinero, poder, drogas, gente, seguridad en cosas materiales, etc. No debemos permitir en nuestras vidas nada que nos aparte de Dios. Quizás se pregunten ¿por qué? Porque nos convertimos en eso que adoramos. Si queremos ser lo que Dios quiere que seamos, criaturas hechas a su imagen, no podemos esclavizar nuestras vidas con algo que sea menos que Dios. Darle valor absoluto a cosas que tienen valor relativo es una enfermedad espiritual. San Agustín dijo: “Hay un vacío en nuestras almas que sólo Dios puede llenar”.

Tercer Mandamiento: “No invocarás en falso el nombre del Señor tu Dios”. Faltarle el respeto a Dios es disminuir su santidad. Tomar el nombre de Dios en vano es faltarle el respeto que le debemos.

Cuarto Mandamiento: “Recuerda el día de descanso para santificarlo”. Tenemos que dedicarle tiempo a Dios. Nuestras almas necesitan descansar de las preocupaciones materiales y disfrutar de lo espiritual. Tenemos que olvidarnos de lo finito y pensar en lo infinito. Tenemos que ponerle ese enfoque a nuestras vidas.

Quinto Mandamiento: “Honra a tu padre y a tu madre”. Los padres cooperan con Dios en la concepción y crianza de los niños. Participan en esa responsabilidad divina y por tanto en el honor que Dios recibe. Pero para recibir ese honor también tienen que ser responsables y tratar de ser fieles a la inmensa responsabilidad que tienen.

Sexto Mandamiento: “No matarás”. Nuestra sociedad, enamorada de las armas de fuego y de la violencia, necesita oír esto. Necesita darse cuenta de que la vida humana es sagrada, de que el suprimir una vida humana destruye la armonía de la creación.

Séptimo Mandamiento: “No cometerás adulterio”. La pureza de la vida familiar, basada en la santidad del matrimonio, es uno de los pilares del plan de Dios. Por eso, la santidad de una relación comprometida es la norma para el pueblo de Dios. La familia es la comunidad de fe más pequeña y básica. El laboratorio donde cada día aprendemos a amar y a ser amados. Y cuando fallamos, aprendemos a perdonar y a ser perdonados.

Octavo Mandamiento: “No robarás”. La ley de Dios protege nuestras posesiones. Cuando tomamos lo que pertenece lícitamente a otros, obramos contra el deseo divino para el bienestar de su pueblo. Las personas víctimas del robo conocen ese terrible sentimiento.

Noveno Mandamiento: “No darás testimonio falso, ni mentirás”. Mentir tiene que ver con el carácter de la persona. La mentira corroe la vida de la comunidad. Destruye la confianza necesaria en una vida en común. La mentira es la antítesis de Dios, que es la verdad.

Décimo Mandamiento: “No codiciarás nada de lo que pertenezca a tu prójimo”. Este mandamiento tiene que ver con nuestro corazón y no con nuestros actos externos. No podemos tener una relación buena con alguien si codiciamos lo que esa persona tiene. Si la envidia está comiendo nuestras almas no podemos tener paz interior.

Queridos hermanos y hermanas aprovechemos esta oportunidad para reflexionar cómo vivimos nuestras vidas. Si vivimos llenos de amor y de paz, si somos justos y misericordiosos, ayudándonos los unos a los otros, cumpliendo con la voluntad de Dios. O si vivimos una vida de maldad. Si usamos a otros obramos el mal. De la misma forma que sufrimos las consecuencias ignorando la gravedad. También las sufriremos si ignoramos la ley de Dios.

Cuarto Domingo de Cuaresma

2 Crónicas 36, 14-23, Salmo 122, Efesios 2, 4-10, Juan 6,4-15

El Evangelio de Juan nos presenta el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Jesús da de comer a cinco mil hombres y por lo menos a otras tantas mujeres y a niños. En ésta como en otras bellas narraciones del Evangelio de San Juan, el propósito de fondo es ofrecer una lección espiritual, una enseñanza que nutra las almas de los oyentes. Por ello, no hemos de fijarnos demasiado en los detalles literales sino ir al encuentro del significado simbólico.

Esta historia nos ofrece un dilema: ¿dejamos que Dios provea todo lo que necesitamos, o nos aplicamos nosotros mismos en la provisión?

La Cuaresma empezó con la historia de Jesús siendo tentado por el diablo. La tentación fue ésta: Tú puedes cambiar esta situación. Tú puedes proveer por ti mismo. Tú tienes el poder de cambiar estas piedras en pan. La respuesta de Jesús fue: “La Escritura dice... No tentarás al Señor tu Dios”.

En el relato de hoy, la tentación es ésta: No podemos hacer nada. No podemos proveer por nosotros mismos. No hay suficiente, porque es mucha la gente. No podemos cambiar esta situación.

Jesús vio la muchedumbre que lo seguía, tuvo compasión y decidió hacer algo. Preguntó a Felipe para ponerlo a prueba: “¿Dónde compraremos pan para que coman éstos?”(5) Respuesta: No hay manera, nos costaría demasiado y aún sería muy poco para cada persona. Luego, se escucha la voz de Andrés: “Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces” (9). Es como un rayo de esperanza, pero, siempre la duda: “¿Qué es eso para tantos?” (9).

Esto parece ser ‘la teología de la escasez. Este es un entendimiento pobre de Dios que nos conduce a creer que no hay suficientes provisiones para todos. Esto nos convierte en tacaños y envidiosos; nos convierte en personas que no comparten por miedo a quedarse sin nada.

Sin embargo hemos de alabar la actitud del muchacho que está dispuesto a compartir lo que tiene. Para él era más que suficiente, pero sin duda otros también podrían comer de lo que lleva. Cuando estamos dispuestos a compartir se operan milagros. Es lo que sucedió en este caso.

Dios lo ve todo con ojos de abundancia. Jesús dice a los discípulos: “Haced que la gente se sienta” (10). Tomó el pan, dio gracias, y se repartió a los que estaban sentados. Lo mismo hizo con los pescados. Se saciaron todos. No se desperdició nada, porque Jesús ordenó recoger las sobras y se llenaron doce canastas.

En el Evangelio de San Juan, casi siempre, las cosas ocurren a varios niveles. En esta historia, por ejemplo, en un nivel vemos que Jesús les dio pan de comer y calmó su hambre, pero en otro, Jesús les está dando algo más profundo. Les da el pan de vida; les da de sí mismo; les ofrece su propia vida. Les anuncia lo que va a venir: la muerte, la resurrección, la vida.

Hay un cántico que se canta en algunas de nuestras iglesias que dice: “Hay que morir para vivir”. A veces, nos sentimos, que estamos solos y como si no tuviéramos vida. Pero, si Jesús logró que aquella muchedumbre tuviera alimento, también lo hará con nosotros.

Cuando los discípulos vieron aquel gentío, se acobardaron. ¡No había manera, era imposible! También nosotros, podemos quedar sobrecogidos por problemas del hogar, del trabajo, de la escuela, o de la iglesia. Creemos que no hay solución. Si Jesús nos preguntara: ¿Dónde van a comprar pan para toda esa gente? ¿Cómo van a resolver los problemas que tienen? ¿Qué contestaríamos?

Jesús ya sabe lo que va a hacer. Recordemos que los discípulos no se quedaron sentados con los brazos cruzados. Andrés encontró a un niño. ¿Qué encontraríamos nosotros? ¿Que Dios ya está en medio nuestro?

Dios ya nos ha dado una respuesta. Nosotros también, como los discípulos, tenemos que actuar en fe. Dios nos ha dado la vida. Nos ha dado el pan de vida. Tomémoslo. Demos gracias. Repartámoslo con los demás. No lo desperdiciemos.

Quinto Domingo de Cuaresma

Jeremías 31,31-34, Salmo 51, 11-16, Hebreos 5, 5-10, Juan 12,20-33

“¡Dame, oh Dios, un corazón limpio, crea en mí un espíritu nuevo!”

Durante las últimas cuatro semanas de esta Cuaresma hemos estado preparando nuestros corazones para lograr un corazón limpio y un espíritu renovado. A veces, hemos estado a punto de lograrlo; en otras ocasiones, hemos fallado miserablemente. Hemos fallado porque no es fácil cambiar de rumbo de vida sin un esfuerzo apoyado por la gracia de lo alto.

Con las mejores disposiciones, oímos la voz del profeta Jeremías que, desde un lejano pasado, nos anuncia que nosotros solos no podemos crear un corazón limpio, ni renovar el espíritu dentro de nuestro ser. Es el Señor Dios quien afirmó que iba a establecer un pacto nuevo con su pueblo, en el cual hubiera una Ley nueva y una relación con Dios nueva, que se inscribiría en los corazones. “Meteré mi Ley en su pecho, la escribiré en su corazón, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo” (Jr 29, 33).

Será lo equivalente a una nueva creación. Lo fundamental de esa creación nueva de Dios radica en que somos conscientes de quiénes somos, de dónde venimos, y a quién le pertenecemos. Según ese pacto, anunciado por Jeremías, tendríamos idea clara de quién es Dios y quiénes somos nosotros. Esa relación nueva nos mostraría una manera de vivir diferente, bajo la ley de Dios, amparados por un amor divino que sobrepasa todo entendimiento.

Sería un tipo de “huella” que identificaría todo nuestro ser. Así como un patito o un polluelo, nada más nacer sigue fielmente a su mamá porque hay algo en su interior que se lo dicta. Según el pacto nuevo todos sabrían que: “Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo”.

Al leer esto, podríamos pensar: ¿Cómo sería una sociedad así? ¿Sería posible que dejáramos de idolatrar a nuestro mundo: trabajo, estado de vida, familia, propiedades? ¿Sería posible que sólo Dios fuera nuestro Dios, y nosotros su pueblo? Teniendo en cuenta que somos rebeldes y desobedientes, ¿qué tendría que cambiar para que nosotros fuéramos el pueblo perdonado que pertenece a Dios? Tendríamos que cambiar radicalmente. ¡Qué triste si nuestro actuar durante esta Cuaresma se opone a pedirle a Dios un corazón limpio y un espíritu renovado!

Tal vez actuemos movidos por la curiosidad como los griegos que se acercaron a Felipe y le dijeron: “Queremos ver a Jesús”. La fama de Jesús tenía que haberse extendido por el mundo griego para que unos filósofos se sintieran picados por la curiosidad de ver a Jesús.

Felipe y Andrés comunicaron a Jesús que alguien quería verle. Jesús, como si no hubiera oído, siguió hablando de su próxima muerte. Al principio, tal actitud pudiera parecer un tanto desorientadora, pero en el fondo nos revela algo profundo. En primer lugar, desear ver a Jesús supone ya un acuciante en el corazón. Por ello, después de la entrevista no se permanecerá indiferente. Segundo, ver a Jesús no debe ser sólo motivo de curiosidad, sino de estar espoleado por preguntas de grave responsabilidad. Esto es lo que implica ver a Jesús: implica escuchar su palabra hasta conocerle. En otras palabras, implica seguirle hasta dar la vida si es necesario.

Estar en relación con Dios, tener un corazón limpio, tener un espíritu renovado, es tanto como querer ver a Jesús y quedar por él transformado.

Conocer a Jesús es decir con fe “que se haga su voluntad”. Eso es lo que implica el pacto nuevo. Esa es la única relación que va a crear en nosotros un corazón limpio y un espíritu renovado. Dicho con otras palabras, es un llamado a morir para vivir. Un vivir totalmente diferente. No de este mundo. Hoy es el último domingo de Cuaresma, que Dios nos dé la gracia de ver a Jesús de una manera nueva, y el valor para abrir nuestros labios y proclamar que de la muerte viene la vida verdadera.

Domingo de Pasión: Domingo de Ramos

Isaías 45, 21-25, Salmo 22, 1-11, Filipenses 2, 5-11, Marcos (14,32-72) 15,1-39 (40-47)

Hosanna al Hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel. ¡Hosanna en el cielo! Así aclamó hoy el pueblo a Jesús, y en unos días, ese mismo pueblo, gritaría: ¡Crucifiquenlo, crucifiquenlo! ¿Por qué?

Algunos lo hicieron por ignorancia: no sabían quién era Jesús, vieron a otros seguirle y lo siguieron, pero no sabían a quien seguían. Ahora oyen a otros gritar: “crucifiquenlo, crucifiquenlo”, y se unen al griterío.

Tal vez otros lo hicieron por miedo: como algunos líderes religiosos. Puede que éstos tampoco conocieran verdaderamente a ese hombre llamado Jesús. Se dieron cuenta que era alguien diferente pero no supieron por qué: sanó a los enfermos, perdonó los pecados, resucitó a los muertos (como a Lázaro), restauró la vista a los ciegos y oído a los sordos, expulsó demonios. Vieron que otros seguían a Jesús, pero jamás creyeron en él como Hijo de Dios. Sus clamores de “crucifiquenlo” no eran gritos de ignorancia, sino de miedo. Miedo a perder el control sobre el pueblo. Miedo a no ser aceptados como líderes religiosos. Miedo también, a que este hombre fuera el Hijo de Dios y entonces tener que cambiar casi todo lo que hasta el presente habían practicado.

Pero, ¿nosotros qué? ¿Le damos la bienvenida a Jesús por ignorancia, porque todos lo hacen? ¿Le damos la bienvenida por miedo, miedo a lo que nos pueda pasar si no lo hacemos? O ¿le damos la bienvenida porque realmente sabemos quién es?

Cuando le damos la bienvenida en nuestras vidas por ignorancia, decimos cosas como: vengo a la iglesia porque mis padres siempre venían aquí; soy católico, metodista, presbiteriano, episcopal, porque mi familia lo es; vengo a esta iglesia porque aquí vienen mis amigos.

Si alguien nos preguntara por qué damos culto a Jesús. La verdad es que no sabemos por qué. Le cantamos himnos. Le oramos, pero, ¿por qué? ¿Quién es ese que nos “viene en el nombre del Señor?”

Si le damos la bienvenida en nuestras vidas por miedo, tal vez digamos cosas como las siguientes: tengo miedo a no hacerlo; no sé mucho de él, pero sé que es diferente; sin embargo, si las cosas no salen como yo lo había anticipado, también gritaré: “crucifiquenlo”. Si acepto a Jesús sólo por miedo, entonces mi compromiso sólo va a durar hasta que me encuentre en alguna dificultad.

Con este Domingo de Ramos la Iglesia comienza la semana más importante de la fe cristiana. Hoy recordamos que Jesús entró en Jerusalén y que fue recibido como rey. Hoy empieza la Semana Santa.

Jesús ha orientado su caminar hacia Jerusalén y con ello que se inicia el camino de la cruz. El jueves será importante porque recordamos cuando Jesús se humilló, lavó los pies a sus discípulos, e instituyó la santa Eucaristía. El Viernes Santo recordamos cuando Jesús fue crucificado y murió por nosotros. Murió por el perdón de nuestros pecados. Y, finalmente, el domingo de Resurrección, en el que recordamos y vivimos la Pascua del Señor, su paso por esta tierra. Su paso salvífico.

El vive y está en el mundo hoy, camina con nosotros, habla con nosotros, y nos asegura que le pertenecemos, no por ignorancia, ni por miedo, sino por amor. Ese amor que tuvo por nosotros quedó manifiesto porque, “aunque era de naturaleza divina, no insistió en ser igual a Dios, sino que hizo a un lado lo que le era propio... y por obediencia fue a la muerte” (Flp 2,5-11).

Que Dios ponga ese amor en nuestros corazones esta mañana. Que esa llama de amor alumbre nuestro caminar durante esta Semana Santa.

Jueves Santo de la Cena del Señor

Éxodo 12, 1-14a, Salmo 78, 14-20, 23-25, 1 Cor 11, 23-26 (27-32), Juan 13, 1-15

Si de algo carece el mundo en que vivimos es de amor auténtico. Repito, amor auténtico. Abunda el amor superficial. El amor barato. Pero amor como el de Jesús hay poco.

Vivimos tiempos de maravillosos avances tecnológicos. La ciencia nos habla de inventos nuevos, de técnicas complicadas, que mejorarán todos los aspectos de la vida humana. Pero al mismo tiempo, no hemos sido capaces de erradicar las injusticias que plagan al planeta entero. Las desigualdades entre las clases sociales aumentan cada día, y el egoísmo no encuentra satisfacción.

Hemos de recuperar el verdadero espíritu de Jesús que amando a los suyos los amó hasta el extremo. Es decir, los amó con un amor sin límite, con un amor sin igual. No hay amor igual al de Jesús. Esta noche celebramos la efusión del amor de Jesús sin paralelo en la historia.

La institución de la Eucaristía es la institución del amor de Jesús en medio nuestro. Es una alianza escrita no en tablas de piedra, como la del Antiguo Testamento, sino en nuestros corazones.

La institución de la Eucaristía es la culminación de un sinnúmero de comidas entre Jesús y sus discípulos. Según los estudiosos bíblicos, las comidas, que Jesús mantenía con los pecadores y marginados de la sociedad, constituyen, tal vez, “la característica central” del apostolado de Jesús. Jesús comía con todos sin fijarse en la condición social de los mismos: con pobres y ricos, con justos y pecadores. Esta actitud trastornaba los valores profundos establecidos por una sociedad edificada bajo los parámetros de honor y deshonor, de hombre y mujer, de esclavo y libre, de rico y pobre, de puro e impuro.

El Evangelio de Marcos narra cómo “muchos publicanos y pecadores se encontraban a la mesa con Jesús y sus discípulos” (Mc 2,15). “Al verlo los fariseos decían a los discípulos: ‘¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y los pecadores?’” (Mt 9,11). Zaqueo era rico y recaudador de impuestos y he aquí que Jesús decide pasar todo un día en su casa. “Al verlo, todos murmuraban, diciendo: ‘Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador’” (Lc 19, 7).

Esta era “la mesa de compañerismo de Jesús”. Jesús establecía los horizontes del reino de Dios comiendo con marginados y pecadores y demostrándoles compasión por encima de todo prejuicio humano. “No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados. Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6, 36-37) y “hace salir el sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos” (Mt 5, 45).

Incontables son los actos de amor que Jesús derramó sobre sus compatriotas, pero uno de los más asombrosos sucedió una noche como ésta hace dos mil años. Antes de la fiesta de pascua, durante la cena, aun sabiendo que uno de sus discípulos lo habría de traicionar y los demás abandonar, se levanta de la mesa se quita el manto y tomando una toalla, se la ciñe. Después echa agua en una jofaina y se pone a lavarles los pies. ¿Cómo es posible? ¿Un maestro actuando como un esclavo? Era oficio de los esclavos lavar los pies de cualquier invitado que entrara en la casa para librarle los pies del polvo del camino. Así se cumplen literalmente las palabras de Pablo a los filipenses, “no hizo alarde de ser igual a Dios, sino que se vació de sí y tomó la condición de esclavo” (Flp 2, 6-7).

Al final de la cena se puso en medio de ellos y les dijo: “¡Amáos los unos a los otros como yo os he amado!” “¡Vestid al desnudo, dad de comer al hambriento, laváos los pies mutuamente. Compartid del pan y del vino de amor en mi nombre. Haced todo esto y el reino de Dios estará con vosotros!”

Vigilia Pascual

Hechos 10,34-43, Salmo 118,14-29, Colosenses 3,1-4, Marcos 16,1-8

Queridos hermanos y hermanas, ¡alegrémonos porque Jesús ha resucitado!

Quiero ofrecerles una breve nota histórica para comprender lo que hemos estado celebrando.

En la tradición judía se cuentan los días de una puesta del sol a otra, y no a partir de la medianoche. Esta manera de dividir el tiempo se ha mantenido en la liturgia de la Iglesia: las solemnidades comienzan al atardecer, con las primeras vísperas, y acaban con las vísperas del día siguiente.

Así, la Vigilia pascual, desde el principio del cristianismo, se ha celebrado por la noche. En Roma, todavía en el siglo V, no hay más que una celebración pascual, la de la noche. Pero en África, en tiempos de san Agustín (354-430), se celebraba ya una segunda misa el domingo por la mañana. El obispo de Hipona no dejaba de predicar en ella, a pesar –decía– del cansancio de la larga vigilia nocturna.

En la forma actual la Vigilia pascual consta de cuatro partes: primera, lucernario, o rito de la luz: bendición del fuego nuevo en el que se enciende el cirio pascual; segunda, liturgia de la palabra, en la cual se recapitula la catequesis que se ha hecho a los catecúmenos (La historia de la creación. El diluvio. El sacrificio de Isaac. La liberación de Israel en el mar Rojo. La presencia de Dios en el nuevo Israel. La salvación ofrecida libremente a todos. El anuncio de la nueva alianza: un corazón nuevo y un espíritu nuevo. El valle de los huesos secos. La reunión del pueblo de Dios) se recuerdan así las grandes etapas de la historia de la salvación que ha precedido el advenimiento de “la luz verdadera que alumbra a todo hombre” (Jn 1,9); tercera parte, bautizos o renovación de los votos bautismales; y finalmente, la administración de la eucaristía.

Dada la fuerza del simbolismo del rito de la luz, se recomienda que el servicio no se inicie antes de entrada la noche. Actualmente, algunas iglesias lo celebran pronto por la mañana.

Se trata, como estamos viendo, de una de las liturgias más bellas de todo el año. San Juan Crisóstomo, en un sermón escrito para esta noche exclama: “Que toda persona y amante de Dios goce de esta bella y luminosa solemnidad. Que todo siervo fiel participe de la alegría de su señor. Gustad todos del banquete de la fe. Gustad todos las riquezas de la misericordia. Que nadie se queje por su pobreza, pues ha aparecido nuestro reino común. Que nadie se lamente por sus pecados, pues de la tumba ha brotado el perdón. Que nadie tema la muerte, ya que la muerte del Salvador nos ha liberado...”

Así es. Si judíos y griegos consideraban la muerte de Jesús en la cruz, como una locura, no había parado a reflexionar que “lo que sembramos no revive si no muere” (1 Cor 15,36). Jesús vivió una vida de amor. Jesús murió una muerte de amor. ¿Qué habría pues de resucitar sino una vida nueva de amor? Por la vida nueva resucitada de Jesús tenemos nosotros vida y esperanza. Si Jesús no hubiera resucitado “vana sería nuestra fe” (1 Cor 15 14).

Así pues, llenos de alegría debemos repetir las palabras del Pregón pascual: “Exulten por fin los coros de los ángeles, exulten las jerarquías del cielo, y por la victoria del Rey tan poderoso que las trompetas anuncien la salvación. Goce también la tierra, inundada de tanta claridad, y que, radiante con el fulgor del Rey eterno, se sienta libre de la tiniebla que cubría el orbe entero. Alégrese también nuestra madre la Iglesia, revestida de luz tan brillante; resuene este templo con las aclamaciones del pueblo ¡Qué noche tan dichosa! Sólo ella conoció el momento en que Cristo resucitó de entre los muertos. ¡Qué noche tan dichosa en que se une el cielo con la tierra, lo humano y lo divino!

Te rogamos, Señor, que la luz de tu resurrección ilumine nuestras vidas para que caminemos, no como hijos de las tinieblas sino de la luz.

Viernes Santo

Isaías 51, 13-53,12, Salmo 22, 1-11, Hebreos 10, 1-25, Juan (18, 1-10) 19, 1-37

La liturgia del Viernes santo tiene su origen en Jerusalén. En el Diario de viaje de una cristiana llamada Egeria se cuenta cómo se desarrollaba esta jornada a finales del siglo V. Tras una noche de vela en el Monte de los Olivos, muy de mañana, se bajaba a Getsemaní para leer el relato del prendimiento de Jesús. De allí se iba al Gólgota. Después de la lectura de los textos sobre la comparecencia de Jesús ante Pilato, cada uno se iba a su casa para descansar un rato, pero no sin antes pasar por el monte Sión para venerar la columna de la flagelación. Hacia el mediodía, de nuevo se reunían en el Gólgota para venerar el madero de la cruz: lectura durante tres horas de textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, alternando con salmos y oraciones. La jornada acababa finalmente en la iglesia de la Resurrección, donde se leía el evangelio de la colocación de Jesús en el sepulcro.

Esta estructura básica de la liturgia, centrada en la pasión y muerte de Jesús, sufrió varias alteraciones en los siglos siguientes, hasta quedar definitivamente fijada a mediados del siglo pasado. El Libro de Oración Común ofrece, de las tres partes tradicionales, una como fija que consiste en las lecturas y oración universal o colectas solemnes, y otras dos partes como opcionales, que son, la veneración de la cruz y la comunión recibida del Santísimo Sacramento consagrado el día anterior.

Este es el momento de preguntarnos ¿por qué murió Jesús en la cruz? La muerte en la cruz era un suplicio reservado para esclavos y rebeldes. El tormento de la cruz fue inventado por los persas, pero usado de una manera horrorosa por los romanos para infundir terror y dominio absoluto. Ningún ciudadano romano podía morir en el madero de la cruz.

Ahora bien, hemos visto a Jesús humillarse hasta lo último: “no hizo tarde de ser igual a Dios, sino que se vació de sí y tomó la condición de esclavo” (Flp 2,6-7). A tal condición se rebajó Jesús, libre y voluntariamente, para establecer de una manera incuestionable su mensaje de salvación y de liberación personal.

Basta leer cualquiera de los evangelios para ver a Jesús buscando afanosamente al ser humano descarriado. Por un lado, busca a los líderes religiosos del judaísmo que lo han convertido en una institución legal, carente de amor y de compasión; por otro lado, lo vemos sentarse a comer con pecadores notorios, y nos preguntamos, ¿qué les diría que con su palabra quedaban convertidos? Los ciudadanos de Sicar le dicen a la mujer samaritana: “(le) hemos oído y sabemos que este es verdaderamente el Salvador del mundo” (Jn 4, 42).

Ahora bien, ¿necesitaba Jesús morir en la cruz? ¿No había quedado su mensaje ya sólidamente establecido, sin necesidad de morir en tan horroroso sacrificio? Jesús no tenía por qué haber muerto en la cruz, pero al hacerlo nos demostró todavía con mayor evidencia hasta qué punto llegó su amor. La muerte en la cruz fue la culminación de un amor sin igual. Un amor heroico, y amor divino. Un amor loco. Así lo da a entender san Pablo: “El mensaje de la cruz es locura para los que se pierden; para los que nos salvamos es fuerza de Dios” (1 Cor 18).

Tanto judíos como griegos buscaban una sabiduría práctica. Los judíos esperaban encontrarla en un mesías libertador, los griegos esperaban encontrarla en la filosofía y la vida prudente, pero de ninguna manera en un salvador ajusticiado: quien no se salvó a sí mismo, mal podría salvar a otros, pensaban.

Pero precisamente ahí quedaban confundidos, tanto griegos como judíos, porque la sabiduría divina no sigue los caminos humanos, ni los pensamientos divinos son como los humanos (Is 55, 8).

Queridos hermanos y hermanas nos encontramos aquí, en el templo, no para llorar la muerte de Jesús, no para admirar su gran sacrificio, sino para cambiar de vida e imitarlo. No olvidemos las palabras de Jesús: “¡Amaos los unos a los otros como yo os he amado!”.

Pascua de Resurrección

Hechos 10, 34-43, Salmo 118, 14-29, Colosenses 3, 1-4, Marcos 16, 1-8

“No os espantéis. Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado” (Mc 16,6). No te asustes, María, no tengas miedo, pues gozas del favor de Dios. No te asustes, Samuel, es Dios el Señor el que te llama. Con frecuencia, en las Escrituras se les ha pedido a personas de fe que no tengan miedo cuando Dios está a punto de obrar grandes portentos en sus vidas.

A veces cantamos el corito: “¡Abre mis ojos, quiero ver a Cristo!” Pero, ¿qué es lo que queremos ver? ¿A quién buscamos? Aún más importante, ¿estamos preparados para recibir lo que nos venga de lo alto?

Las mujeres muy temprano fueron al sepulcro de Jesús a embalsamar el cadáver, cosa que no pudo hacer José de Arimatea porque el sábado se echaba encima. Encuentran la piedra corrida y el sepulcro vacío. Desfavoridas por la desaparición del difunto y sin poder explicárselo, se refugian en el silencio.

Tal vez fuera bueno preguntarnos a nosotros mismos. ¿A qué venimos a la iglesia? ¿Venimos porque esperamos encontrar a Jesús? ¿Tal vez nosotros quisiéramos oír también la promesa de que sí lo encontraremos.

Hoy celebramos el día más grande de la fe cristiana. En esta Pascua nos damos cuenta de que servimos a un Cristo resucitado, a un Cristo vivo. ¿Qué significa eso para nuestras vidas? El Dios del universo nos visitó, vivió entre nosotros, murió por nosotros, fue sepultado y resucitó. ¿Qué significa todo esto?

Dios nos ha dado un gran regalo por medio de Jesucristo. Nos ha ofrecido algo gratis, sin que nos cueste nada y, sin merecerlo, nos ha dado vida. El precio de recibir ese regalo de Dios fue pagado en la cruz. Ahora se nos llama a compartir con los demás lo que hemos recibido. Se nos llama a compartir el regalo de Dios.

Cuando vamos buscando a Jesús, esto es lo que podemos encontrar: nada y todo, al mismo tiempo. Un Jesús que no podemos ver con los ojos físicos, y un Cristo tan verdadero que lo podemos sentir. Este es el regalo que Dios nos da. Este es el significado de la vida. En él encontramos sentido para nuestra vida. Porque él vive, nosotros también podemos vivir. Porque él resucitó, nosotros también podemos resucitar. “Pero, ¿si nosotros no estamos muertos!”, me pueden decir. Puede ser, pero ¡tampoco vivimos una vida nueva!

Cristo murió para que nosotros pudiéramos darle un sí a Dios. Ese sí nos trae una transformación llamada conversión. Conversión significa lo siguiente: un cambio de lo que éramos antes a un vivir nuevo.

Dios, por medio de Jesucristo, nos extiende una invitación para transformarnos en nuevas criaturas, por su medio se nos ofrece la oportunidad de que nuestra existencia tenga un nuevo significado, por su medio podemos vivir una vida nueva de fe en Dios.

Pensemos seriamente esto. ¿Qué clase de Dios es este? Dios inicia la relación. Dios se entrega a la muerte en la cruz, por nosotros. Dios nos da el poder para aceptarlo. ¿Qué nos falta para entregar nuestras vidas a Cristo?

Hoy, Dios nos está invitando a que formemos parte de la relación personal más importante de nuestras vidas, relación con él. Dios ha mostrado su amor al morir y resucitar por nosotros. La maravilla es que no somos nosotros los que buscamos a Jesús, sino que él ya nos busca para reconciliarnos con él y los unos con los otros.

¿Por qué nos busca Dios? Dios quiere que compartamos nuestra vida con él, entregando nuestras vidas a Cristo. Entonces nos convertiríamos en apóstoles. Pertenerle a Cristo significa llevarlo al mundo donde vivimos. Si queremos que nuestra iglesia cambie y sea lo que Dios desea, primero tiene que darse un cambio en nuestro interior.

Hoy es Pascua de Resurrección, día en que se renuevan los votos bautismales. Día en el que nos comprometemos con el Señor. Esta es nuestra gran oportunidad de entregar nuestra vida a Cristo de una manera consciente y responsable. El futuro de la Iglesia depende de la renovación de nuestra alma, porque sólo así ésta se elevará a ser lo que Dios desea para el bien de la comunidad. Hermanos y hermanas, que Dios nos dé la gracia para que entreguemos nuestra vida a Cristo este domingo de Resurrección.

Segundo Domingo de Pascua

Hechos 3,12a,13-15,17-26, Salmo 118,19-24, 1Juan 5, 1-6, Juan 20,19-31

“El primer día de la semana”, los discípulos se habían reunido con las puertas cerradas. Desde el arresto de Jesús y de su crucifixión, parece como si los discípulos hubieran desaparecido. El relato de la pasión de Jesús muestra a unos discípulos miedosos y cobardes que huyen en medio de la tormenta.

El evangelio que hemos leído, cuenta que era “el primer día de la semana, y que los discípulos se habían reunido con las puertas cerradas por miedo”. Miedo ¿de qué o a quién? A los judíos, según la narración.

Jesús entró donde se encontraban y les dijo: “¡Paz con vosotros! Como el Padre me envió, yo os envío a vosotros”. Luego, sopló sobre ellos, y les dio el Espíritu. Les dio el poder de vivir una vida sin miedo.

Las Escrituras atestiguan que donde hay amor no hay miedo. El amor perfecto vence al miedo. Cristo es ese amor perfecto. Cuando entró, entró al centro del miedo; su presencia les trajo el amor perfecto, les trajo la paz.

Pero, ¿qué significa eso? ¿Cómo es una vida sin miedo y con el poder del espíritu de Dios? ¿Qué significa vivir una vida abundante?

En el pasaje de los Hechos, tenemos un breve relato sobre cómo Dios hizo la promesa de darnos esta vida nueva, y de cómo la cumplió en Cristo Jesús. Todos los profetas hablaron de estos días: “Vosotros sois herederos de los profetas y de la alianza que Dios otorgó a nuestros padres. Ahora Dios resucitó a su siervo y lo envió, primero a vosotros, para que os bendijera haciendo que se convierta cada uno de sus maldades”.

Recordemos que Dios es un Dios de fidelidad, un Dios que cumple sus promesas. El Dios que habló por medio de los profetas y que habló a los apóstoles, es el mismo Dios que nos habla hoy a nosotros. Ese Dios entra en medio de nuestros temores y nos trae la paz y nos da su Espíritu para vivir una vida abundante. Por medio del Cristo resucitado nos transforma y por medio de su Espíritu nos da el poder de vivir una vida sin miedo. Y, ¿cómo vivieron esa realidad los apóstoles? Dando testimonio de Cristo, diciéndole a todo mundo: que Cristo vivía; que fue enviado por Dios para perdonar los pecados; que Jesús, en verdad, era el Mesías; que Jesús era el Hijo de Dios; que había venido para dar vida a los muertos.

Tomás había dicho que sin verlo no lo creería. Por fin, se dio cuenta de que era verdad: Cristo había resucitado. Jesús entra en medio de nuestras ansiedades, temores y dudas. Quiere formar parte de todos los aspectos de nuestras vidas donde el malestar nos acompaña.

Cristo quiere que gocemos del poder que se nos ha prometido. No quiere que tengamos miedo, sino que conozcamos el amor que mostró cuando murió en la cruz por nosotros. Con Cristo superamos el miedo que no nos permitía confiar en él. Nos da el poder de perdonar a otros y a nosotros mismos. Nos da el poder de reconocer que sólo en Dios hay vida.

Jesús, al resucitar de la muerte en la cruz, no nos dejó solos. Al aparecerse varias veces a los discípulos y a los apóstoles no nos abandonó. Esa es la realidad. Es la evidencia que nos dejaron nuestros antepasados en la fe. Y ése es el testimonio que debemos compartir con el resto del mundo.

Sin embargo, antes de difundir algo tan maravilloso, nosotros mismos debiéramos haber pasado por ello. De eso se trata en la historia de Tomás: si lo veo lo creo.

No podemos ser testigos de algo que jamás hemos conocido. Si en nuestras propias vidas no ha nacido el poder del cual hemos hablado sería muy difícil compartirlo. Sería imposible decirle a otro cómo Cristo puede cambiar su vida, si en la nuestra no ha cambiado nada.

Tenemos un Dios fiel. Un Dios que cumple sus promesas. Hoy, el Señor está aquí. Nos ofrece el poder de su Espíritu. Permitamos que nos traiga una vida nueva. Permitamos que nos transforme para llevar al mundo la noticia de que Cristo ha resucitado. No tengamos miedo; Dios se acerca y nos dice: “¡Paz, recibid el poder de vivir una vida nueva!”

Tercer Domingo de Pascua

Hechos 4, 5-12, Salmo 98, 1-5, 1 Juan 1, 1-2, 2, Lucas 24, 36-48

La misión de la Iglesia es anunciar a todas las naciones el evangelio de nuestro Señor Jesucristo, para que por él todo el mundo tenga la oportunidad de llegar a Dios.

A veces oímos que alguien, sumido en una tremenda depresión, o desesperación, está a punto de quitarse la vida. Incluso, alguien, más cercano a esa persona, ve cómo da los pasos para suicidarse; se sube a un alto edificio, por ejemplo, y está dispuesto a tirarse. Entonces, sin pensarlo más, la persona testigo moviliza a todo el mundo. Y acuden en ayuda la familia, los bomberos, los medios de comunicación, la ambulancia, la policía. Todos con una misión: salvar la vida de ese ser desesperado y posiblemente enfermo mental.

Con frecuencia no cumplimos con la misión de salvar a quienes se están suicidando espiritualmente. En lugar de movilizarnos, nos quedamos contemplando sin hacer nada. Las lecturas de hoy hablan de la importancia de cumplir la misión que el Señor ha encomendado a su Iglesia. Quienes han tenido una experiencia personal con el Señor no cesarán hasta llevar a cabo esa misión de salvación.

En el evangelio vemos la aparición de Jesús a sus discípulos para fortalecerlos en la fe y para que aceptaran todo lo que les había enseñado. Esa experiencia es la que motivó a los discípulos a predicar el evangelio con poder, seguridad y valentía, en medio de las amenazas de las autoridades diciendo: “No podemos callar lo que sabemos y hemos oído” (Hch 4,20). La experiencia personal con el Cristo resucitado fue de tal calibre que no podían quedarse callados. Algo inexplicable les impulsaba a seguir adelante en medio de peligros y dificultades. Juan da testimonio de ello en su primera carta: “Porque hemos visto y hemos tocado con nuestras manos... esto... les anunciamos a ustedes” (1 Jn 1,1-3).

También necesitamos tener conocimiento pleno de la palabra de Dios. Tenemos que prepararnos. Nos dice la lectura, que el Señor les explicó las Escrituras: la Ley, los Profetas, los Salmos, e hizo que las entendieran.

En esa noble y alta tarea de difundir el mensaje divino, nada tan importante como el buen conocimiento de las Escrituras. No sólo las hemos de leer en nuestros hogares sino que hemos de exigir de nuestros líderes una sólida explicación de las mismas. Hemos de estar dispuestos a estudiar, aprender y asimilar lo mejor posible, el mensaje que se encierra en la palabra revelada por Dios. Nadie debe tener miedo a preguntar por ignorante; la ignorancia es el principio del saber. San Pedro aconsejaba: “No tengan miedo a nadie ni se asusten, sino honren a Cristo como Señor en sus corazones, estén siempre preparados a responder a todo el que les pida razón de la esperanza que ustedes tienen, pero háganlo con humildad y respeto” (1 Pe 3,14-16).

La misión de difundir el evangelio ha de hacerse con el poder del Espíritu Santo. Los apóstoles Pedro y Juan estaban “llenos del poder del Espíritu Santo”. También nosotros debemos estar controlados por el espíritu de Dios.

Algunas parroquias cuentan con muchos recursos humanos y económicos. Abundan los programas sociales, recreativos y educativos. Pero tal vez falte un auténtico espíritu misionero para difundir el mensaje del evangelio: “En ningún otro hay salvación, porque en todo el mundo Dios no nos ha dado otra persona por la cual podamos ser salvos” (Hch 4,12). Todos debemos poner nuestros medios al servicio de este mensaje. Tanto comunidades ricas como pobres deben estar animadas por el deseo de propagar el mensaje de Jesucristo.

No podemos permanecer indiferentes ante la urgente necesidad espiritual que domina al mundo de hoy. Necesitamos ser invadidos por el imperativo que dominaba el corazón del apóstol Pablo: “Ay de mí si no anuncio el Evangelio” (1 Cor 9, 16). Que el Señor nos enseñe y ayude a realizar, con palabras y hechos, la misión que él nos ha encomendado.

Cuarto Domingo de Pascua

Hechos 4, (23-31) 32-37, Salmo 23, 1Juan 3, 1-8, Juan 10, 11-16

Dos lecturas de hoy tratan del pastoreo. La imagen del pastor, aplicada a jefes, a reyes, a Dios, es tradicional en el Antiguo Testamento. Tiene su antecesor ilustre en la persona de David, el rey pastor (Sal 78,70-71); la emplean los profetas y los salmos. Hoy tenemos uno de los salmos más bellos dedicados al tema del pastor. En él se mencionan las mejores funciones que el pastor puede ejercer en favor de su rebaño.

Jesús, ejerce las mismas funciones del buen pastor. Veamos.

El buen pastor provee de pastos delicados: cuando nuestra alma necesita renovación espiritual, el buen pastor nos abastece de pastos delicados. Así es como debemos conducirnos todos, tanto pastores de oficio como hermanos en la comunidad, siempre ofreciendo, al hambriento de alimento espiritual, pastos delicados. Tratando de comprender sus problemas y necesidades. Sin condenar, sin culpar, sin regañar. Una palabra amable obrará milagros. Entonces, en verdes praderas podremos recostarnos.

El buen pastor provee de aguas de reposo: cuando nos hemos encontramos cansados, listos para “tirar la toalla”, el buen pastor nos ha provisto de esa agua de reposo que nos ha servido para seguir adelante en el ministerio encomendado. Nos ha conducido hacia fuentes tranquilas, donde el agua nos ha saciado la sed, y suscitado en nosotros energía vital.

El buen pastor nos guía por el camino recto: cuando hemos necesitado dirección, nos ha guiado por el camino recto. Cuando hemos llegado a encrucijadas, necesitando saber, en forma urgente, cuál era el camino correcto, allí estaba él para conducirnos. En otros momentos nos ha librado de situaciones peligrosas. A veces no ha sido fácil oírle y tomar la decisión correcta, como tampoco les fue a Pedro, a Juan, y a los hermanos de la Iglesia primitiva. Pero si obedecemos, tomaremos la mejor decisión e iremos por el camino acertado.

El buen pastor está a nuestro lado: cuando nuestra alma se ha enfrentado a la muerte, se encontraba a nuestro lado fortaleciéndonos, recordándonos que hay mejores pastos. Pastos que sacian eternamente. Pastos donde se encuentran, en un rebaño feliz, todas aquellas almas, familiares nuestras y amigas, que nos han precedido en el caminar eterno.

El buen pastor derrama sobre nosotros su aceite: cuando nos hemos encontramos heridos, ha derramado sobre nuestra cabeza su aceite, el Espíritu Santo. Su amor y su gracia, su poder y su misericordia, han sido constantes; sanándonos tanto en lo físico como en lo espiritual.

El evangelio de hoy identifica a Jesús con el buen pastor por medio de esta confesión: “Yo soy el buen pastor”. Un pastor como ningún otro, un pastor que no trabaja por sueldo, un pastor que no tiene miedo al lobo, ni a nadie. Un pastor que actúa por amor. Un amor que le conduce, a dar su vida por las ovejas.

Es necesario ahora aclarar el relato de los Hechos de los Apóstoles. Es admirable que los primeros cristianos de Jerusalén llegaran a tener “un alma y un corazón”, ¡hasta tal punto se encontraban unidos por el lazo del amor! Todo lo tenían en común. Algunos vendieron sus posesiones y pusieron lo recaudado a disposición de todos. Todo esto era admirable mientras duró. Era una comunidad sumamente idealista que esperaba el fin del mundo de una manera inminente. En ese caso no era necesario proveer para el mañana. Pero cuando el fin no llegó, y los bienes se agotaron, la escasez hizo sus estragos.

Así pues, ese caso de la comunidad de Jerusalén, tantas veces citado, al final fue un fracaso, y el mismo San Pablo tuvo que recurrir a colectas en otras Iglesias (2 Cor 8-9) para socorrer a la pobre comunidad de Jerusalén.

La pobreza total raramente es recomendable y Jesús nunca lo hizo. Jesús remendó el desprendimiento, pero no total, como se puede comprobar en algunos casos (Lc 19, 1-10), especialmente en el de Zaqueo. Lo que Jesús condenó fue el egoísmo, el colocar el corazón en bienes pasajeros. El carecer de una perspectiva divina en esta vida terrenal.

Nuestro buen pastor quiere que nos alimentemos de pastos de eternidad, pero que no olvidemos el alimento necesario para seguir viviendo en esta vida. Su enseñanza siempre nos ilumina en esta vida. Dejémonos guiar por él.

Quinto Domingo de Pascua

Hechos 8, 26-40, Salmo 66, 1-11, 1Juan 3, (14-17) 18-24, Juan 14, 15-21

“El Señor esté con vosotros”. Y con tu espíritu.

En nuestra liturgia, hay frases y oraciones, que por lo frecuente de repetir las, pierden su sentido y mensaje profundos. Una de ellas es la que encabeza hoy nuestra meditación. ¡Qué bueno que no estemos solos en nuestro peregrinaje sino que contamos con la presencia constante de nuestro Señor!

Más de una vez en nuestra vida hemos estado embargados por el miedo. Mas en el evangelio, Jesús nos anima: “No tengáis miedo, no os voy a abandonar”.

La conducta del maestro mostraba todas las señales de una despedida. Por eso los discípulos estaban angustiados y presentían que les abandonaba. Ahora bien, en esos momentos de miedo y soledad profundos, a veces nos vienen a la mente unas como “luces”, porciones de las Escrituras, donde el Señor nos alienta: “No tengas miedo, yo estoy contigo, yo te sostengo con mi mano victoriosa. No tengas miedo ni te desanimes porque yo, tu Dios, estaré contigo dondequiera que vayas”. Si esto lo lleváramos grabado siempre en nuestra alma tendríamos un fundamento más sólido en nuestra vida espiritual.

En este pasaje, Jesús les dice a los asustados y atemorizados discípulos que no les va a abandonar -”Volveré para estar con vosotros” - les dijo. Esto lo haría en la persona del Espíritu Santo. Mientras tanto tenían que obedecer los mandamientos.

Los mandamientos se resumen en, amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. Si nos dejamos llevar por los acontecimientos del mundo y por las dificultades que encontramos en la vida, aún para los seguidores de Cristo, parece como si Jesús realmente nos hubiera abandonado; mas puede que sea lo contrario, que nosotros hayamos abandonado los mandamientos. Dios sólo espera de nosotros que le demostremos verdadero amor, así él desplegará el suyo y se mostrará a la Iglesia con todo poder. Su presencia será viva y real con nosotros para servir a los demás.

Necesitamos que Dios nos hable como a Felipe y nos mueva para llegar, con el mensaje de las buenas nuevas, a todas las personas que de alguna manera buscan a Dios, como en el caso del eunuco. Tal vez Dios quiera que vayamos fuera, al campo, al parque, al teatro, a la taberna, en busca de almas desorientadas, y que dejemos temporalmente nuestros elaborados esquemas y programas pedagógicos y misioneros. La mies está lista. Jesús ordena: “Id” (Mt 28,16-20). No dice: “Venid”.

Para lograr esto es necesario que el Espíritu Santo ilumine nuestros pensamientos y actitudes y miremos siempre al faro iluminador que es Jesús. A Jesús no le importaban las críticas de quienes se tenían por justos cuando salía a comer con pecadores y se acompañaba de gente no bien vista. Pero Jesús era Jesús, con entereza y fortaleza para actuar con libertad y guiado por el espíritu de Dios.

Nosotros, si queremos ser más eficientes en nuestro apostolado hemos de actuar con la misma decisión y determinación que Jesús. Tal vez lo más fácil sea dar una clase de religión. Tal vez lo más fácil y seguro, sea seguir los cánones. Lo más arriesgado es alterar el orden establecido. El pobre eunuco, si le hubiera tocado vivir hoy, se hubiera quedado sin bautismo, porque, tal vez, hubiera tenido que asistir a un riguroso programa de instrucciones, o catequesis o programa de catecumenado. Felipe fue más eficiente. Había agua, había fe en el eunuco, ¿quién impedía el bautismo? Nadie, entonces. Hoy sí. El sistema de Felipe, a la larga, es lo que más fruto produce. Ahora bien, todo esto suena a anatema a los ojos de legalistas.

Conocemos las experiencias tan difíciles por las que tuvieron que pasar Israel y la Iglesia en sus comienzos. Pero en sus cánticos siempre se resalta el poder divino: “Aclamad a Dios, todo el mundo, tañed en honor de su nombre, dadle gloria con la alabanza. Decid a Dios: ¡Qué formidable es tu acción! Por tu inmenso poder los enemigos te adulan” (Sal 66, 1-3) Parece que la Iglesia de hoy debiera pasar por agua y por fuego, como ha ocurrido en sur y centro América, para darse cuenta de la presencia real y constante de Dios en la persona del Espíritu Santo. Si te encuentras en pruebas hoy, te digo: “Que el Señor esté contigo...”

Sexto Domingo de Pascua

Hechos 11,19-30, Salmo 33,1-8,18-22, 1Juan 4,7-21, Juan 15,9-17

Vamos a dedicar hoy nuestra reflexión a la lectura de los Hechos de los Apóstoles. Lo primero que llama nuestra atención lo encontramos en el versículo veintiséis, donde se dice que fue en Antioquía donde, por vez primera, los discípulos recibieron el nombre de “cristianos”. Si nos detenemos un momento a pensar sobre este dato nos llenaríamos de asombro al considerar que ni Jesús ni los apóstoles ni los discípulos ni cientos de seguidores de Jesús fueron conocidos como cristianos. Después de la muerte y resurrección de Jesús, sus seguidores, siguieron siendo judíos aunque impulsados por la doctrina y el ejemplo de Jesús.

Efectivamente, la palabra “cristiano” se originó aproximadamente hacia el año 43, aparentemente dado por enemigos, en vez de simpatizantes del nuevo movimiento religioso. Por ello, el nombre adquirió popularidad tan lentamente que sólo se nombra dos veces en el Nuevo Testamento, una en boca de Agripa II (Hch 26, 28) y otra en la primera carta de Pedro (4,16) para fortalecer a los fieles que siguiendo a Cristo terminaban siendo perseguidos.

La situación religiosa de entonces no era tan fácil como a simple vista nos pudiera parecer. Veamos. Existían entonces cinco grandes patriarcados: por un lado, Constantinopla, residencia del emperador; Jerusalén donde se origina el movimiento de Jesús; Roma, representando el poder imperial y la nueva cultura romana; Alejandría recoge la herencia cultural griega; y Antioquía enlace con el mundo oriental. En contra de lo que se pudiera pensar, Roma, todavía no dominaba sobre los demás patriarcados.

Alejandría, Roma y Antioquía son tres centros culturales y pluralistas en razas, pueblos, lenguas y religiones. La lengua griega es el instrumento más frecuente de comunicación. Los que viven en esas ciudades están acostumbrados a rozarse con toda clase de gente y de ideas. Jerusalén, sin embargo, es una ciudad relativamente cerrada en el mundo judío.

En el ambiente de esos tres centros encontramos varios grupos de personas: 1. judíos puros, unos cerrados y hostiles a la nueva religión, como fue San Pablo al principio, y otros más tolerantes, los de la escuela de Gamaliel; 2. paganos puros; 3. judíos conversos, que sin dejar de serlo, abrazan el nuevo movimiento, como los apóstoles y sus seguidores; 4. helenistas convertidos, que eran judíos de la diáspora, de habla griega, menos ligados a prácticas judías y más abiertos, como Esteban y Felipe; 5. paganos prosélitos, simpatizantes de la religión judía, que abrazan la nueva fe, como el eunuco y Cornelio; y finalmente 6. paganos sin relación con el judaísmo, que pasan directamente a la fe cristiana.

Podemos decir, sin lugar a dudas, que el pluralismo de entonces era tan variado como lo puede ser hoy en lugares como los Estados Unidos. Por pluralismo indicamos la variedad de religiones, variedad de grupos en cada religión y la facilidad de intercambio de un campo religioso a otro. Tanto entonces, como hoy, el espíritu humano se encuentra intranquilo y busca en un lugar y otro la verdad que satisfaga su deseo de eternidad.

La iglesia de Antioquía fue plantada por la de Jerusalén. Antioquía se encontraba entonces entre lo que es hoy Siria. La Antioquía de aquel entonces, por su pluralismo cultural y religioso, ofrecía un campo de operaciones más oportuno para nuevos experimentos religiosos. Por estos años, es decir, a finales del primer siglo, se convierte en el gran centro de irradiación de la Iglesia. Sin embargo, según San Lucas, la iglesia de Jerusalén conserva la alta dirección y la responsabilidad última. Por eso, al ver que “un gran número” de griegos residentes en Antioquía, se había convertido al Señor, Jerusalén decidió enviar a Bernabé, “hombre bueno, lleno de fe y de Espíritu Santo”(24), dotes que le permiten apreciar y discernir lo hecho y planear hacia el futuro. Bernabé en estos momentos es el líder de aquella comunidad, incluso se dirige a Tarso en busca de Saulo, Pablo, para traerlo a trabajar en el nuevo campo. “Un año entero actuaron en aquella iglesia instruyendo a una comunidad numerosa” (26).

La nueva comunidad es rica y generosa en todo aspecto, lo vemos por la colecta que realizaron para ayudar a los hermanos de Jerusalén, quienes, tras el proyecto idealista de compartirlo todo, se habían quedado en la pobreza (29).

Que nos sirva esta reflexión para considerar que no hay principios fáciles; y que, con frecuencia, debemos hacer frente a nuevas ideas, nuevos movimientos. Es bueno tener el espíritu abierto a todo, pero si estamos fuertemente afincados en Jesús, cualquier otro movimiento religioso podrá servirnos de ayuda, pero no de sustituto.

Séptimo Domingo de Pascua

Exodo 28, 1-4,9-10,29-30 ó Hechos 1, 15-26, Salmo 47, 1 Juan 5,9-15, Juan 17:11-19

Las lecturas bíblicas de este domingo nos conducen a reflexionar sobre el culto al Señor, sobre la misión del apóstol de Cristo y sobre la unidad entre los miembros de la familia cristiana.

Cada tema merece ser tratado extensamente y con detención; sin embargo en nuestra reflexión abordaremos los tres en forma general y con cierta brevedad.

La primera lectura, tomada del libro del Exodo nos señala la importancia que el pueblo de Israel daba al culto religioso. Dios se dirige a Moisés y le describe cómo los sacerdotes debían presentarse a ofrecer su culto: “Harán las vestiduras de Aarón para consagrarlo; y así ejercerá mi sacerdocio”(Ex 28,3).

Nosotros que vivimos en una época muy distinta, podemos mostrar poco interés en los capítulos del libro del Exodo que se refieren a los artículos de uso ritual, tales como: candelabros, vestiduras y piedras finas. Entre estas últimas el Urim y el Tumim, dos piedras negras en las que estaban inscritos los nombres de los doce hijos de Jacob. Sin embargo, la detallada descripción de tales artículos de uso ritual nos muestra que cada pueblo honra a Dios de una forma muy peculiar. El cuidado que se da, tanto a la preparación como a la realización del culto litúrgico, es sin duda alguna, una maravillosa expresión de nuestro amor a Dios. De ese modelo nosotros podemos aprender a preparar nuestras liturgias con esmero.

La elección de Matías como apóstol que llenaría el espacio dejado por Judas Iscariote, resulta ser el punto principal en la lectura que se encuentra en el libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 1,15-26). La comunidad cristiana conoce, por boca del apóstol Pedro, que Judas fue llamado a compartir la responsabilidad del anuncio del reino de Dios. Sin embargo ante su opción por la traición y posteriormente el suicidio, Judas como individuo desaparece, pero no así la misión que le fue confiada. Esta vez los apóstoles, bajo la guía del Espíritu Santo, escogen a Matías para dar testimonio de la resurrección de Jesús.

El relato sobre la elección de Matías nos mueve a meditar que la misión evangelizadora va más allá de las debilidades humanas que podamos mostrar quienes dentro de la comunidad cristiana ejercemos el compromiso del apostolado. Si entre nosotros uno falla en la continuación de la obra, el Espíritu Santo escogerá y fortalecerá a los nuevos apóstoles para que asuman la obra.

El evangelio de hoy es una porción de la oración sacerdotal, plegaria que Jesús eleva al Padre a lo largo del capítulo diecisiete del Evangelio de San Juan. La unidad de la Iglesia es para Cristo uno de los aspectos centrales de su oración: “Padre Santo guárdalos en ese tu nombre, para que todos sean uno como nosotros” (Jn 17,11).

El desarrollo histórico de la Iglesia nos muestra que los cristianos no han vivido la unidad en forma absoluta. Cada época del cristianismo ha sufrido episodios de división, de intolerancia y, lo que resulta aún más doloroso, de persecución entre cristianos.

Al iniciarse un nuevo milenio en la historia del cristianismo, todavía observamos, con pesar, las actitudes hostiles y los juicios severos de hermanos contra hermanos. Por desgracia nos preocupamos demasiado por las barreras que nos dividen, sin apreciar las bases de fe que nos unen como Pueblo de Dios. Es nuestro compromiso, como episcopales, el de fomentar la unidad entre las distintas familias cristianas participando en eventos ecuménicos que nos permitan establecer relaciones de respeto y colaboración con hermanos y hermanas de otras denominaciones o confesiones de fe. Que la primera oración de los fieles, en la fórmula III de nuestro Libro de Oración Común, sea también testimonio de nuestra vida diaria: “Padre te suplicamos por tu santa Iglesia Católica. Que todos seamos uno”.

Que la paz de Cristo Resucitado permanezca con nosotros ahora y siempre.

Domingo de Pentecostés

Isaías 44,1-8, Salmo 104, 25-32, Hechos 2,1-11, Juan 14, 8-17

“Y quedaron llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en idiomas distintos, en los cuales el Espíritu les concedía expresarse” (Hch 2, 4).

Hoy celebramos con júbilo la fiesta de Pentecostés, la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles. Según San Lucas, el evento tuvo lugar cincuenta días después de la Resurrección del Señor. Es para los cristianos de la Iglesia, extendida por toda la tierra, una ocasión especial para renovarnos bajo el influjo del Espíritu Santo. Así lo han hecho miles de hermanos y hermanas que nos han precedido en la fe y que escogieron esta festividad para recibir el Santo Bautismo.

Posteriormente se vestían con túnicas blancas que simbolizaban la pureza. A ello se debe el nombre de Whitsunday en inglés, para esta fiesta de Pentecostés, en el contexto de la comunidad anglosajona.

En nuestra reflexión destacaremos la acción poderosa del Espíritu de Dios en los diferentes momentos de la historia del pueblo de Israel. Tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo nos revelan el plan salvífico bajo la guía del Santo Espíritu.

Ya al iniciar la lectura del libro del Génesis nos encontramos con que “el espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas” (Gn 1,2). Comienza así el relato de la obra creadora de Dios.

En la primera lectura apreciamos la figura del profeta Isaías en su misión de anunciar lo que el Señor ha dicho: “Derramaré mi espíritu sobre toda raza y favoreceré a tus descendientes” (Is 44,3). Ante la promesa de Dios en boca del profeta Isaías, nos es fácil comprender el plan de salvación que Dios tiene reservado para todos los pueblos de la tierra. Esta salvación se hará efectiva en la persona de Jesús a quien la bienaventurada Virgen María concibió por obra y gracia del Espíritu Santo.

En este domingo de Pentecostés, la imagen que nos sitúa en el contexto propio de la fiesta, es la del grupo de discípulos quienes, en compañía de María y otras mujeres, en el aposento alto, reciben el Espíritu Santo en medio de ráfagas de fuertes vientos. Llamas que se posan sobre cada uno de ellos. Reciben la facultad de hablar en lenguas distintas.

Esa es la descripción que se nos ofrece en el capítulo segundo de los Hechos de los Apóstoles. Viento, fuego y proclamación se convierten en símbolos de la acción renovadora del Espíritu Santo. En el primer Pentecostés, el Espíritu desciende para depositar la semilla del nuevo Pueblo de Dios: la Iglesia. Esta nueva estirpe del Espíritu lleva consigo la proclamación de la gloriosa resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

En Pentecostés podemos afirmar que el Espíritu Santo irrumpe en la historia con los mismos atributos que nos muestra en el Antiguo Testamento. Esta vez el género humano se une y se renueva con el fresco anuncio de la Resurrección. Hombres y mujeres se ven libres de barreras raciales, sociales y hasta lingüísticas, para experimentar una nueva era. Esta vez las lenguas no son motivo de confusión como en la construcción de la torre de Babel. Por el contrario, judíos y no judíos escuchan al mismo tiempo la verdad sobre Cristo Resucitado.

Como discípulos y discípulas de Cristo, este domingo de Pentecostés es el momento de recibir el vigoroso soplo renovador del Espíritu Santo. Hoy como ayer nuestro corazón debe arder en deseos de proclamar la construcción de un mundo en el que los seres humanos seamos más solidarios, en el que se acepte y escuche a toda criatura humana con sus dones particulares.

Que esta fiesta nos ofrezca también la oportunidad propicia para orar por los obispos, sacerdotes y laicos, que ejercen liderazgo en la iglesia local y universal. Que ofrezcan ejemplo de discipulado y de servicio.

Que una vez más el Espíritu Santo irrumpa en nuestras vidas, con viento renovador y con verdadero ardor, para llevar a cabo la acción evangelizadora en cada rincón de la tierra donde la Iglesia proclama a Cristo resucitado.

Propio 1

2 Reyes 5, 1-15ab, Salmo 42, 1-7, 1 Corintios 9, 24-27, Marcos 1, 40-45

“No digas nada a nadie”, recomienda Jesús.

Cuando sucede algo trascendente en la vida de alguien pero ha sido intencionalmente ocultado y sin embargo todo el mundo lo sabe, decimos que se trata de “un secreto a voces”. Esta paradójica frase describe muy bien lo que nos cuenta Marcos en el evangelio de hoy.

La historia del encuentro entre Jesús y el leproso, y la curación que éste recibió nos pueden parecer lo más importante del relato. Sin embargo, el evangelista cuenta algo más que forma parte integral de los hechos ocurridos. Algo que nos indica la actitud que se debe asumir ante la obra misericordiosa de Dios.

Jesús pidió enfáticamente a este hombre que no dijera nada de lo sucedido, pero el leproso curado no pudo callar, y dio testimonio de su agradecimiento divulgando el milagro ampliamente.

Para entender bien este acto de aparente desobediencia debemos ser conscientes de lo que significaba en aquellos tiempos padecer de la terrible lepra. Se obligaba a los leprosos a permanecer alejados del resto de la población porque se tenía gran temor al contagio, y en muchos lugares la ley exigía que portaran una especie de campanilla o cencerro que alertara a todos de su proximidad. Así las cosas, no sólo tenían que sufrir el terrible mal olor de la corrupción de sus cuerpos, que virtualmente se caían a pedazos, sino el mal de una de las marginaciones más terribles que grupo alguno haya padecido jamás. Ese hombre vino a Jesús porque necesitaba resolver el gran problema de su vida. Jesús lo recibió y lo sanó, porque “había venido a buscar y a sanar a los de quebrantado corazón”.

¿Podría haber corazón más quebrantado que el de un ser humano en esas circunstancias? La Biblia nos muestra a un Dios compasivo que por amor, busca y encuentra a quien se refugia en su protección.

Esta historia, nuestra historia, comienza tan pronto como nuestros primeros padres, llenos de orgullo y autosuficiencia, pretendieron vivir sin Dios. Dios entonces comienza la búsqueda del género humano extraviado. Para ello llama a Abraham y crea con él y sus descendientes un pueblo, del cual nos llega Jesús.

Jesús significa el reencuentro total y definitivo de Dios con sus criaturas, y especialmente con las más débiles y necesitadas. Jesús es la conclusión de una historia de amor que ha durado siglos y que al fin ha culminado. El evangelio de hoy es un testimonio de ese encuentro.

La petición del Señor al leproso a que guardara silencio, obviamente hay que enmarcarla en la actitud consecuente de no hacer larde alguno, y evitar el culto a la personalidad y el triunfalismo. El bien no hace ruido ni el ruido hace bien. Jesús actuaba por compasión pero nunca por exaltar su poder.

Pero el sanado no pudo callar. ¿Cómo callar ante un amor tan ilimitado? Tenemos aquí plasmadas dos realidades: la realidad del amor compasivo de Jesús; y la necesidad de dar testimonio de ese inusitado amor.

Como Iglesia, estamos llamados por Dios a mostrar ese mismo amor compasivo especialmente hacia los más débiles, necesitados y marginados de la sociedad. Tenemos que imitar a Jesús. Somos su cuerpo.

Como hijos de Dios se nos llama a proclamar a todo el mundo cómo su amor ha traído salud y salvación a nuestros males. Se nos llama no a callar, sino a compartir con cuantos podamos cuán poderoso es su amor.

Dios no quiere tener otros labios para hablar que los nuestros. Dios no quiere tener otras manos para trabajar y bendecir que las nuestras. Dios no quiere tener otros pies para caminar, a donde haya que llevar su mensaje, que los nuestros. ¿Somos conscientes de esto?

Como en los primeros tiempos, cuando Jesús comenzaba su ministerio en Galilea, hoy también necesitamos recibir la misericordia de Dios. Todavía más, tenemos que dar testimonio de su amor. Permitamos que Dios nos use par esta gran tarea.

Propio 2

Isaías 43, 18-25, Salmo 32, 1-8, 2 Corintios 1, 18-22, Marcos 2, 1-12

En la Biblia se encuentran respuestas a las clásicas interrogantes que los seres humanos se formulan. ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Cuál es el propósito de nuestra vida? ¿Por qué existe el mal? ¿Cuál es su origen?

En el Génesis se cuenta que Dios creó al ser humano a su propia imagen y que lo creó bueno. Pero cuando miramos alrededor y nos observamos a nosotros mismos, resulta difícil ver esa imagen y comprobar esa bondad. ¿Qué sucedió?

La narración de estilo poético, que nos presenta a Adán y Eva desobedeciendo al creador, es la explicación a nuestra situación presente.

Para entender mejor el tema, usemos la parábola que podríamos titular, El pozo. Según ella, al principio de la creación Dios nos hizo buenos y libres. Nos colocó en un hermoso lugar. Nos dio libertad y responsabilidad de nuestro caminar, advirtiéndonos que prestáramos atención porque había pozos ocultos. Nosotros pensamos: ¡qué pozos ni pozos, aquí hay que disfrutar!, y, distraídos, caímos en uno bien profundo.

Cuando uno ha caído en un pozo necesita dos cosas para poder salir: querer salir, y la ayuda necesaria para poder lograrlo. Porque si uno quiere salir pero no tiene ayuda, no sale. Por otra parte, si uno cuenta con ayuda pero no quiere salir, se queda en el fondo del pozo.

Jesucristo, como hombre encarna nuestra voluntad de querer salir del pozo. Como Dios representa la ayuda que necesitamos. Esa ayuda queda manifiesta en su vida, cruz y resurrección. Con su ejemplo nos salva. Por eso es nuestro Salvador. Nos salva de estar en el pozo de nuestro pecado. Jesús ofrece la solución a nuestro problema. Ofrece la posibilidad de cambiar nuestra vida por una amistad con Dios.

Los judíos contemporáneos a Jesús creían que todo lo desordenado en las vidas de los seres humanos, aún las enfermedades, era fruto del pecado. Por eso, Jesús, para ir a las raíces del mal, perdonó los pecados del parálítico, como premisa para devolverle la capacidad de caminar. Sanar y salvar son palabras que tienen el mismo significado en la Biblia. Esto escandalizó a los presentes, porque ¿quién puede perdonar los pecados sino Dios? Lo acusaron de blasfemo. En su ceguera espiritual no fueron capaces, en ese momento, de reconocer quién era.

Pero a esta primera parte del milagro sucedió la segunda. Jesús le sanó. Y entonces, admirados, glorificaron a Dios reconociendo que nunca habían visto cosa igual.

Presentar el mensaje de que en Jesucristo encontramos salud y salvación ha sido la misión de la Iglesia por espacio de dos mil años, y lo será por siempre.

En la liturgia para la “Ministración de los enfermos” del Libro de Oración Común, el sacerdote nos invita, como premisa, a confesar nuestros pecados. Al administrar el rito sacramental de la unción, refleja el deseo de que continuemos siendo fieles a la enseñanza y tradición bíblicas, y pide que por su gran misericordia, Dios perdone los pecados, libre del sufrimiento, y restaure la fortaleza e integridad de la persona enferma.

Jesucristo es el motor y protagonista del drama de la historia de la salvación que la Biblia presenta. En el Antiguo Testamento todo apuntaba a él, y en el Nuevo todo culmina en él. Los cristianos formamos parte de esta historia dramática.

Como parte de su pueblo, Jesús nos llama a compartir la tarea de llevar adelante ese anuncio de salvación. ¿En nuestra comunidad, colaboramos para que la Iglesia pueda llevar adelante esa tarea? Puede que no resulte nada fácil el convencer a quienes no creen en él. Desde el principio ha sido así. El evangelio de hoy presenta lo industrioso que fueron quienes llevaban al parálítico para acercarlo a Jesús. Jesús se admiró ante tal estratagema y supo responder a ella positivamente. Al ver la fe y confianza que tenían en él, obró el milagro que el parálítico necesitaba.

Muchas veces nos desanimamos ante el cúmulo de dificultades que pudiéramos estar enfrentado. Entonces es el momento de ver a Jesús en pasajes como éste y continuar adelante sin desmayar. Si de veras tenemos fe en él, el Señor obrará lo que esperamos para que, ese alguien que queremos traerle, le conozca y le acepte como Señor y salvador. Entonces recibirá salud y salvación, la verdadera solución al desafío de la vida.

Propio 3

Oseas 2, 14-23, Salmo 103, 1-6, 2 Cor 3, (4-11) 17-4, 2, Marcos 2, 18-22

La primera lectura de hoy, tomada del profeta Oseas, forma parte de un poema de amor. Uno de los grandes poemas del Antiguo Testamento. El poema expone la experiencia de un hombre apasionadamente enamorado, que, cuando la esposa lo traiciona, intenta liberarse de ese amor para no sufrir, y no lo consigue. Lograría la paz olvidándose de ella, pero el gran amor que siente por ella, no se lo permite. Primero usa técnicas ofensivas y la llama prostituta, y, luego, trata de exponerla a la vergüenza pública, mas ni así logra olvidarse de ella. ¡Tanto la amaba!

Por fin, cambia de estrategia. Decide cortejarla y enamorarla de nuevo. Más allá de los insultos y amenazas, decide: “La llevaré al desierto y le hablaré al corazón” (Os 2, 16). “Allí me responderá como en su juventud, como en el día en que salió de Egipto” (Os 2, 17). “Entonces me llamará ‘marido mío’, en vez de llamarme ‘Baal mío’” (Os 2, 18).

Al profeta Oseas, en medio de un dolor tan tremendo, un día, de repente, se le iluminó la mente, y, en el fondo de su amor dolorido, descubrió, como reflejado, otro amor más alto y profundo: el amor del Señor por su pueblo.

También Dios ha amado como marido enamorado, también lo ha traicionado su esposa, y, a pesar de todo, sigue amando. Dios no puede menos de amar. Todas las medidas que toma se las dicta el amor.

La esposa que traiciona a Dios es el pueblo de Israel, que decide adorar a los dioses Baales, tomados como dioses de la vegetación. Los israelitas pensaban que la fertilidad de la tierra y del ganado se debía a esos dioses Baales. Pero el Señor es celoso y no admite dioses rivales; venerar otros dioses es hacerle traición. Dios amenaza con quitarles todos los productos de la tierra y la tierra misma, para que vean que todas sus riquezas vienen sólo del único Dios que existe. Nadie más se encarga de la fecundidad de los seres humanos y de los campos. A quien obedece al Señor le llegarán las bendiciones de la fecundidad, así queda escrito en el libro del Deuteronomio (Dt 28, 2-4). Si los israelitas buscan esas bendiciones cortejando a otras divinidades, el Señor los hará fracasar, para que aprendan o recuerden quién los controla, y así se conviertan a su verdadero Dios.

Mas Dios, en vez de vengarse, decide, como Oseas, enamorar de nuevo a su pueblo. Dice el Señor: “Israel, yo te haré mi esposa para siempre, mi esposa legítima, conforme a la ley, porque te amo entrañablemente. Yo te haré mi esposa y te seré fiel, y tú entonces me conocerás como el Señor” (Os 2, 21-22). Y la tierra toda dará fruto por la fuerza del Señor para alimento de Israel, entonces todo el pueblo aclamará: “¡Tú eres mi Dios!”

La convicción de que el Señor es nuestro único y verdadero Dios se convierte en alegría para el corazón. Esa alegría es la que debe colmar también el corazón de todo discípulo de Jesús. Mientras estemos cerca de Jesús, nos encontramos como en un banquete. Y en un banquete no se ayuna. Los fariseos se extrañaban de que los discípulos de Jesús no ayunaran. Jesús va a exigir mucho de sus discípulos, pero mientras le sean fieles, como Israel al Dios de Jacob, nada les faltará, ni tendrán que ocuparse de leyes minúsculas.

Queridos hermanos y hermanas, lo que Dios espera de nosotros es que no le traicionemos con idolillos de la calle. Parece que algunas personas aman a Dios para cubrir unas necesidades, pero para otros asuntos adoran a diosecillos particulares. Algunos reverencian a Dios en público, pero organizan una sociedad opresora, conforme a las leyes del dinero y de la razón del más fuerte.

Dios ha establecido con el género humano una alianza nueva y definitiva en el amor de Jesús. No una nueva religión de conveniencias egoístas, sino una alianza nueva de relaciones personales que nacen de un corazón renovado y purificado. ¡Enamórenos de Dios y no le traicionemos nunca!

Propio 4

Deuteronomio 5, 6-21, Salmo 81, 1-10, 2 Corintios 4, 5-12, Marcos 2, 23-28

Vamos a concentrar nuestra reflexión en las lecturas de Deuteronomio y de san Marcos ya que ambas están relacionadas con el tema de los mandamientos. La lista de diez Mandamientos que leemos en el Deuteronomio es una versión modificada de la que se encuentra en el Éxodo (20, 3-17).

La diferencia está en que el Deuteronomio tiene un carácter de “justicia social”, ya que este libro siempre desafía la “historia oficial” sacerdotal en el Pentateuco (los primeros cinco libros del Antiguo Testamento). El tercer mandamiento se refiere al día de descanso: el sábado. En el Deuteronomio se reclama un descanso para los esclavos que sufren ante un trabajo inclemente impuesto a la fuerza.

El Éxodo justifica el día de descanso en la obra creadora de Dios (Gn 1-2). Se impone un descanso, no para realizar prácticas cúllicas, sino para dedicarlo al Señor. Como el templo acota un espacio, así el sábado acota un tiempo y lo consagra a Dios.

A estos mandamientos, junto con todas las regulaciones del Pentateuco, se los denominaba la “Ley”. A los escritos proféticos se los llamaba “profetas”. Ambos eran los códigos legales y religiosos que observaba Israel en tiempos de Jesús.

El evangelio de hoy presenta a los fariseos quejándose de la actitud de los discípulos de Jesús. Ante la crítica de que los discípulos estaban arrancando espigas de trigo en día de sábado, Jesús contesta: “El sábado se hizo para el ser humano, y no el ser humano para el sábado” (Mc 3, 27b).

Hemos tener cuidado sobre cómo se trata a las autoridades religiosas del tiempo de Jesús con respecto al tema de la Ley. Entre los años 64 d.C. (primera persecución de cristianos en Roma por Nerón) y 70 d.C. (la destrucción del Templo de Jerusalén por los romanos luego de una rebelión de los judíos), el cristianismo comienza a separarse del judaísmo, muchas veces a consecuencia de ser expulsados de las sinagogas. El primer evangelio que se escribe es el de Marcos, alrededor del año 70 d.C. Por lo tanto, la visión que tiene de fariseos y saduceos es siempre negativa: si cumplen la Ley, se los acusa de “legalistas”; si no la cumplen, se los acusa de “impíos”.

¿Cómo extraer del evangelio la enseñanza de Jesús sin que estos factores históricos nos lleven a una posición anti-semita? Sin duda es muy difícil, pero vale la pena hacerlo. Por un lado, el antiguo pueblo de Israel combina ordenamientos sociales, religiosos y culturales en un mismo “corpus” legal. Este cuerpo legal es lo que determinaba la conducta esperada de un individuo en sociedad. Por otro lado, según Aristóteles, la aplicación de una ley que ha terminado convirtiéndose en injusta para el individuo, debe evitarse a fin de hacer justicia a ese individuo. En otras palabras, debemos cumplir las regulaciones siempre evaluando su repercusión en la vida de la persona.

Precisamente Jesús quería conducir a sus oyentes a contemplar ese aspecto justo de la Ley. Si alguien necesita comer, pero es día de sábado, lo primero es comer. Esa es una necesidad primaria del ser humano.

Al cumplir esa necesidad justa, incluso se honra el sábado, dado que lo contrario, es decir, la aplicación ciega del día de reposo, resultaría en una injusticia. En este sentido, Jesús pedía a fariseos y saduceos que cumplieran la Ley evaluando cómo se hacía justicia a cada individuo. Jesús trata de ir a un nivel ético en lugar de quedarse en la aplicación ciega de la Ley. De la misma manera nos pide esto a nosotros en nuestro tiempo.

Los cristianos estamos siempre regidos por dos “corpus” legales: el de la sociedad y el de la religión. Nuestra reflexión se ha de basar siempre en lograr justicia para el sujeto de la ley. Si algo de nuestra sociedad es injusto, debemos democráticamente, dialogar con otros ciudadanos y lograr justicia. De la misma manera, en la Iglesia, ante las tradiciones, regulaciones, o interpretaciones teológicas que no hacen justicia al ser humano, debemos encontrar espacios de diálogo para que se honre la justicia.

Es tarea difícil pero espiritualmente satisfactoria pues participamos en el proyecto divino de lograr una humanidad renovada en la justicia y en el amor. Esto es madurez en la fe. Aceptemos, pues, la invitación de Jesús de proclamar con nuestra vida que “el sábado se hizo para el ser humano, y no el ser humano para el sábado” (Mc 3, 27b). Que así sea.

Propio 5

Génesis 3, (1-7) 8-21, Salmo 130, 2 Corintios 4, 13-18, Marcos 3, 20-35

“En Dios hay amor y completa libertad” (Sal 130, 7). Con estas palabras el salmista define la esperanza de ser liberados por Dios de toda maldad. Este es el tema constante de las lecturas de este domingo.

El relato tradicionalmente llamado “de la caída” habla de la desobediencia de Adán y Eva (Gn 3). La narración del evangelio de Marcos presenta el resto de la historia: el amor y el perdón de Dios realizado de una manera perfecta en Jesús.

Detengámonos un momento en lo que cuenta el evangelio. Para el pueblo de Israel, las enfermedades y la “posesión demoníaca” eran resultado del pecado. Sólo Dios podía perdonar los pecados. Por ende, él era el único que podía curar o liberar. Si Jesús hacía eso, se colocaba en el lugar de Dios, algo totalmente inaceptable para Israel. Pero si Jesús no era Dios, entonces sus acciones aparecían como realizadas por el poder del mal. De allí la disputa en torno a la conducta de Jesús. La respuesta de Jesús de que su obrar era fruto del poder de Dios enojaba mucho a los oyentes tradicionales en la religión judía.

Jesús se encontraba en medio de esta discusión cuando llegaron su madre y sus hermanos a buscarlo. Ante la noticia, Jesús responde: “mi madre y mis hermanos (es) cualquiera que cumpla la voluntad de Dios”. Si bien este suceso parece una cuestión familiar, en el contexto de los evangelios refleja una verdad profunda.

Mediante el Espíritu Santo, y desde el momento de ser bautizados, comenzamos a formar parte del “cuerpo de Cristo”: la Iglesia. Nos convertimos en hijas e hijos de Dios. Esto implica que Dios habite en nosotros, y por ello, se nos llama a ser canales del amor y del perdón de Dios hacia toda la humanidad. Debido a esto, el mensaje de Jesús no encaja con esa teología de enfermedades y calamidades como resultado del “pecado”.

Si bien es cierto que los seres humanos nos equivocamos, y muchas veces con resultados terribles; sin embargo, las enfermedades y calamidades son consecuencia de una realidad en camino de perfección.

Jesús enfatizó que el amor de Dios es mucho más profundo que cualquier error de los seres humanos. El propósito último de Dios no es una humanidad culpable y deprimida sino una humanidad nueva que encarne el mensaje de Jesús. La esperanza de san Pablo de que lo que le sucedió a Jesús, la muerte y resurrección, es también el camino que hemos de recorrer, implica que estamos destinados a resucitar a una nueva vida que trasciende y supera toda nuestra imaginación y fantasía.

¡Qué diferencia con aquellos mensajes de algunas predicaciones que llenan de culpa a la gente y nos les permiten reconocer este amor de Dios! Las palabras del salmista son un grito liberador contra esas teologías: “En Dios hay amor y completa libertad” (Sal 130, 7).

El amor de Dios no es “barato”. El teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer escribió antes de su muerte a manos del régimen nazi: “El seguimiento de Jesús es gracia costosa, no es barata”. Pertenecer a la familia de Dios implica vivir una vida de acuerdo a la voluntad de Dios (Mc 4, 35). Esto no es fácil, ya que hay muchas cosas en nuestras vidas a las que debemos renunciar o cambiar para ajustarnos a ese proyecto divino. Ser familia de Dios es vivir y pensar de una manera que muestra a Jesús en todo lo que hacemos. Es vivir en amor y perdón en vez de odio y rencor. Esto no es fácil ni barato, mas bien, es, en palabras de Bonhoeffer, “gracia costosa”. Pero es el camino de Jesús y somos sus discípulos, destinados a vivir como él. De esta manera, el poder de Dios se hace real en la creación, y Dios habita en nuestro medio para liberar a todo oprimido por el mal. El mensaje del evangelio podríamos resumirlo en las palabras del salmista: “En Dios hay amor y completa libertad” (Sal 130, 7).

Salgamos, pues al mundo, para ser canales de esa obra de Dios en Cristo, y seamos “su madre y sus hermanos” para que el mundo crea en su poder y sea sanado. Que así sea.

Propio 6

Ezequiel 31, 1-6, 10-14, Salmo 92, 1-4, 11-14, 2 Corintios 5, 1-10, Marcos 4, 26-34

Hoy vamos a ver qué aplicación práctica para nuestras vidas podemos sacar del santo evangelio. Recordemos que la esperanza del “reino de Dios” surgió en la tradición judía cuando Israel estaba cautivo en Babilonia (año 580 a. C.) El reino es la esperanza de que la justicia de Dios se manifestará borrando definitivamente la opresión del pueblo. A través del anuncio y testimonio de los profetas, Israel deposita su fe en la esperanza de un enviado de Dios para instaurar ese reino.

A los discípulos de Jesús les costó entender que él encarnaba a ese enviado de Dios. Si bien para Jesús el reino de Dios había llegado y era él quien lo encarnaba, la comprensión de esa idea implicaba un lento crecimiento en sus seguidores.

Así como la semilla de mostaza no es vista por nadie excepto por el labrador que la siembra, del mismo modo el crecer del reino de Dios lo perciben sólo aquellos que lo buscan de corazón. Sin darnos cuenta llega el día en que frente a nuestros ojos se alza una planta que tiene frutos y en donde las aves colocan sus nidos. El lento milagro de la germinación nos asombra cuando la semilla pequeña se torna grande y visible. Lo mismo sucede con el reino de Dios, está entre nosotros, pero su crecimiento es lento.

“Reino de Dios”, “semilla de mostaza”... son palabras de Jesús que ofrecen fe y esperanza a un grupo de gente en el lago de Galilea, una zona oprimida bajo el yugo del imperio romano. A esta gente que sufre, que paga gravosos impuestos a costa de quedarse sin alimento, Jesús les anuncia el mensaje de un reinado diferente, único e innovador. El sufrimiento tendrá un fin. El mensaje del evangelio es precisamente un mensaje de libertad y justicia, de perdón y vida nueva, que Jesús trae a todos los que encarnan el reino.

¿Cómo se relaciona la predicación de Jesús de hace casi dos mil años con nosotros personas del siglo XXI? En primer lugar, desde que fuimos bautizados, el reino de Dios fue «sembrado» en nosotros como la semilla de mostaza. Al profundizar en la fe, el reino de Dios ha ido creciendo en nosotros. Al comunicar el mensaje divino a otros, el reino de Dios se ha extendido a ellos.

En segundo lugar, no sabemos cómo crece el reinado de Dios. Así como el labrador tampoco sabe cómo crece la semilla. Pero, de repente, aparecen los frutos. Dios va preparando todo lentamente para que su reino sea manifestado completa y visiblemente en su creación. Dios quiere una creación nueva y redimida donde todos podamos disfrutar de su presencia.

Por último, el crecimiento del reino de Dios implica dar “mucho fruto”. Nuestra responsabilidad en la comunidad del reino de Dios es anunciar a un mundo como el nuestro, lleno de guerras, hambre, desempleo, falta de educación y de atención sanitaria, que Dios está trabajando por la definitiva liberación; anunciar que Dios no permanece aislado de su pueblo.

¿Qué haremos, entonces, con esa semilla del reino sembrada entre nosotros? Ahí es donde cada uno debe adoptar una decisión comprometida en cada instante de su vida: concientizarnos de que el reino de Dios está en nuestro medio, de que somos responsables de hacerlo crecer y transmitirlo a otros, y de que esto sólo se evidencia en acciones concretas con nuestro prójimo.

Una decisión difícil, pero Dios ha enviado al Espíritu Santo para que nos acompañe y nos dé fuerzas en esta tarea. Es este mismo Espíritu, Dios y Señor, quien nos ha dado dones, herramientas para trabajar. La semilla está en cada uno de nosotros, Dios nos ha llamado a hacerla crecer y dar fruto. No estamos solos en la tarea. ¡Manos a la obra! Que el Señor nos siga acompañando en este empeño de producir fruto para su gloria. Que así sea con la ayuda del Espíritu Santo.

Propio 7

Job 38, 1-11,16-18, Salmo 107, 1-32, 2 Corintios 5, 14-21, Marcos 4, 35-41 (5,1-20)

“Si uno es cristiano, es criatura nueva. Lo antiguo pasó, ha llegado lo nuevo” (2 Cor 5,17).

Muchos conservamos aún claras las imágenes de las celebraciones que, a lo largo y ancho de la tierra, nos mostraron el paso a un nuevo milenio. Cada pueblo, según su estilo cultural, interpretó la trascendencia del evento. La avanzada tecnología en telecomunicación nos puso en sintonía con personas que, en distintas zonas del globo, contaban los últimos segundos del pasado milenio en forma regresiva. Al llegar nuestro turno, desbordamos de júbilo al llegar al primer segundo del año 2000. Una nueva era había comenzado.

Nuestra reflexión hoy se centra en la pregunta siguiente: ¿Somos criaturas nuevas en este milenio nuevo o no? Cada uno tendrá su respuesta personal. No dudamos de que habrá un nutrido grupo de hermanos y hermanas que se renuevan día a día bajo el influjo poderoso del mensaje de Cristo. Tal vez muchos de ellos hayan experimentado calamidades semejantes a las que aquejaron a Job, personaje importante en la primera lectura.

Cada persona resulta ser un Job cuando frente a la tragedia, el sufrimiento y la muerte, levanta los ojos al cielo y musita un ¿porqué?. Esa lectura nos ofrece la respuesta de Dios a los porqués de Job. Dios procura sacar a Job de su propia miseria y convertirlo en un activo espectador de la grandeza de su creación: “¿Has mandado una vez en tu vida a la mañana o indicado a la aurora su lugar...?” (Job 38,12). Al final del relato Job es fortalecido por su amor a Dios, auténtico y desinteresado.

La segunda lectura, tomada de la segunda carta de San Pablo a los Corintios, parece ser un mensaje apropiado para el inicio de un milenio, de un siglo, de un año o de un día. Para el que conoce la verdad renovadora de Cristo, el concepto “nueva criatura” se entiende como un proceso continuo. Al mundo nuevo, o mejor dicho, al reino de Dios no se llega después de contar en forma regresiva del diez al uno. Todo lo contrario, ello implica iniciar un ascenso que se fundamenta en el reconocimiento del acto reconciliador de Cristo en la cruz. Implica continuar la jornada con el compromiso de una auténtica renovación de nuestra vida mortal. “El amor de Cristo se ha apoderado de nosotros desde que comprendimos que uno, Cristo, murió por todos para que los que viven ya no vivan para sí mismos, sino para él, que murió y resucitó por ellos”(2Cor 5,14-15). Este vivir en Cristo implica una vida nueva, un nuevo pensar y un nuevo actuar. Tal vez nos angustie la idea de, aparentemente, no ser escuchados por Dios. Pero, de igual manera, nos puede asustar el caminar con Dios en el compromiso de construir su reino.

Nos cuesta caer en la cuenta de que el Dios que “rompe el orgullo de las olas” en el libro de Job, es el mismo que aplaca la tempestad en el pasaje del Evangelio de Marcos. La furia del mar y su fuerza invencible excitaban la imaginación de los antiguos. Historias terroríficas de monstruos marinos lo presentaban como morada de las fuerzas misteriosas que levantaban las olas con violencia cuando alguien se atrevía a violar sus dominios. Sí, es verdad que el mar es temible, con un poder arrollador que puede con Titanics y con cualquier clase de barco edificado por manos humanas. Pero ¿quién será más poderoso, el creador o la criatura? Para que todos pudieran creer en Jesús era necesaria una prueba semejante. Así clamaban las gentes: “¿Quién es éste, que le obedecen hasta el viento y el lago?” Dios es el mismo ayer, hoy y siempre.

Recibamos de buen grado la invitación que Dios no hace a una vida nueva. Abandonemos nuestra condición de cristianos temerosos para disfrutar de la presencia permanente de Cristo a nuestro lado. En Dios reside todo poder. Con él seremos siempre felices.

Propio 8

Deuteronomio 15,7-11, Salmo 112, 2 Corintios 8, 1-9, 13-15, Marcos 5, 22-24, 35b-43

Vamos a centrar nuestra meditación en la carta de San Pablo a los de Corinto. Pablo enseña a los de Corinto sobre el tema de mayordomía cristiana. Les enseña cómo deben ser desprendidos y generosos basados en un auténtico motivo cristiano.

Sucedió que los primeros cristianos de Jerusalén, llevados de excesivo celo e idealismo, se desprendieron de todo lo que tenían y quedaron en la pobreza. Aquellos primeros fieles creían que el fin del mundo era inminente, y en ese caso no era necesario acumular bienes. Pablo decidió realizar una campaña entre las iglesias para ayudar a los hermanos de Jerusalén, que ahora vivían en la pobreza.

Los cristianos de Corinto vivían en una ciudad comercial y rica. La comunidad cristiana gozaba de privilegios espirituales y materiales. Su fe era auténtica y querían profundamente a Pablo. El apóstol les recuerda que hace un año prometieron recaudar fondos para ayudar a los pobres de Jerusalén y, sin embargo, no lo han realizado. Con entusiasmo se adelantaron a otras iglesias. Pero ahora se han quedado atrás. A fin de estimular su generosidad, Pablo les recuerda el ejemplo de las iglesias de Macedonia. Tales iglesias comprendían a los filipenses, a los tesalonicenses, y a los berenses. Todos ellos, aunque “probados por muchas tribulaciones, eran muy felices; y a pesar de ser muy pobres, sus ofrendas fueron tan generosas como si fueran ricos” (2 Cor 8, 2). Recaudaron más de lo que podían y lo hicieron libremente.

Pero, ¿cómo pudieron los de Macedonia ser tan generosos? La clave de ello fue que “primero se entregaron al Señor” de una manera personal y completa. Así imitaron a Jesucristo que “siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza” (2 Cor 8, 9).

Ahora los de Corinto deben recolectar con regularidad, cada primer día de la semana, y cada uno debe dar proporcionalmente a lo que haya ganado (1 Cor 16,2), porque “a quien se le dio mucho, se le reclamará mucho” (Lc 12, 48). Incluso deben dar con sacrificio, como los de Macedonia, que dieron más de lo que sus posibilidades les permitían (2 Cor 8, 3).

En el libro del Deuteronomio leemos una doctrina semejante. Hemos de dar con desprendimiento y generosidad. Y, sobre todo, hemos de ser generosos con el necesitado. La razón de ello es que nada de lo que poseemos nos pertenece. Todo es de Dios. El salmo 24 dice: “Del Señor es la tierra y su plenitud, el mundo y los que en él habitan”. San Pablo pregunta a los de Corinto, “¿Qué tenéis que no hayáis recibido? Y, si lo habéis recibido, ¿a qué gloriaros cual si no lo hubierais recibido? (1 Cor 4, 7) Y todavía más radicalmente Pablo le indica a Timoteo: “Nosotros no hemos traído nada al mundo y nada podemos llevarnos de él” (1 Tim 6,7).

Jesús alabó a la pobre viuda que depositó en el arca del tesoro dos moneditas de lo que necesitaba para vivir (Lc 21, 4). Según esta doctrina bíblica podríamos formular el siguiente principio: Todo cristiano debe ofrendar regular y libremente, con alegría y sacrificio, en proporción a sus ganancias, motivado por su consagración al Señor y a imitación de Jesucristo, que se hizo pobre por nosotros con un sacrificio amoroso.

Hermanos y hermanas: que cada uno examine su conciencia preguntándose si es generoso con el Señor. Si ofrenda con sacrificio, con alegría, con amor, y en proporción a lo que gana. Estén seguros de que Dios recompensa al generoso y al sacrificado. Y como a Job, a quien todo se le quitó, para probarlo, y también se le devolvieron con creces sus bienes, cuando demostró tener fe profunda en el Señor. ¡Seamos generosos!

Propio 9

Ezequiel 2,1-7, Salmo 123, 2 Corintios 2, 2-10, Marcos 6, 1-6.

Los evangelistas no han tratado de minimizar ni ocultar los problemas que pudiera haber encontrado Jesús en su ministerio. Al contrario, los relatos evangélicos están plagados de aparentes fracasos de Jesús. Y él mismo lo demostró cuando, ante la majestuosa vista de Jerusalén, dolido reconoce que no pudo convencer a todos.

Hoy, el evangelio, nos ofrece otra muestra de sus aparentes fracasos. Había vivido unos treinta años en Nazaret. Había ejercido una profesión común, tal vez herrero, tal vez carpintero como sugieren los evangelios. Todos le conocían. Mas he aquí que, cuando oye la voz del Padre que le llama a iniciar su obra, se va del pueblo y comienza a realizar milagros, prodigios y señales, por medio de Dios, porque Dios estaba con él (Hch 2,22).

Poco a poco la fama se extendió por todas partes. La muchedumbre le seguía. Entusiasmados por su enseñanza y por sus obras, muchos veían en él a un hombre excepcional. Pero otros sospechaban de la sabiduría que demostraba y de sus extraordinarios poderes. ¿Cómo es posible que un simple carpintero demuestre tanto poder y sabiduría? El libro del Eclesiástico formula las mismas preguntas: “¿Cómo se hará sabio el que agarra el arado ... o el que guía los bueyes, dirige los toros y sólo se ocupa de los novillos... o el artesano y el tejedor, o el herrero, sentado junto al yunque?” (Eclo 38, 24-39). “¿Qué clase de saber se le ha dado, que tales milagros realiza con sus manos?” El pasado de Jesús no era compatible con la grandeza esperada en un profeta o en el Mesías. Por eso dudaban. No pudo obrar en su tierra ningún milagro salvo curar a unos pocos enfermos.

Este evento en la vida de Jesús nos demuestra que no es fácil dar el salto a la fe. Es un problema fundamental del ser humano el porqué unos creen y otros no. Este problema de desenvuelve en los evangelios página a página. Ante los portentos de Jesús, unos creen y otros no. Los incrédulos no dejan de admirar el poder y la sabiduría de Jesús, pero no pueden establecer la conexión entre un ser humano y Dios. “Tal poder sólo está reservado para Dios”, pensaban algunos, pero se negaban a concluir, “luego este Jesús debe ser Dios”. No podían. No les cabía en su inteligencia. Sin embargo gente sencilla, humilde, pobre, que tal vez sólo buscaba satisfacer sus propias necesidades, podían dar el salto de fe. Decían: “Yo no sé nada, no soy sabio, pero sé que era ciego y ahora veo, y este hombre llamado Jesús me ha dado la vista”. ¡Creo!.

Ahora bien, los creyentes deben guardarse de adoptar una actitud orgullosa, y cuestionar la sinceridad de los que no comparten su fe. Antes de criticar a nadie es mejor cuestionarse uno mismo sobre la sinceridad de nuestro seguimiento a Cristo. ¿Le seguimos de verdad y con entrega total, o sólo superficialmente?

Tampoco debemos desanimarnos si el anuncio de la Buena Noticia no es aceptado. El ejemplo de Jesús en este caso también es aleccionador. A pesar de no ser aceptado en su pueblo, siguió enseñando y recorriendo los pueblos de alrededor sin desanimarse.

Nuestra obligación consiste en predicar a tiempo y a destiempo, siempre, sin desfallecer. La semilla que plantamos en el otoño no dará fruto hasta el verano del año siguiente. Las ideas que plantamos en las mentes de las gentes no germinan inmediatamente, necesitan, como las del campo, su tiempo para dar fruto. Al cabo de cierto tiempo nos damos cuenta de que una persona renuente a aceptar la fe se ha convertido. No sabemos por qué. Si le preguntamos nos quedaremos asombrados. No nos dirá que fue por un milagro, no nos dirá que fue por una curación milagrosa que hemos realizado, nos dirá que fue por el buen ejemplo que le hemos dado.

Los cristianos hemos de tener presente que millones de ojos nos están observando contantemente. Si nuestra conducta fuera perfecta ya hubiéramos llevado a Dios miles de almas.

Demos gracia a Dios por el don de la fe, y mantengamos una actitud humilde, diciendo con el salmista: “Nuestros ojos están en el Señor, esperando su misericordia” (Sal 122,1).

Propio 10

Amós 7, 7-15, Salmo 85,7-13, Efesios 1, 1-14, Marcos 6, 7-13

Para realizar su movimiento revolucionario espiritual, Jesús reclutó a gente sencilla, pescadores, recaudadores de impuestos, y les dio una profesión nueva. “Os haré pescadores de hombres” (Mc 1, 16-19; Mc 2,23-14). Estuvieron una temporada con Jesús, aprendiendo de él. Cuando estuvieron listos decidió probar fortuna y los envió de dos en dos a los pueblos cercanos. Les dio autoridad sobre poderes espirituales que oprimían al pueblo. Debían ir en una disposición de total entrega. No podían llevar consigo sustento ni ropas de cambio. Total desprendimiento y dependencia de la generosidad de los demás.

Más tarde los apóstoles regresaron a informar a Jesucristo. Venían contentos pues habían sanado a mucha gente de enfermedades y los espíritus malignos les obedecían.

Hoy nosotros también somos enviados como los apóstoles a la comunidad. El poder de Dios está con nosotros. Pero con frecuencia nos desanimamos porque no ponemos toda nuestra confianza en Dios y también porque encontramos un ambiente hostil. Veamos algunos testimonios:

Lo que sigue está tomado de Citizens Commission on Human Rights (La Comisión de ciudadanos en favor de los derechos humanos): “El mundo está pasando por el siglo más brutal de la historia (se refieren al siglo veinte). Los síntomas de la descomposición social nos invaden cada vez más y amenazan nuestras vidas”.

Algunas personas se quejan de nuestro testimonio religioso, y dicen: “La religión me dio mucho, me dio esperanza, me dio dirección. Pero creo que el mundo ha cambiado. Todo se ha complicado más. La religión se ha quedado muy rezagada, muy anticuada; no me brinda ahora las respuestas que deseo obtener. ¡Conozco muchas personas que sienten lo mismo que yo!”

En la revista Newsweek una joven afirma: “Yo no voy a la iglesia todos los domingos, pero si no fuera por Dios no estaría aquí. Antes no me gustaba la escuela, recientemente entregué mi vida a Dios y él me ha ayudado a entender que necesito mi educación”.

Este es el sentir de millones de personas que nos ofrecen una idea del panorama social. Estos testimonios son genéricos. No hemos descendido a detalles más graves y situaciones angustiosas. Sin embargo lo que nos quieren decir se puede resumir en pocas palabras: en la sociedad hay mucho mal y también mucha inquietud. La religión tiene un papel muy importante que desarrollar. Los ministros de Dios pueden, con la ayuda divina, cambiar el mal en bien.

El llamado a servir, viene de lo alto y nos mueve. En el Antiguo Testamento, Amós es llamado por Dios. Amós era alguien como nosotros: trabajador, pastor y cultivador de higos. No se considera digno de una misión divina. Sin embargo el Señor quiere que vaya del sur a las tribus del norte para conseguir entre ellas una reconciliación que no habían podido lograr. Llega allá Amós y es rechazado y despreciado; pero él, de todas maneras, transmite el mensaje: “El Señor me sacó de junto a mi rebaño y me dijo: ‘Ve y profetiza a mi pueblo de Israel’”. Hemos conocido personas que han abandonado sus profesiones previas, algunos ganando mucho dinero, sin embargo oyeron la voz de Dios y la siguieron. No hay nada tan seguro como obedecer la voz de lo alto, transmitir el mensaje y luego esperar. Los frutos ya madurarán. Nosotros hemos cumplido con nuestra misión.

San Pablo nos recuerda que estamos sellados por Dios, y que se nos da la garantía del Espíritu en nuestros corazones. Advierte que la lucha no es contra personas, pues Dios nos hizo a todos buenos. La lucha es contra fuerzas espirituales que tratan de mantenernos presos, oprimidos y en la ignorancia.

Es verdad que en el mundo hay personas que son víctimas de toda clase de males. Nos están esperando. Esto es lo que nos impele a salir “de dos en dos” a servir al pueblo y presentarles el mensaje de Jesucristo. Jesús nos recuerda que entre los que sufren se encuentra él. Llevemos su amor y mensaje al mundo entero.

Propio 11

Isaías 57, 14b-21, Salmo 22, 22-30, Efesios 2,11-22, Marcos 6, 30-44

Casi todos hemos ido a comprar fruta al mercado. Compramos naranjas, manzanas, o peras. También compramos otra clase de productos para llevar a casa. Y escogemos lo mejor que podemos para alimentar a nuestra familia.

Gracias a los avances técnicos de los últimos años, disponemos de más bienes que en tiempos pasados. Hoy se puede guardar comida en el refrigerador por mucho tiempo. Las máquinas de lavar y otros aparatos hacen la vida más fácil. Pero a pesar de todos estos bienes, el sentir espiritual sigue siendo muy pobre. Muchos viven alienados, sin encontrar la razón del vivir.

Se puede estar o no de acuerdo en que así se vive hoy. La verdad es que no sabemos por qué existimos. Desconocemos los designios de Dios sobre el ser humano aquí en la tierra. Este sentir ha prevalecido desde el principio de la creación. El pasar del tiempo y del adelanto de la tecnología moderna no han podido cambiar el pensamiento humano.

Afortunadamente cuando nos encontramos en esta situación, Dios no nos deja solos. De alguna manera vela por nuestras vidas con su Espíritu.

En el Antiguo Testamento, Isaías proclama que se quiten los tropiezos del camino. El Hijo de Dios viene y trae bendiciones en abundancia. Dios vive en su trono celestial, pero también vive entre su pueblo. Jesucristo vive entre nosotros. Esto lo podemos ver en la lectura de San Marcos. Jesús alimenta a miles de personas que lo seguían. Estas personas querían conocer mejor a Jesús. Algunos vieron en él la sabiduría de Dios encarnada. El pueblo tenía hambre. Jesús les da enseñanza y también les alimenta hasta saciarse.

En este milagro Jesús demuestra que el universo fue creado para disposición del ser humano. Jesús es la fuente de la abundancia y da identidad y propósito a la vida.

Se dirá que esto sucedió en el pasado y que hoy no tenemos quién nos enseñe éstas cosas. La respuesta es que las Escrituras fueron escritas para nuestro beneficio. Necesitamos leerlas, entenderlas y asimilarlas. En ellas se encuentra un gran tesoro. En ellas se nos dice que Dios está siempre presente entre nosotros.

Para dar buen fruto necesitamos ver qué es lo que existe en nuestra conciencia, en la memoria. En ella hay un archivo. En ese archivo, están grabados recuerdos de acciones pasadas, buenas o malas. Las malas estorban a las buenas. Dios quiere limpiar la memoria de lo que impide producir buen fruto. Ya limpios podemos recobrar nuestra identidad perdida.

En el Bautismo tomamos nuestra identidad. Somos parte del Pueblo de Dios. Servimos a su pueblo en la comunidad donde vivimos. Una vez que recobramos nuestra identidad, podemos ayudar a la congregación a dar buen fruto. La razón por la que un árbol da buen fruto es por que alguien lo cuida. La razón por la que la familia llega a conocer a Dios es porque alguien se preocupó por darle enseñanza. La razón de que otros vengan a la iglesia es que nosotros les llevemos las Buenas Nuevas. No podemos hacer producir fruto en otros si nosotros primero no damos buen fruto.

Las Escrituras nos recuerdan que unidos a Cristo Jesús por la sangre que derramó, podremos contar, al que está cerca y al que está lejos, ese mensaje de salvación. Nuestros labios y acciones proclaman con sinceridad lo grande y lo profundo que es el amor de Dios en Cristo Jesús.

Con Dios todo es posible. Recordemos lo que le dijeron los apóstoles a Jesús. “Es mucha gente. Tienen hambre. Despídelos para que vayan a comer”. A esto respondió Jesús, “dadles vosotros de comer”.

Podemos dar de comer al hambriento. Pero también hay que dar alimento al espíritu. Algunos de nosotros sabemos lo que es tener hambre. También sabemos cuándo Dios nos tiende la mano a través de otros hermanos. En esas personas es donde hemos visto a Cristo. Esto es lo mismo que nos dice Jesucristo hoy: “Dadles vosotros de comer”. Él está con nosotros. Que Dios les bendiga.

Propio 12

2 Reyes 2, 1-15, Salmo 114, Efesios 4, 1-7, 11-16, Marcos 6, 45-52.

Elías ordenó a Eliseo tres veces: “quédate aquí”. Eliseo contestó otras tantas: “No te dejaré”. Eliseo siguió a Elías por todas partes ayudándole a llevar a cabo lo que Dios le había encomendado. Ahora que el Señor se iba a llevar a Elías, Eliseo sabía que le tocaba continuar el trabajo que Dios le encomendara.

En la lectura del evangelio tenemos otra imagen diferente a la de Eliseo. En ella los apóstoles están pasando por una situación difícil, están en un lago, han remado gran parte de la noche y la barca, en donde van, no avanza. El viento furioso levanta grandes olas y empiezan a tener miedo. En ese momento ven a Jesús caminando sobre el agua. Creen que es un fantasma, pero Jesús les dice: “Tengan valor, soy yo, no tengan miedo”. Y el viento se calmó. Jesús había estado con ellos todo el tiempo; no los había dejado solos.

La vida puede estar llena de problemas. En ocasiones nos hemos encontrado en situaciones parecidas a la de los apóstoles. En el lago de la vida, perdemos control de situaciones, nada sale bien, nos sentimos frustrados, enojados, con temor. Algunos pierden el deseo de vivir. La vida carece de sentido. En ocasiones oímos de alguien que se cansó de vivir. No pudo controlar su existencia y terminó con su vida. Es en esas situaciones difíciles en las que Dios no nos abandona. Jesucristo está ahí, tenemos el Espíritu de Dios que nos guía.

En el lago de la vida hay de todo, malo y bueno. Sin Dios los problemas se agrandan. Nuestras relaciones con otras personas degeneran. En el hogar los esposos discuten, los hijos crecen y se sienten solos. Se vuelven rebeldes, ignoran los consejos y piensan que los padres son unos anticuados. En estas situaciones debemos escuchar la voz de Cristo que nos dice, “no tengas temor déjame darte la mano, no estarás solo”.

Estas situaciones difíciles de la vida nos preparan, lo mismo que a los apóstoles, para el trabajo que Dios nos encomienda. San Pablo dice que en todo somos preparados para servir a Dios. Y ¿a quién debemos servir? A todo el mundo, pero no nos olvidemos de un grupo muy importante, los jóvenes.

En la portada de un ejemplar de la revista Newsweek se encuentran varios jóvenes. El título: “Buen sexo, la raza y el futuro”. Esto es lo que los jóvenes de nuestro tiempo creen que es importante; lo expresan en la forma de vestir, en la conducta moral y en las emociones. Tienen una idea equivocada de Dios. Uno dice que el Espíritu Santo “es como un ser maligno, porque todo el tiempo quiere ponerme castigos”. Otro dice, “para mí el Espíritu Santo es como mi abuelo, está ahí pero no lo veo”.

Los jóvenes de nuestro tiempo no son peores que los de otros tiempos. Los jóvenes necesitan mucha atención porque despiertan al mundo. Un mundo que estaba ahí, pero durante la niñez no lo veían. Ahora lo descubren y necesitan orientación y guía. Los ojos del mundo están fijos en estos jóvenes, pero solamente para sacar provecho de ellos con el comercio y el consumo. Estos jóvenes representan grandes ganancias. También hay otros ojos fijos en ellos, son los del mundo de la droga y el vicio. Para esos ojos, la vida espiritual no tiene importancia. Pero Dios sí se preocupa. Los jóvenes son sus hijos. Y nosotros debemos dedicar toda energía disponible para salvarlos del peligro.

Contamos en este país con más de dos millones de jóvenes, entre ellos puede estar alguno de los nuestros. Ofrezcámosles valores permanentes. Ofrezcámosles una razón válida para vivir. Démosles sentido a la vida. Presentemos a la juventud el Dios del amor. Preparémonos para servir. Presentemos a la juventud el Dios del amor, real, no como un ser lejano.

Propio 13

Exodo 16, 2-4, 9-15, Salmo 78, 1-25, Efesios 4, 17-25, Juan 6, 24-35

El salmo de hoy nos dice que Dios “les mandó comida hasta saciarles” (78, 25). En muchos lugares del mundo, donde hoy se lean estas lecturas, habrá niños y personas, que, con ojos hundidos en caras demacradas, clamarán ¿dónde se encuentra esa comida? ¡Nosotros tenemos hambre!

¿Cómo podrá esa gente famélica escuchar la palabra de Dios, mientras sus estómagos están vacíos?

Realmente es una vergüenza que en estos momentos de mayor prosperidad económica de la historia, es cuando mayor número de seres humanos está muriendo, precisamente de hambre. Todos los días, miles de niños malnutridos mueren en países de América Latina, en países de África y en países de otros continentes. Y las palabras del salmo siguen sonando con toda su veracidad: “les mandó comida hasta saciarles”.

Muchos temen que llegue el día en que no haya suficiente alimento para todos. Cada vez somos más los habitantes de este planeta. Y, ¡cosa curiosa!, hoy tenemos más alimentos y más comida que nunca. La comida sobra, se tira, se desperdicia. En algunas naciones del mundo, los habitantes están tan alimentados que han llegado al extremo de la obesidad. La abundancia de comida les conduce a otro mal, casi peor. ¿Qué sucede? Hay unas estructuras injustas en la sociedad que impiden que los alimentos puestos por Dios en la tierra se distribuyan con equidad. Mientras unos nadan en la abundancia, otros carecen de lo más necesario para poder sobrevivir.

El libro del Exodo ofrece una historia que suena a milagrosa. Según ella, el pueblo Israelita había sido librado de una gran esclavitud, pero ahora echaba de menos la comida sabrosa y caliente que comía en Egipto, y se queja de Dios. Los israelitas empiezan a murmurar. Por fin, Dios les sacia hasta apagar el murmullo de sus quejas, con alimento milagroso. Moisés dijo al pueblo: “Este es el pan que el Señor les da como alimento” (Ex 16,15).

La misma actitud milagrosa aparece en el capítulo sexto del Evangelio de San Juan. Según ese relato, Jesús da de comer a más de cinco mil personas. Desde ese momento muchos lo seguían, pero Jesús se queja porque sólo lo hacían por el alimento que habían recibido. Esto parece contradictorio. Si era gente pobre, destituida, sin tierras, ni trabajo ni esperanza de lograr comida, ¿por qué habría Jesús de quejarse? ¿No era lógico que lo siguieran esperando recibir más comida?

Sin embargo, Jesús apuntaba hacia otra parte. La solución puede que la encontremos en el Evangelio de San Marcos. Allí, Jesús ordena a sus discípulos: “Dadles de comer” (Mc 6,37). En otras palabras, Jesús quiere que nosotros, demos de comer a toda la gente que está hambrienta.

Repitamos el verso del salmo: “les mandó comida hasta saciarles”. Dios ha puesto suficiente comida en este planeta para que todos comamos y nos saciemos. Después de comer los miles de millones de personas que vivimos en esta tierra, todavía sobrarán muchísimas cestas llenas de comida. Los alimentos existen, están ahí, amontonados, y, a veces, pudriéndose. ¡Hagamos algo! Desde luego que los científicos están trabajando y logrando auténticos milagros para multiplicar más los recursos de tal manera que haya para todos. El problema no va a ser la escasez, el problema de siempre va a ser el egoísmo de quienes quieren acumular sin distribuir.

¿Qué podremos hacer? San Juan nos dice que Jesús es el pan que da la vida. Efectivamente, Jesús quiere que nos alimentemos con el alimento que produce frutos de vida eterna. Hasta que no nos demos cuenta de que el egoísmo no hace feliz a nadie, habrá gente que muera de hambre.

Ahora que estamos a punto de acercarnos a la Eucaristía, no nos olvidemos de que, sin el alimento divino, morimos espiritualmente. Eso quiere decir que seguimos cometiendo obras que conducen a caminos de injusticia. Por eso es necesario que todos recibamos a Cristo sacramentado y prometamos resolver el problema alimenticio humano y espiritual que tanto hace sufrir a la humanidad.

Propio 14

Deuteronomio 8, 1-10, Salmo 34, 1-8, Efesios 4, (25-29) 30-5, 2, Juan 6, 37-51

Como pueblo escogido por Dios tenemos que dar una respuesta a su llamado a la santidad. Las lecturas de este domingo nos invitan a ello.

“Pongan en práctica los mandamientos que yo les he ordenado”, dijo Moisés a los israelitas.

“No hagan que se entristezca el Espíritu Santo”, nos exhorta San Pablo en su carta a los cristianos de Efeso.

Y Dios, en su providencia infinita, nos puso bajo el cuidado de su Hijo. Jesús nos revela en el Evangelio de hoy que: “La voluntad del que me ha enviado es que yo no pierda a ninguno de los que me ha dado”.

Hermanos y hermanas: igual que los israelitas en el desierto, somos peregrinos en este mundo. Pero nuestro destino está más allá de las fronteras que limitan esta vida. Al igual que en el desierto, para sobrevivir en esta vida, se necesita un milagro. Milagro que tiene que venir del cielo como el maná que llovía milagrosamente para sostener la vida del pueblo escogido por Dios. Jesús es ese pan bajado del cielo.

Condición indispensable para sobrevivir en esta peregrinación es dar una respuesta positiva al llamado de Dios. Muchos hebreos murieron, quedaron tendidos en el desierto. No fueron fieles al pacto. No pusieron en práctica los mandamientos que Dios les había ordenado. Se revelaron. En consecuencia, murieron... Jesús vino para que no se pierda ninguno de los que el Padre le había dado. Vino para que tengamos vida. El secreto está en dar una respuesta positiva al llamado que Dios nos hace. Ser fieles a nuestra vocación.

La lectura del Deuteronomio reconoce lo penoso y duro de nuestro peregrinar. Dios, igual que a los israelitas, nos humilla y nos pone a prueba, a fin de conocer nuestros pensamientos y saber si vamos a cumplir o no sus mandamientos. Pero él nos alimenta con el pan que bajó del cielo.

San Pablo en su carta a los cristianos de Efeso nos pide que no hagamos “que se entristezca el Espíritu Santo”. Su acción santificadora actúa en este tiempo después de Pentecostés. Pero Pablo nos advierte contra qué obstáculos debemos estar particularmente alerta. Nos aconseja en la epístola de hoy: “Diga cada uno la verdad a su prójimo...si se enojan, no pequen; procuren que el enojo no les dure todo el día. No le den oportunidad al diablo... Ustedes han sido sellados para distinguirlos como propiedad de Dios”(4, 30).

En el Bautismo hicimos a Dios esa promesa. Respondimos como los israelitas al pie del Monte Sinaí. Renovamos también nuestro pacto, pero pedimos la asistencia del Espíritu: “Así lo haremos con el auxilio de Dios”.

Hermanos y hermanas: demos gracias a Dios porque estamos asistidos por el Espíritu del que dijo que había sido enviado para que nadie se perdiera. El profeta Ezequiel lo profetizó: “Pondré en ustedes un corazón nuevo y un espíritu nuevo. Quitaré de ustedes ese corazón duro como la piedra y les pondré un corazón dócil. Pondré en ustedes mi espíritu y haré que cumplan mis leyes y decretos..., serán mi pueblo y yo seré su Dios” (36, 26-28).

Y para garantizar esa asistencia divina, Jesús alimenta nuestra fe con el pan de la Eucaristía. El evangelio de hoy termina con estas palabras suyas: “Yo soy el pan que da vida. Los antepasados de ustedes comieron el maná en el desierto, y a pesar de ello murieron; pero yo hablo del pan que baja del cielo; el que come de este pan, vivirá para siempre. El pan que yo daré es mi propio cuerpo” (6, 51).

Propio 15

Proverbios 9,1-6, Salmo 147, Efesios 5,15-20, Juan 6,53-59

“La sabiduría construyó su casa, la adornó con siete columnas”. Con estas palabras comienza la primera lectura de hoy. En ellas parece estar profetizada la Iglesia de Cristo, así como las bases de la santidad que la adornan. Cristo Jesús es la sabiduría de Dios. Por él y con él Dios hizo todas las cosas. “Él es el poder y la sabiduría de Dios”, escribe san Pablo (1Cor 1, 24).

Como lo había prometido, Jesús envió el Espíritu Santo a su Iglesia. El día de Pentecostés, los santos, reunidos en oración, recibieron los dones del Espíritu de la verdad. Esos dones son los que el libro de los Proverbios llama las siete columnas de la casa que construyó la sabiduría.

Alguien ha identificado siete dones fundamentales en el edificio de la santidad. Muchos santos los han poseído en grado heroico.

Los consejos de san Pablo en la epístola a los Efesios que leímos hoy nos advierten sobre algunos peligros que nos apartan de la santidad de vida. “Cuiden mucho su comportamiento, dice. No vivan neciamente, sino con sabiduría” (15).

El número siete en la Biblia se usa mucho como símbolo de poder. El poder de transformación que los dones del Espíritu Santo comunican a las almas es extraordinario. San Pablo, cuando habla de los dones con que el Espíritu Santo ha adornado a la Iglesia, señala varios que son fundamentales en su estructura. Algunos maestros de la vida espiritual siguen los siete dones clásicos. Estos dones son disposiciones permanentes del alma que ayudan al ser humano a seguir las inspiraciones del Espíritu Santo.

El don de sabiduría: conocimiento de las verdades eternas. San Pedro y otros personajes del Nuevo Testamento fueron asistidos con este don para conocer la filiación divina en Cristo.

El don de inteligencia: nos ayuda a penetrar en los misterios arcanos de Dios, aunque sin llegar a descifrarlos.

El don de consejo: lleva a la práctica de la vida cristiana las verdades reveladas. Es común entre las almas que se consagran a Dios en la vida monástica. Muchos cristianos lo practican preguntándose con frecuencia: ¿Qué haría Jesús en esta situación?

El don de fortaleza: aumenta en el alma la resistencia a las tentaciones. Este don ha adornado a la Iglesia con innumerable número de mártires, que blanquearon sus vestiduras en la sangre del cordero.

El don de ciencia: ayuda al creyente a ver las cosas con luz sobrenatural. “No actúen neciamente” dice San Pablo en la epístola de hoy, procuren entender cuál es la voluntad del Señor”. El don de piedad: comunica al alma el gusto en la adoración. “Llédense del Espíritu Santo, San Pablo en la epístola de hoy. Háblense unos a otros con salmos, himnos y cantos espirituales, y canten y alaben de todo corazón al Señor”.

Por el don del temor de Dios, el cristiano, que anda por el camino de la perfección, lucha contra las inclinaciones torcidas de la naturaleza humana. Evita además ofender a Dios en sus relaciones con los demás.

Es admirable la profecía que nos trae el libro de los Proverbios en la primera lectura de hoy, dice: “La sabiduría construyó su casa...mató animales para el banquete, preparó un vino especial, puso la mesa...y envió a sus criadas a gritar a decir desde los alto de la ciudad: ¡Vengan a comer de mi pan y a beber del vino que he preparado. Dejen de ser imprudentes, y vivirán; condúzcanse como gente inteligente” (9,1-16).

Jesús, en el evangelio, hace propia esta doctrina y descubre a los judíos un mensaje nuevo y profundo: “Yo soy el pan que ha bajado del cielo...Mi cuerpo es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi cuerpo y bebe mi sangre, vive unido a mi y yo vivo unido a él” (6,59).

Y antes de morir, en la última cena, preparó un vino especial, puso la mesa y mandó a su Iglesia gritar desde lo alto de los púlpitos: “¡Vengan a comer de mi pan y a beber el vino que he preparado!”

Hermanos y hermanas, no seamos imprudentes, acerquémonos al banquete de la sabiduría divina y tratemos de practicar los siete dones del Espíritu Santo, que nos ayudarán mucho a vivir en esta tierra.

Propio 16

Josué 24,1-2a, 14-25, Salmo 16, Efesios 5, 21-33, Juan 6, 60-69

La liturgia de este domingo nos invita a orar por la unidad de la Iglesia. La unidad de sus miembros es el ideal ansiado de la Iglesia. Jesús insistió mucho a sus discípulos aconsejándoles que se mantuvieran unidos. En ello, el mundo los identificaría como sus discípulos.

El rito inicial de la liturgia comenzó hoy orando con estas palabras: Señor..., que tu Iglesia, consagrada en unidad por tu Espíritu Santo, manifieste tu poder sobre todos los pueblos...

El arma poderosa de Dios para salvar a la humanidad consiste en la unidad de creencia en “un Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos”.

El Credo, que ha sido llamado Símbolo de los Apóstoles, encierra en sí las creencias básicas que unen a los cristianos en todas partes del mundo. Una nueva era amaneció con el nacimiento de ese solo Señor que nos trajo una nueva creación.

Las diferencias que existen en las distintas denominaciones cristianas no destruyen la unidad de la Iglesia en sí. El hecho de que todas prediquen a un mismo Señor, a un solo Dios y Padre de todos, es base suficiente para creer que, la oración de Jesús de que haya un solo rebaño, bajo un solo pastor, es un hecho que hay que verlo con los ojos de la fe. El poder del Espíritu Santo se manifiesta cada día más claro.

El pueblo de Israel fue el precursor del nuevo pueblo de Dios. Sus grandes líderes, Moisés y Josué, tuvieron que luchar arduamente para mantener a los israelitas unidos en medio de un mundo politeísta, hechura caprichosa de manos humanas.

La primera lectura de hoy nos presenta a Josué haciendo jurar a los israelitas a que sean fieles al único y verdadero Dios. “Josué, - dice la lectura - reunió en Siquén a todas las tribus de Israel”, y en la presencia del Señor les hizo jurar que conservarían la unidad guardando el pacto: “Ustedes serán mi pueblo y yo seré su Dios”.

La liturgia del año eclesiástico nos ofrece ocasiones en las cuales renovamos el pacto realizado por vez primera en el bautismo. Con ello imitamos al pueblo de Israel, convocado por sus líderes en la presencia del Señor. En esas grandes festividades como, la Vigilia de Pascua y el Día de Pascua, Pentecostés, el Día de Todos los Santos, el Día del Bautismo del Señor, si no hay bautizos, en lugar de recitar el credo se deben renovar las promesas bautismales que nos animan a: continuar en la enseñanza y comunión de los apóstoles..., continuar en la fracción del pan..., perseverar en resistir al mal..., proclamar las buenas nuevas de Dios en Cristo..., buscar a Cristo en todas las personas..., luchar por la paz. Virtudes esas, que si las cumpliéramos, harían del mundo una familia feliz.

Característica del cristianismo es el mandamiento del amor: el vínculo más fuerte de unión. Jesús lo presentó a sus discípulos como un mandamiento nuevo. La novedad consiste en imitarle a él. Lo dejó como su testamento la víspera de su muerte. “Les doy este mandamiento nuevo, que se amen los unos a los otros como yo los he amado. Si se aman los unos a los otros, todo el mundo se dará cuenta que son discípulos míos”(Jn 13, 34-35).

San Pablo habla en la epístola de hoy sobre la unidad real que existe en la Iglesia de Cristo. La compara al amor que une a los esposos: “Esto es un secreto muy grande, pero yo me estoy refiriendo a Cristo y a su Iglesia”.

¡Secreto grande! Las diferencias que existen en las enseñanzas teológicas de las iglesias cristianas no rompen la unidad de fe en un mismo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos.

Hermanos y hermanas, mantengámonos, pues unidos en lo esencial, en lo más importante de nuestra fe. Con ello, estaremos siempre unidos unos a otros y todos juntos con el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo.

Propio 17

Deuteronomio 4, 1-9, Salmo 15, Efesios 6,10-20, Marcos 7, 1-8,14-15,21-23

Con frecuencia surgen en nuestra mente preguntas relacionadas con el mal y sus orígenes. Jesús, en el evangelio de hoy, trata de dar una respuesta a esas preguntas.

Hay un grupo de personas, en el relato evangélico, integrado por maestros y representantes oficiales de la religión judía. Con autoridad ejercían dominio sobre los más humildes. Hacían prevalecer sus interpretaciones religiosas entre el pueblo. Por otra parte, los discípulos de Jesús representan, a los pobres, a los humildes y a los que carecían de reconocidos privilegios religiosos.

Cuando los fariseos y maestros de la Ley se acercaron a Jesús, tenían varios propósitos. Primero, ridiculizar y censurar las prácticas de aquella nueva comunidad religiosa dirigida por Jesús. Segundo, mostrar que ellos eran los legítimos representantes de la religión y de Dios. Tercero, que tanto los discípulos como los que observaban esta confrontación debían mantenerse bajo su autoridad y disciplina. Por último, buscaban descalificar la enseñanza y autoridad de Jesús.

El punto de discusión fue el ceremonial religioso de purificación antes de tomar los alimentos, y la práctica de los discípulos que consistía en lavarse las manos sin los muchos detalles y oraciones del ceremonial. La pregunta central era: ¿Quién tenía la razón, Jesús o sus oponentes? Como podrán notar, los que vinieron a cuestionar a Jesús actuaban según las costumbres heredadas de lo que enseñaba la tradición de los ancianos.

Jesús, por su parte, respondió de acuerdo a la palabra de Dios, manifestada por el profeta Isaías. La esencia de la respuesta es que entre Dios y cada persona existe una relación. En unos, esa relación es superficial, en otros, es profunda y verdadera. Unos honran a Dios con labios, otros adoran con toda la fuerza de su corazón. Por eso, Jesús aclara que sus discípulos son aquellos que están limpios de corazón, mente y espíritu. Y que la pureza no consiste en cuántas veces se lava uno las manos sino en las acciones buenas y justas que con ellas se obran. Jesús profundiza esta enseñanza diciendo a sus seguidores: “No hay nada fuera del ser humano que, al entrar en él, pueda contaminarlo. Lo que sale del ser humano es lo que le contamina” (Mc 7,15). Ahí se originan todos los males que aquejan al individuo, a la familia, y al mundo entero. Jesús afirma claramente que es en el corazón del individuo donde se fabrican, el bien para producir felicidad, o el mal, raíz de todo sufrimiento.

Estimados hermanos y hermanas, nosotros hemos decidido seguir al maestro. El quiere que vivamos esta vida creando lo bueno, lo justo, lo bello, lo agradable y lo que es verdadero, seguros de que así vamos construyendo un mundo más feliz. Ahora bien, hay algunas cosas prácticas que debemos revisar. Dios nos ha capacitado para examinar nuestro corazón. Si lo hacemos, veremos lo que en él hemos almacenado. En él se encuentra la experiencia de nuestra vida, desde el día en que nacimos hasta el día de hoy. Desde ese día hemos venido fabricando y almacenando pensamientos, sentimientos, costumbres, maneras de pensar y de hablar. Eso es lo que hay que revisar. Lo que hemos almacenado es lo que nos conduce a entablar relaciones con nuestro compañero o compañera, con nuestros hijos o hijas, y con todos aquellos que nos rodean. Cuando nuestra relación no es buena, a veces causamos un daño irreparable, y nos perjudica a nosotros mismos. Hoy podemos comenzar una nueva fase de nuestra vida cristiana.

Acerquémonos a la presencia de Jesús y pidámosle que cambie nuestra vida. Que su santo Espíritu habite en nosotros. Que su amor y compasión nos inunde, y que podamos ser comunicadores de las buenas nuevas del Reino.

Propio 18

Isaías 35, 4-7a., Salmo 146, 4-9, Santiago 1,17-27, Marcos 7, 31-37

El evangelio de hoy nos habla de la curación de una persona que era sorda y muda. ¿Hemos pensado en las dificultades que tendríamos si no pudiéramos oír ni hablar? Reflexionemos sobre ello.

¡Cuánta frustración existe en algunos de nosotros cuando no podemos entender lo que oímos, o cuando no podemos expresarnos con exactitud! Cuando estamos aprendiendo otra lengua nos asusta tener que contestar el teléfono o comprar algo en la tienda. Y aunque estemos perdidos en la ciudad, nos da miedo preguntar. La razón es que no sabemos cómo expresar lo que queremos, ni entenderíamos al que nos contestara. Eso nos causa desaliento y frustración.

El hombre de la historia de hoy, a pesar de no oír ni hablar, logró la compasión y amistad de amigos y familiares que pusieron en Jesús toda su esperanza.

Jesús realiza la curación porque vio que el enfermo amaba a Dios. Jesús podría realizar hoy muchas curaciones si nos acercáramos a él con fe, esperando en su amor.

Cuando Jesús obra este milagro tiene varios propósitos. Uno de ellos es el de mostrarnos que desea que todo ser humano sea restaurado a la plena salud física y espiritual. No olvidemos que la vida material, con todas sus cosas buenas y malas, afecta otras zonas de nuestra vida psíquica. En otras palabras, todo lo que es fruto de la experiencia física, afectará nuestras emociones, nuestra vida mental y espiritual. ¡Cuán triste y frustrante tuvo que ser la vida de aquel hombre, antes de su encuentro con Jesús! Y, ¡cuán diferente sería su vida después de sentir el poder y gracia salvífica del Señor!

Esta historia enfatiza el oír y el hablar, porque oír y hablar son dos funciones muy importantes en nuestra comunicación diaria. Podemos desarrollar pequeñas y grandes tareas si nos entendemos. Realizar grandes empresas sólo se puede lograr si hay buen entendimiento entre los trabajadores. Los ingenieros de la torre de Babel, al fin, fracasaron por deficiencia en las comunicaciones. No podían entenderse entre sí. Ahora bien, el don de oír y hablar tiene como propósito fundamental que, tanto la persona que habla como la que escucha, logren algún grado de entendimiento en sus relaciones.

Las dificultades en las relaciones conyugales, y con los hijos, se explican, en la mayoría de los casos, porque no se habla con claridad sobre determinados problemas; o no se escucha. Muchas veces hablamos, pero no se nos escucha. Por eso, el dicho popular observa que: “No hay peor sordo que el que no quiere oír”. Este tipo de sordera es la que Dios quiere curar.

A veces nuestras relaciones están dañadas por otros sentimientos, como el miedo. Cuando en el hogar, en la comunidad, en toda una nación, se calla por miedo, ese miedo llega a ser signo de violencia práctica. Ni en el hogar, ni en la comunidad, ni en la Iglesia, ni en ninguna parte, deben las personas vivir con temor. Donde se calla por temor, se genera el dolor, la angustia, la frustración y la intranquilidad. En sentido espiritual, allí se ha cerrado el camino a la vida, a la búsqueda de la verdad y de la felicidad, a la que todo ser humano ha sido llamado.

Hablar con claridad y amor cristiano, y escuchar con el corazón, es importante. Y es esencial cuando el que habla es Dios y nos invita a su Iglesia, la comunidad cristiana. Algunas personas no quieren ser miembros de una Iglesia porque no han entendido o descubierto las bendiciones y beneficios que eso trae.

El hombre de la historia evangélica podría ser cualquiera de nosotros. Estamos sordos y mudos, cuando no hablamos con claridad en nuestras relaciones. Hoy estamos frente a Jesús. Podemos pedirle que cure nuestro mal. También podemos alejarnos de Jesús y continuar viviendo en nuestras frustraciones. Este es el momento de tomar una decisión. El Señor nos bendiga.

Propio 19

Isaias 50, 4-9, Salmo 116, 1-8, Santiago 2,1-5; 8-10; 14-18, Marcos 8, 27-38

Los seres humanos tenemos la propiedad de experimentar emociones en toda su amplitud. Si se trata del gozo, de la alegría o de la felicidad tendemos a manifestar esas experiencias en grados placenteros que afectan a todo nuestro ser. Si se trata de tristeza, de soledad o de frustración, entonces lo hacemos con profundo dolor, angustia y desesperación.

En caso de vivir la soledad con intensidad, el vivir se torna más dramático cuando esa sensación de abandono y desamparo es permanente. Todavía es más grande cuando el sentimiento de desgracia es experimentado por una comunidad en forma prolongada. Cuando ocurre esto, la comunidad se siente desvalida, sin esperanza y aún sin destino en la vida. Muchos de sus miembros tratan de escapar de esa situación emigrando, solos o con sus hijos. Los que se quedan, unos siguen almacenando amarguras, otros tratan de forjar ilusiones.

Esto es lo que el pueblo de Israel experimentó durante muchos siglos: esclavitud, cautiverio, pobreza, persecuciones religiosas y políticas, despojo de sus pertenencias, vejaciones. Todo eso se ha dado en diferentes épocas históricas y en todas las partes del mundo y perpetrado, a veces, por grupos religiosos y naciones “civilizadas”.

En medio de sus sufrimientos, Israel recibió la promesa de que un día vendría un mesías que pondría fin a todo su sufrimiento. Ese mesías cambiaría su destino para siempre. Aun cuando ellos tenían la promesa del mesías, no sabían cuándo, dónde ni cómo sería su advenimiento. Por esa razón, cada vez que al rey en turno le nacía un hijo, el pueblo pensaba que tal vez ese fuera el Mesías. Pero cuando el muchacho crecía y heredaba el trono, la historia de las víctimas volvía a repetirse.

En esa interminable espera, y en medio de su sufrimiento y soledad, una noche brilló una estrella en el cielo azul de la pequeña aldea de Belén. Su luz bañó los campos y valles, y los pobres de Israel supieron que el Mesías había llegado al mundo. Ese niño no creció en palacio, sino en el pequeño pueblo de Nazaret. Cuando fue joven adulto, comenzó a predicar y a enseñar entre todos aquellos que vivían al margen de la vida religiosa y de los grandes eventos. Su predicación atrajo a muchos seguidores entre los cuales destacaron los doce discípulos.

En el evangelio de hoy vemos a Jesús caminando con sus discípulos. De repente se detiene y les pregunta: “¿Quién dice la gente que soy yo?” Después de oír varias respuestas les vuelve a preguntar, “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” Y Pedro, con gran ímpetu, responde: “Señor tú eres el Mesías”.

Esta es la gran confesión que da inicio a un movimiento de vida espiritual en el mundo. Y esto es lo que todos aquellos que se han sentido sin rumbo y destino en la vida han confesado diciendo: “Señor tú eres el Mesías”.

En el curso de la historia y en diferentes partes del mundo, muchos han creído en Jesús de Nazaret y, confesado diciendo: “Señor, tú eres el Cristo, el Mesías esperado”.

Hoy nuestro Cristo, como dirían los griegos, y nuestro Mesías, como dirían los judíos, va por los caminos del mundo consolando a los tristes, fortaleciendo a los débiles y cansados, alimentando a los hambrientos, acompañando a los cautivos y dando nuevas esperanzas a los enfermos. Nuestro Cristo compasivo no olvida las oscuras calles de las grandes ciudades, ni las más apartadas aldeas de este mundo.

Estimados en el Señor, de alguna manera aquel hombre de Nazaret ha llegado a la puerta de nuestro corazón para hacernos la antigua pregunta: “Y vosotros ¿quién decís que soy yo?” Y la respuesta debe ser el resultado de una fe que nos invita a seguirle incondicionalmente, sabiendo que todo aquel que le sigue habrá encontrado el camino, la verdad y la vida. Hablar de ese camino, de esa verdad y de esa nueva vida en Cristo es parte de la confesión, seguimiento y misión, que Cristo espera como respuesta de sus discípulos. ¿Cómo será nuestra respuesta? Abramos nuestros corazones y confesémosle al Señor nuestra respuesta. Y cuando oigamos su voz, nuestra vida cambiará totalmente.

Propio 20

Sabiduría 1,16-2,1 (6-11)12-22, Salmo 54, Santiago 3,16-4,6, Marcos 9, 30-37

El evangelio de hoy nos presenta a Jesús como el gran Maestro. Según este relato, Jesús salió con sus discípulos por aquellos campos y aldeas, teniendo como único propósito capacitarles para el ministerio. Quiso que sus discípulos recibieran su enseñanza, no en el contexto de cuatro paredes, sino en lugares abiertos, donde fuera posible ver y sentir la dinámica de la vida. Además quiso que pudieran apreciar la presencia creadora de Dios en el mundo.

¿Podrían ustedes imaginarse, al menos por un momento, los caminos, valles, montes y aldeas de la época de Jesús? ¿Podrían ustedes sentirse parte de aquel pequeño grupo que con Jesús parece ir caminando, hablando y aprendiendo, por los largos caminos de la vida y de la historia? Hoy seamos parte de ese grupo. Acerquémonos y caminemos con Jesús. Oigamos sus enseñanzas. Abramos nuestra mente y nuestro corazón a las palabras del Señor.

Aquellos seguidores de Jesús, aún cuando no tenían una educación superior, pensaban que su maestro sería el próximo líder de la nación. Calculaban sobre las posiciones de autoridad y de poder que posiblemente quedarían vacantes y creían que ellos serían buenos candidatos. Como Jesús conocía sus pensamientos decidió instruirlos sobre la misión del mesías y la naturaleza de su reinado.

Jesús no se consideraba a sí mismo como un líder triunfante entrando en Jerusalén. Jesús se vio a sí mismo como uno más de aquellos que en este mundo han sido traicionados en sus más nobles ideales. Jesús se vio a sí mismo acusado falsamente, abandonado por sus mejores amigos, entregado a sus enemigos, sentenciado injustamente y muriendo en gran soledad. Por esta razón, la Escritura Sagrada lo había descrito como un Varón de Dolores, quebrantado hasta la muerte.

Jesús advierte a sus discípulos que el punto culminante de su liderazgo no tendrá lugar en el trono de Israel ni en un reinado temporal, sino en una cruz en la cumbre del Calvario. Desde allí expiaría el sufrimiento de todo el mundo. Con su sacrificio cargaría el pecado y el dolor de todo ser humano, y con su muerte la redención total de la creación habría iniciado su proceso. Jesús advirtió a sus discípulos que no debían pensar como piensan los gobernantes o políticos de este mundo. Porque éstos buscan los puestos de poder y de mayor importancia. Jesús aconseja a los discípulos que si alguien quiere ser el primero, deberá ser el último de todos, y servirlos a todos.

Luego Jesús tomando a un niño lo presenta como ejemplo de su nueva doctrina. Jesús quiere que siempre estemos dispuestos a servir. Servir a todo el mundo, a nuestra familia, a la comunidad y a Dios. Esta disposición de servicio a otros está íntimamente relacionada con la de presentar las cosas buenas que tenemos en nuestro corazón. Jesús sabe que haciendo el bien el sufrimiento pierde terreno en la vida familiar, en la comunidad y en el mundo entero.

Pensemos durante un momento en el servicio prestado por voluntarios en diferentes partes del mundo. Allí crece la amistad, allí florece la paz y el amor en su más alta y sublime expresión, y Dios llega a ser adorado. Por el contrario, donde reina el egoísmo y la búsqueda de lucro, con frecuencia nacen el odio, la injusticia, la violencia y el sufrimiento.

Nosotros, que nos consideramos seguidores de Jesús, no deberíamos esperar mucho si no estamos dispuestos a una vida de obediencia a la doctrina de servicio que el Señor recomienda. Se presentan excusas para no prestar un servicio, especialmente en la parroquia. Decimos que estamos muy ocupados y que no tenemos tiempo para hacer lo que se nos pide. ¡Ojalá descubriéramos las grandes bendiciones que hay en la entrega desinteresada! ¡Ojalá reconociéramos la alegría que hay en ser instrumento de Dios, puestos a su servicio en este mundo! ¡No olviden, el que quiera ser el primero, deberá ser el último de todos y servirlos a todos!

Propio 21

Números 11, 4-6. 10-16. 24-29, Salmo 19, 7-14, Santiago 4,7-12, Marcos 9, 38-43. 45. 47-48

“Yo no puedo ya encargarme de llevar solo a todo este pueblo; es una carga demasiado pesada para mí”, se quejaba Moisés (Nm 11,14).

El ser humano ha sido creado para Dios, para gozar. El sufrimiento no lo entendemos. Si podemos, lo rechazamos. Nadie quiere una vida difícil. Nos gustaría que todo nos fuera bien y cuantos menos problemas tuviéramos que enfrentar, mejor.

El libro de Números nos recuerda la historia del pueblo judío en su viaje por el desierto y lo mucho que sufrieron. Moisés, como líder del pueblo, fue testigo del dolor, llanto y queja del pueblo. La situación era tal, que se había transformado en una carga demasiado pesada.

Los líderes eclesiásticos no andamos al margen de situaciones complicadas como las del libro de los Números. A veces, la presión es tan grande, que aún los más fuertes pueden sentirse fracasados, o pensar que ya las cosas no dan para más.

Ahora bien, Dios, en su infinito amor, siempre está dispuesto a tendernos su mano y a mostrarnos un camino mejor a seguir. Él puede traernos la tranquilidad que nos permita ver con mejores perspectivas el futuro. Para que esto se convierta en realidad, en nuestras vidas necesitamos confiar en Dios y en su palabra. El salmista nos conforta: “Los mandamientos del Señor son rectos, que alegran el corazón; el precepto del Señor es claro, que alumbra los ojos” (Sal 19, 8). Una vida sujeta a Dios, como indica la epístola de Santiago, nos permitirá estar firmes en tiempos difíciles. Es precisamente en situaciones complicadas cuando la gracia de Dios sobresale.

Dios pidió a Moisés elegir setenta ancianos Israelitas y reunirse alrededor de la tienda del tabernáculo. Allí reunidos, Dios les otorgó el mismo espíritu que había dado a Moisés. Pero alguien se percató que dos de los setenta que habían sido citados estaban en otro lugar, lejos del punto de encuentro, y, a pesar de ello, profetizaban igual que los demás. Josué, un joven ayudante, lleno de celo, le dijo a Moisés: “Señor mío Moisés, prohíbeles que lo hagan” (Nm 11, 28). Esto suena parecido a lo que se lee en el Evangelio de San Marcos, donde el apóstol Juan comunica a Jesús que alguien que no era del grupo, expulsaba demonios en nombre de Cristo. La respuesta de Jesucristo, como la de Moisés, es clara: no podemos oponernos a quienes hagan lo bueno, guiados por Dios y para la Gloria de Dios. Moisés lo dijo enfáticamente: “Ojalá el Señor le diera su espíritu a todo el pueblo” (Nm 11,29). Y Jesús afirma: “Nadie que haga un milagro en mi nombre podrá luego hablar mal de mí. El que no está contra nosotros, está a nuestro favor” (Mc 9,39-40).

No debemos cerrarnos al obrar del Santo Espíritu en nuestras vidas. El Espíritu de Dios se manifiesta también en personas que no pertenecen a nuestro grupo o denominación. Dios es amplio en amor y su misericordia llega a todos por igual. Nuestro verdadero objetivo, como hijos de Dios, es buscarle a él por encima de todas esas cargas pesadas. Y, como Moisés, estar dispuestos a aceptar la ayuda que nos llegue.

Nuestro mismo cuerpo, que busca el placer, también es fuente de dolor y sufrimiento. Los sentidos, los miembros, puestos en el cuerpo para ejercer una función buena, a veces, guiados por una mala orientación, nos conducen al pecado. El evangelio nos dice que si alguno de estos miembros nos lleva al pecado debiéramos prescindir de él. En un sentido absoluto así debiera ser. Pero debemos entender bien lo que Jesús nos quiere explicar. No son las manos ni los pies ni los ojos los que comenten pecado, sino nuestro corazón mal orientado.

El pecado es destructivo y daña el alma, no podemos permitir que nos aleje de Dios. El apóstol Pablo en Colosenses nos aconseja que hagamos morir todo aquello que nos priva de vivir una nueva vida en Cristo.

Hermanos y hermanas, la vida se presenta, a veces, llena de problemas, y puede resultar una carga muy dura para llevar. Por ello, debemos estar siempre cerca de Dios, no para prescindir del dolor, sino para, con su ayuda, sobrellevarlo mejor. Hagamos de la oración de la colecta nuestra propia oración. Que la realidad del poder infinito de Dios, su misericordia y la plenitud de su gracia se derrame sobre todos nosotros, para que así nos esforcemos y, con su ayuda, obtengamos sus promesas.

Propio 22

Génesis 2,18-24, Salmo 8, Hebreos 2,1-18, Marcos 10, 2-9

El tema de este domingo está relacionado con la familia. Nos habla del matrimonio y del mal que lo aflige, el divorcio. Algunos diccionarios en español definen a la familia “como un orden social de la vida humana con fines propios, que necesita ser condicionada y garantizada por el derecho. Al Estado corresponde, respetarla, favorecerla, reconocer y garantizar sus derechos, su libertad y seguridad”.

Tanto el Estado como la Iglesia son instituciones que deben apoyar y fortalecer la familia, que es base y fundamento de la sociedad. Una de las desgracias de nuestros días es la facilidad con que se concede el divorcio o nulidad matrimonial, en muchos lugares del mundo. Para muchos, el matrimonio es sólo un contrato, un pedazo de papel que se puede romper en cualquier momento. No se tienen en cuenta las serias promesas hechas el día de la boda. Se ha olvidado aquel día lleno de ilusiones y de palabras eternas. Esto no quiere decir que debemos tomar a la ligera las dificultades y el dolor que muchos matrimonios viven por razones de desavenencias, infidelidades e irresponsabilidades. Males éstos que afectan no sólo a la pareja, sino a sus hijos y a los envueltos en esa situación.

En el evangelio de hoy encontramos a los fariseos muy interesados en saber la opinión Jesús sobre el divorcio. Quieren poner a prueba a Jesús y desprestigiarlo ante el pueblo. Le preguntan si era lícito o permitido divorciarse de su esposa. Jesús les respondió con otra pregunta “¿Qué les mandó a ustedes Moisés?” (Mc 10,3). Ellos sabían perfectamente que Moisés había permitido dar una carta de divorcio sólo si había causas vergonzosas o escandalosas que lo justificaran (Dt 24, 1). Esta carta de concesión la dio Moisés debido a la dureza de sus corazones. Pero desde el principio de la creación, Dios, había unido al hombre y a la mujer para formar una familia: “Por esto el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse a su esposa...de modo que el hombre no debe separar lo que Dios ha unido” (Mc 10,9).

Está claro que Jesucristo consideró la unión matrimonial como una ordenanza divina, como una unión indisoluble, una unión hasta la muerte. Nuestro Libro de Oración Común señala que el matrimonio es un estado honroso. Alguien ha dicho que la esposa y el esposo son un equipo que debe estar enlazado espiritual y físicamente. Si hay hijos, procurar educarlos dentro de un ambiente familiar cristiano, que nace primero en el corazón de Dios. Los miembros de la familia deben trabajar, orar y disfrutar juntos la vida que Dios les ha otorgado.

En este mundo donde el divorcio es tan común, la enseñanza de Cristo debe ser enfatizada y recordada. Existen problemas en el círculo familiar; son muy reales y a veces provocan dolores sociales. Aunque debemos usar todos los medios a nuestra disposición para resolver las crisis matrimoniales, también es verdad que si anduviéramos más cerca de Dios, las cosas irían mejor. Él es el único que puede darnos la sabiduría que permita al matrimonio y a la familia permanecer unidos.

En la epístola se nos dice: “Así como los hijos de una familia son de la misma sangre y carne, así también Jesús fue de carne y sangre humana, para derrotar con su muerte al que tenía poder para matar, es decir, al diablo”. Así como Jesús sufrió y fue puesto a prueba, ahora puede ayudar a los que también son puestos a prueba. Si queremos superar aquellos conflictos que nos dividen y permanecer unidos en familia, permitamos entonces, a Dios ser parte de nuestro mundo.

Que él sea el punto de encuentro y felicidad que necesitamos. Jesús entiende nuestro dolor, porque vivió el dolor. Entiende nuestro llanto porque lloró. Pidamos confiadamente que el Espíritu Santo bendiga a nuestras familias y su presencia sea real en su Iglesia.

Propio 23

Amós 5, 6-7.10-15, Salmo 90, 1-8, Hebreos 3,1-6, Marcos 10,17-27

La expresión, “¡el tiempo pasa volando!” es muy popular y la usamos a menudo para hacer referencia al hecho de que a veces no logramos hacer lo que deseábamos, en el tiempo que disponíamos.

El salmo noventa dice que nuestros días son como la hierba que pronto se marchita, que florece y crece por la mañana, por la tarde se corta y se seca. El salmo forma parte del tema del día. Todo es pasajero. ¿Dónde, pues, radica la auténtica sabiduría de la vida?

El ser humano siempre se ha interrogado sobre el porqué de la vida. El ser humano ha estado transitando por este planeta durante millones de años, y nunca ha dejado de preguntarse; nunca ha dejado de buscar una respuesta al porqué de la vida. Se han dado muchas respuestas que algunos han llamado “sistemas filosóficos”. De vez en cuando vemos en el evangelio personajes con la misma inquietud filosófica. Hoy, hay uno muy interesante. Veamos.

El evangelio nos narra la historia de un hombre que, aparentemente, estaba preocupado más que por la vida temporal, por la eterna. Esta persona vino y se hincó a los pies de Jesús. Quería saber qué debía hacer para alcanzar la vida eterna. Desde joven había guardado y cumplido los mandamientos de Dios. Debía ser una persona excelente. Sabemos que no es fácil cumplir todos los mandamientos. Sabemos cuánto hay que luchar para mantenernos fieles. Sin embargo, aquí tenemos a alguien ante Jesús que ha cumplido todos los mandamientos desde su juventud. Por ello, Jesús con ojos llenos de cariño, le contestó: “Una cosa te falta; anda, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres. Así tendrás riquezas en el cielo. Luego ven y sígueme. El hombre se afligió al oír esto; y se fue triste, porque era muy rico” (Mc 10, 21-22).

No sabemos cuál fue la suerte de esta persona. Pero vemos que andaba esclava de las riquezas. Jesús le ofrecía un tesoro mucho más valioso, pero no supo reconocerlo. Esta persona buena, rica en la tierra, tal vez llegara pobre a las puertas del cielo. Vemos aquí dos respuestas filosóficas diferentes, la de Jesús y la del rico. Esta persona había puesto toda su confianza en la seguridad que las riquezas pueden ofrecer. Jesús, mucho más profundo, veía que las riquezas, son como la hierba que se seca, se pudre y desaparece.

El profeta Amós se encuentra en la corriente divina. Nos pide que volvamos a Dios. Nos pide que busquemos y amemos el bien y la justicia. El hombre rico aparentemente no pudo entender en su corazón lo sugerido por Jesús. Así que se fue de su presencia muy afligido. Cuando Cristo miró a la gente y a sus discípulos agregó: “¡Qué difícil va a ser a los ricos entrar en el reino de Dios! Es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja, que para un rico entrar en el reino de Dios” (Mc 10, 23,25).

Algunos piensan que “ojo de una aguja” en este pasaje, se refiere a las puertas que había en las murallas que rodeaban a las ciudades de entornos. Eran muy pequeñas para que alguien pudiera pasar por ellas en un camello. Podían entrar pero con mucha dificultad. Ante la consideración de Jesús, el asombro de los discípulos no se hace de esperar. Se preguntaban, ¿quién podrá salvarse? Jesús contesta...”para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque para él no hay nada imposible” (Mc 10, 27).

La epístola a los Hebreos enseña que el pueblo de Dios tiene a Jesús como el más grande apóstol y sacerdote. Ha sido fiel en todo y merece honor y gloria. Nosotros, como cristianos, debemos luchar por la salvación y la vida eterna que Cristo nos ha logrado por su muerte y resurrección. Tenemos que aprender a establecer prioridades en nuestra vida. El verso doce del salmo pide al Señor que nos enseñe a contar nuestros días, de tal modo que traigamos sabiduría al corazón. Si Dios nos ofrece riquezas, seamos generosos, agradecidos y nunca egoístas. No podemos comprar la salvación. Sólo por los méritos de nuestro Señor Jesucristo. Sólo la gracia de Dios nos puede salvar.

Propio 24

Isaías 53, 4-12, Salmo 91, 9-16, Hebreos 4,12-16, Marcos 10, 35-45

Acabamos de leer en la epístola que la palabra de Dios es viva y eficaz y más cortante que espada de dos filos; penetra hasta la separación de alma y espíritu, articulaciones y médula, y discierne sentimientos y pensamientos del corazón. No hay criatura oculta a su vista, todo está desnudo y expuesto a sus ojos. A ella rendiremos cuentas. No podemos escapar de su sentencia. La palabra de Dios está con nosotros siempre. ¿Cómo podremos escapar a su juicio? Será mejor conducirnos según su dictado.

Hay personas que afirman poder leer nuestra mente y conocer nuestro futuro. En realidad sólo Dios conoce nuestro presente, nuestro pasado y nuestro futuro. Dios, con su palabra, puede llegar hasta lo más profundo de nuestro ser, sanar nuestras heridas y traer a nuestra vida la felicidad que tanto necesitamos. Porque, con frecuencia, buscamos la felicidad donde no se encuentra. Asimismo lo hicieron los apóstoles, como veremos.

El profeta Isaías nos da una visión muy real del mesías, el ungido de Dios que viene a salvar a las ovejas perdidas. Isaías profetizó “el Señor cargó sobre él la maldad de todos nosotros” (Is 53, 6). La salvación que el mundo necesita se encuentra en Cristo. Por Cristo podemos acercarnos confiadamente a la presencia de Dios.

El salmo nos ofrece la seguridad de saber que el Señor es nuestro refugio, que sus ángeles estarán con nosotros, que nos protegerán para que nuestros pies no tropiecen. Sin lugar a dudas, necesitamos la ayuda divina. Si no le abandonamos, Dios estará con nosotros siempre en nuestro caminar y sabremos qué nos conviene y qué debemos pedirle.

¿Hemos deseado alguna vez algo sin considerar los costos, o lo que significa obtener tal cosa? El evangelio contiene una historia que nos es familiar. Cuenta cómo Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, piden a Jesús les dé algo muy específico. “Le dijeron: concédenos que en tu reino glorioso nos sentemos uno a la derecha y el otro a tu izquierda. Jesús les contestó: ustedes no saben lo que piden” (Mc 10,37-38).

Jesús, a su vez, quería saber si ellos estaban dispuestos a beber el trago amargo, y a ser bautizados con el bautismo que él recibiría. Quería saber si su entrega era tal como para pasar por la humillación, el sufrimiento y la muerte por los que Jesús iba a pasar.

La expectativa de muchos seguidores de Jesús en aquel tiempo era que el Mesías sería entronizado gloriosamente y vencería a todos sus enemigos. Jesús nos revela que el plan de Dios es muy diferente a los pensamientos humanos. La gloria, la fama y el poder terrenos son pasajeros y caducos. La gloria que Dios nos propone exige una transformación total y profunda. Como la semilla plantada en la tierra, desaparece pero al rato germina en algo bello y atractivo.

Jesús señala el servicio a los demás como condición indispensable para obtener la gloria y poder eternos. La petición de Santiago y Juan parece ser muy individualista y egoísta. Así lo vieron los demás discípulos que se enojaron por el evento. Tal vez ellos aspiraban a lo mismo. Tal vez se enfadaron por envidia. En realidad la actitud de los otros diez no era mejor que la de Santiago y Juan.

Dios no quiere que seamos pobres ni que vivamos en la miseria. Dios se alegra con nuestro bienestar y progreso. Dios nos ha otorgado facultades para trabajar con ellas y vivir cómodamente. Sin embargo, no quiere que perdamos de vista que la vida es pasajera, que no somos más que turistas en esta tierra.

Dios quiere que sepamos que las leyes que rigen la vida del cielo son muy diferentes a las que se han establecido en este planeta. Dios quiere que aprendamos ya a vivir una vida divina, una vida de amor, una vida de auténtica convivencia basada en el amor y entrega a los demás. Para ello, el mejor ejemplo a seguir, será siempre el de Cristo.

Propio 25

Isaías 59,1-19, Salmo 13, Hebreos 5,12-6,1.9-12, Marcos 10, 46-52

Dios puede leer en lo profundo de nuestro corazón. Nos conoce mejor que nosotros. Sin embargo quiere que en nuestra relación con él nos portemos como humanos. Aquí en la tierra, si no comunicamos nuestro interior, la gente no sabe qué nos está sucediendo. Dios conoce nuestras necesidades, pero es importante mencionárselas cuando oramos.

Dios quiere que seamos claros en lo que pedimos. Y que lo hagamos con insistencia. A veces pensamos que Dios está cansado de escuchar la misma cosa constantemente. En realidad, de lo único que Dios está cansado es de nuestro pecado, de aquello que nos pueda separar de una íntima relación con él.

En la lectura del profeta Isaías leemos: “Mira, la mano del Señor no se queda corta para salvar ni es duro de oído para oír; son vuestras culpas las que se interponen entre vosotros y vuestro Dios; son vuestros pecados los que os ocultan su rostro, e impiden que os oiga” (Is 59, 1-2).

Todos necesitamos de vez en cuando volcar nuestro corazón en alguien. Ese deseo de manifestarnos y de ser escuchados, es aún más apremiante, cuando nos encontramos en una situación complicada.

El Evangelio de Marcos nos narra la historia de un hombre llamado Bartimeo, que era mendigo y ciego. Jesús estaba con sus discípulos en Jericó; cuando ya salían de la ciudad, seguidos de mucha gente, alguien comenzó a gritar y a decir; Jesús, Hijo de David, ¡ten misericordia de mí! La gente que escuchaba los gritos del ciego lo reprendían y mandaban que se callara. Pero él, lleno de fe y de esperanza, gritaba con más fuerza. “Hijo de David, ¡ten compasión de mí!” Jesús se detuvo y pidió que le trajeran al ciego. El evangelio agrega: “El ciego arrojó su capa, y, dando un salto, se acercó a Jesús, que le preguntó: ¿Qué quieres que haga por ti?” El ciego le contestó: “Maestro quiero recobrar la vista. Jesús le dijo: Puedes irte; por tu fe has sido sanado” (Mc 10, 50-52).

En ese momento, Bartimeo pudo ver y siguió a Jesús por el camino. ¿Podríamos imaginarnos lo que significará para alguien el recobrar la vista después de tanto tiempo en la oscuridad? Debe ser una total liberación. Será como salir de una caverna y de repente ver un mundo lleno de luces y colores. Las piernas se encontrarán rejuvenecidas y fortalecidas. Ahora esa persona podrá correr, saltar, brincar. ¡Qué alegría! Es muy probable que después del milagro, Bartimeo se encontrara libre de depender de otros. Ahora puede ir solo, caminar libre, trabajar, y ayudar a otros necesitados.

Tal vez más lamentable para nosotros sea la ceguera espiritual. Como menciona Isaías, casi todos necesitamos una luz que ilumine nuestro camino, para dejar de andar a tientas, apoyándonos en las cosas, o en las paredes. La ceguera física nos puede conducir a caer por el suelo de este planeta, mas la ceguera espiritual puede impedirnos ver la luz del más allá. Jesús quiere sanarnos. Quiere que veamos física y espiritualmente.

La Iglesia depende cada día de la luz que Dios nos da en Cristo. Todo cristiano necesita que sus ojos espirituales vean claramente. La epístola a los Hebreos nos amonesta a madurar en la fe. No podemos alimentarnos de leche solamente. Necesitamos comida sólida. Necesitamos la palabra de Dios y sus enseñanzas.

Seamos como el ciego Bartimeo. Seamos valientes. Gritemos pidiendo ayuda al Señor. No permitamos que nada ni nadie se interponga entre nosotros y Dios. Persistamos hasta que él nos llame y se interese por nuestro dolor. Dios nos ayudará a ver qué es lo que necesitamos realmente.

La primera oración de este domingo nos invita a pedir a Dios que aumente en nosotros los dones de fe, esperanza y amor. Para obtener sus promesas, también pedimos que amemos lo que nos manda. No podemos andar errados amando y obedeciendo al Señor. Si cumplimos su palabra tendremos la vida eterna y estaremos contemplando eternamente su infinita belleza.

Propio 26

Deuteronomio 6, 1-9, Salmo 119, 1-16, Hebreos 7, 23-28, Marcos 12, 28-34

En cierta ocasión Jesús estaba involucrado en un debate con un grupo de saduceos. Los saduceos eran los sacerdotes del templo que habían discutido anteriormente con Jesús sobre la resurrección de los muertos. Jesús les aclaró con ejemplos que Dios era un Dios de vivos, no de muertos. Mientras conversaban, un maestro de la Ley que escuchaba quedó impresionado por la sabiduría de Jesús. Quedó impresionado no sólo por la forma en que Jesús lidió con la situación, sino también por las respuestas que daba.

Este letrado se acercó a Jesús y le preguntó: “¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?” (Mc 12,28). En otras palabras, dame un compendio de tu fe. Jesús respondió: “El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor. Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas” (Mc 12, 29). Jesús le contestó según la doctrina tradicional que todo judío debía saber, y tal como la hemos leído en el libro del Deuteronomio.

Podemos imaginarnos al maestro de la Ley moviendo su cabeza en forma afirmativa. Lo que oía le sonaba muy familiar. Pero, Jesús no paró ahí, añadió un segundo: “Ama a tu prójimo como a ti mismo” (Mc 12,31).

Resulta interesante considerar que el maestro de la Ley pidió que le dijera el primero de todos los mandamientos. Jesús, en lugar de darle uno solo, le dio dos mandamientos: el amor a Dios y el amor al prójimo. Estos dos son tan inseparables que uno no se pueden enunciar el uno sin el otro. Son dos caras de una misma moneda. El amor a Dios es sólo una ilusión si no se proyecta hacia nuestros prójimos.

Es también interesante el fijarnos en la aceptación del letrado. Recibe la respuesta de Jesús como algo normal y añade todavía algo: el amor a Dios y al prójimo es más importante que todos los sacrificios y holocaustos que se realizan sin convicción y de una manera formal. El auténtico sacrificio a la divinidad debía implicar un amor al prójimo, pero con el tiempo se dio más importancia al aspecto cúllico que al profético, más a la liturgia que a la pastoral. Contra estas costumbres clamarían otros profetas del Antiguo Testamento. Jesús queda admirado del letrado y le premia con una frase de incalculable valor: “No estás lejos del Reino de Dios” (Mc 12,34). Efectivamente, la unión de los dos mandamientos será lo más característico del apostolado de Jesús. Así lo perciben sus discípulos y los primeros cristianos. San Juan lo expresa sin rodeos: “Si alguno dice: Yo amo a Dios y al mismo tiempo odia a su hermano, es un mentiroso. Pues si uno no ama a su hermano, a quien ve, tampoco puede amar a Dios, a quien no ve” (1 Jn 4, 20).

La máxima expresión del amor la tenemos en Jesús, que se ofrece como víctima y holocausto de amor por todo el mundo. Mientras los sacerdotes del pasado ofrecían víctimas de animales. Jesús se ofrece así mismo como ofrenda de amor a Dios y al prójimo.

El amor que profesamos a otros seres humanos debe ser sólo una expresión de nuestro amor interior. Si éste no emana y se alimenta del amor divino que vive en nosotros, no tendrá validez. El amor que sentimos por Dios lo canalizamos amando a nuestros semejantes, en hechos y no de labios. Tal amor es auténtico y el uno nutre y fortalece al otro Dios nos pide amarlos y los unos a los otros. Cuando respondemos a su mandato con un sí, nos transforma y nos hace diferentes. Nos ordena mostrar esa “diferencia” amando a los que están cerca y a los que están lejos; a los que nos agradan y a los que nos desagradan; a los que nos aman y a los que nos odian, a los que nos desprecian y nos cuesta trabajo amar.

En cierta ocasión, un sacerdote visitó a un amigo que tenía una granja. Notó que sobre uno de los graneros había colocado una veleta con la inscripción: “Dios es amor”. El sacerdote, con cierta curiosidad, le preguntó si con ese texto bíblico quería decir que el amor de Dios era tan cambiante como el viento. El amigo le respondió: “No, lo que quiero decir es que Dios es amor siempre, no importa de donde soplen los vientos”.

Amémonos de corazón sin importarnos de donde soplan los vientos, porque es lo que Dios espera de todos nosotros.

Propio 27

1 Reyes 17, 8-16, Salmo 146, 4-9, Hebreos 9, 24-28, Marcos 12, 38-44

Una niña se sentó a la mesa para comer. Antes de que su madre la viera, comenzó a cortar trocitos de carne de su bisté y logró apartar un buen montón. La madre lo descubrió y le dijo: “¿Qué vas a hacer con esa carne?” “Nada,” - contestó la niña algo avergonzada -, “no iba a hacer nada malo, sólo quería reunir una buena parte para mi perra Mocha”. “Pues, no” - le dijo la mamá - “tú come lo tuyo y yo me encargaré de la perra”.

Al terminar la cena, la madre recogió las sobras, los huesitos del bisté y los demás desechos que halló en los platos, y se los dio a la niña para que los llevase a la perra. En el patio, la pequeña llamó a su perra Mocha y le entregó la comida diciendo con gran tristeza: “Yo te había preparado una ofrenda, pero mi mamá te mandó una colecta”.

¿Cuánto de lo que damos a la Iglesia es una ofrenda o una colecta? ¿Damos de lo mejor y con alegría de corazón para la obra del Señor o damos las sobras? En el evangelio de hoy nuestro Señor Jesucristo estaba sentado frente a los cofres de las ofrendas. Allí miraba atentamente a las personas que se acercaban. Unos eran ricos y depositaban muchas monedas. Otros eran de la clase media y echaban de acuerdo a sus posibilidades. Otros eran pobres y echaban según lo que tenían. Entre los pobres, llegó una viuda que depositó en los cofres de las ofrendas dos moneditas de cobre, que eran las de menos valor en tiempos de Jesús. Inmediatamente Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: “Les aseguro que esta viuda pobre ha dado más que todos los otros que echan dinero en los cofres; pues todos dan de lo que les sobra, pero ella, en su pobreza, ha dado todo lo que tenía para vivir” (Mc 12, 43-44).

Cuando estudiamos este pasaje bíblico nos percatamos que para Jesús la diferencia no está en la cantidad, sino en la actitud del corazón - de nuestro corazón.

Tanto la viuda del evangelio, como la de la primera lectura, dieron de corazón. Una, para el ministerio de los sacerdotes del templo. La otra, para la supervivencia del profeta Elías. La viuda de Sarepta compartió con el profeta Elías los últimos alimentos que tenía para ella y para su hijo. Lo interesante y milagroso es que, durante todo el tiempo de la sequía, ni ella ni su hijo ni el profeta Elías pasaron hambre. La viuda dio de corazón y el Señor proveyó en forma tal que “la harina de la tinaja no se acabó ni se agotó el aceite de la vvasija” (1Re 17,16).

En la mayoría de las congregaciones durante el ofertorio se pasan dos platos ante a los feligreses. Para algunos es un plato de colectas que habrá de ayudar a cubrir el presupuesto anual. Para otros es un plato de ofrendas donde depositan, con gratitud, lo que Dios les ha dado durante la semana que acaba de terminar.

En verdad, la ofrenda del cristiano debe ser total. No sólo de palabra. Todo lo que tenemos nos viene de Dios y al él le pertenece. Nosotros sólo somos administradores, mayordomos. ¿Cómo podemos decir que estamos entregados a Dios de todo corazón, y con toda nuestra alma, si a la hora de la verdad contribuimos con un dólar para la expansión del Reino de Dios? ¿Creerá Dios en nuestro amor? ¿Se contentará con los huesos?

El principio fundamental de mayordomía cristiana es el siguiente: “Todo cristiano debe ofrendar regular y libremente, con alegría y sacrificio, en proporción a sus ganancias, motivado por su consagración al Señor, y a imitación de Jesucristo, que se hizo pobre por nosotros con un sacrificio amoroso”.

Si damos con sacrificio, con alegría, en proporción a lo que hemos recibido, y motivados por nuestra entrega al Señor, siempre habrá suficiente para cubrir los gastos de la iglesia y ayudar a los necesitados. No olvidemos que Jesús puede multiplicar lo que damos, cuando damos de corazón y con generosidad.

Propio 28

Daniel 12,1-4a (5-13), Salmo 16, 5-11, Hebreos 10, 31-39, Marcos 13,14-23

Hay quienes observando al mundo de hoy exclaman: “¡Es un mundo loco!” Otros piensan que estamos en los “últimos días”, “en las señales antes del fin”. Y hay quienes se muestran indiferentes a lo que les rodea. Otros, seguros en su fe y convicciones, se mantienen confiados pero vigilantes.

Años atrás la gente vivía con tranquilidad en un mundo estable y, al parecer, de largo futuro. Sabían que las cosas no eran perfectas, pero estaban seguras de que el mundo se encontraba en buenas condiciones. La idea del fin del mundo no les quitaba el sueño. Sin embargo, con la llegada de la era atómica, la seguridad se quebrantó. El fin del mundo se convirtió en algo posible. Ahora, aunque la guerra fría entre las superpotencias de Rusia y Estados Unidos ha terminado, sin embargo, hay terroristas y locos, dispuestos a ocasionar grandes catástrofes. El pasado nos ha servido de ejemplo. Así, pues, hoy las naciones todas están alerta, porque el peligro atómico ya no reside en Rusia o en los Estados Unidos, sino en muchas naciones, y a veces en manos de gente irresponsable. Tenemos que aprender a enfrentarnos a esas situaciones para preservar la existencia de la raza humana.

Generalmente, los domingos precedentes al primero de Adviento nos hablan del fin del mundo, de la consumación de la historia, y lo hacen con un lenguaje apocalíptico, que evoca miedo y pánico. Precisamente el capítulo trece de Marcos es todo él un discurso escatológico, un discurso que versa sobre el final de los tiempos. Marcos enfatiza los sacrilegios, el oscurecimiento del sol, la caída de las estrellas, hermanos en lucha contra hermanos, padres contra hijos, y la persecución de los cristianos. Tal lenguaje nos asusta. Al final del capítulo nos amonesta a que adoptemos una actitud sabia y prudente: “¡Velad!”, nos dice.

¡Reflexionemos! Observamos tras ese lenguaje atemorizante dos verdades importantes. La primera es que, en tales condiciones, la fe cristiana se fortalece. Fe inquebrantable mostraron los mártires cristianos del pasado y del presente, hombres y mujeres que se enfrentaron a las más horribles persecuciones. La segunda, es la afirmación de que Dios cuidará de su pueblo en medio de eventos críticos. “Él mandará a sus ángeles y reunirá a sus escogidos de los cuatro puntos cardinales, desde el último rincón de la tierra hasta el último rincón del cielo” (Mc 13,27).

¿Quiénes son los escogidos? Los escogidos son aquellos a quienes ha llegado la gracia de Dios y han abierto sus corazones para recibirla. Los escogidos son los que viven en la confianza del amor de Dios y están seguros de que la redención no depende de sus sentimientos momentáneos, sino del inagotable e invariable amor de Dios.

Mientras tanto, reflexionemos y meditemos. Con el paso alocado que lleva el mundo es difícil reflexionar. Por ello, la Iglesia nos invita a tomar espacios de reflexión. Nos invita a acercarnos al templo, y, en silencio, elevar la mente a Dios y pedirle ayuda y luz para ver cómo van nuestras vidas. Nos invita a hacer propósitos de mejora para cambiar la sociedad. Nos invita a luchar con todos nuestros medios a suprimir la violencia en todas sus formas y manifestaciones. La violencia debe desaparecer de este mundo si queremos vivir con tranquilidad. Hemos de pasar de un estado de sonambulismo a vivir en constante alerta, hasta que Dios nos llame.

Este es el tipo de conocimiento que necesitamos en la vida cristiana. No es necesario saber con exactitud cuándo vendrá el Señor. Podemos vivir sin esa información. Pero no podemos vivir sin ser conscientes de que somos escogidos y protegidos por el amor de Dios.

Propio 29

Daniel 7, 9-14, Salmo 93, Apocalipsis 1, 1-8, Juan 18, 33-37

Hoy es el último domingo del año eclesialístico. Las lecturas nos ofrecen una recapitulación de todo lo creado, colocando a Jesús como el fin de la misma creación. Jesús es rey de todo el universo. Jesús reinó, y reina.

El evangelio presenta la oportunidad de reflexionar sobre el diálogo entre Jesús y Pilato. Después de la traición de Judas, del arresto y de las negaciones de Pedro, presentan a Jesús ante Anás y Caifás. Al final, es llevado ante Pilato.

Repitamos el interrogatorio de Pilato:

Pilato: “¿Eres tú el Rey de los Judíos?”

Jesús: “¿Eso lo preguntas tú por tu cuenta, o porque otros te lo han dicho de mí?”

Pilato: “¿Acaso yo soy judío? ¿Qué has hecho?”

Jesús: “Mi reino no es de este mundo.”

Pilato: “¿Así que tú eres rey?”

Jesús: “Tú lo has dicho: Soy rey. Yo nací y vine al mundo para decir lo que es la verdad” (Jn 18, 33-37).

De este diálogo Pilato concluyó que Jesús era rey. Esta idea es la que posiblemente lo motiva a dar la orden de que se pusiera un letrero sobre la cruz con la inscripción: “Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos” (Jn 19, 19) y que se escribiera en hebreo, latín y griego, para que muchas personas pudieran leerlo y entenderlo.

Para comprender este pasaje, habrá que verlo a través del ojo clínico de uno de los dos malhechores condenados a morir en cruces junto a la de Jesús. Fue el único, que en medio de una multitud hostil, se percató de quién era el que estaba a su lado sufriendo una condena inmerecida.

En medio del dolor, de la angustia y de la burla, reprende a su compañero de suplicio: “¿No tienes temor de Dios, tú que estás bajo el mismo castigo? Nosotros estamos sufriendo con toda razón porque estamos pagando el justo castigo de lo que hemos hecho, pero este hombre no hizo nada malo” (Lc 23,40-41). Luego, dirigiéndose al Crucificado, con voz débil, pero con confianza y esperanza, añadió: “Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino” (Lc 23, 42). Aquel condenado vislumbró no sólo el reinado del crucificado, sino también su divinidad. Aquí tenemos un testimonio silencioso de la resurrección de Cristo, dado por alguien que tal vez había buscado a Dios durante toda su vida. Además, nos permite ver el amor, la compasión y el poder que emanan del crucificado.

El ladrón crucificado junto a Cristo notó algo que aparentemente pocos de los presentes pudieron ver. Leyó con profundidad el letrero sobre la cruz: “Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos” y descubrió que Jesús era algo más que rey, era Dios, no sólo de judíos sino de todo el mundo. Los últimos momentos de su vida fueron el culmen de toda una vida en búsqueda. Sin duda alguna, este hombre había sido infeliz durante toda su vida, y encontró la felicidad cuando se encontraba en la cruz. Tuvo la gran oportunidad de ver un verdadero e inigualable rey. Tuvo una audiencia única y exclusiva con él. No dejó pasar por alto la oportunidad que se le presentó. Su suerte comenzó en el momento que reconoció a Jesucristo como el Rey eterno, el Rey de Reyes.

Sólo por fe podemos aceptar algo tan chocante en la vida de Jesús. Constantemente se encuentra luchando contra el deseo de poder que demuestran sus discípulos. En más de una ocasión les reprende y enseña que la mejor manera de reinar no es por la fuerza y el dominio, sino por el servicio amoroso a los demás.

Este lenguaje es inaceptable para el mundo. Por ello, la misma institución eclesialística, en el pasado, cayó en el error y horror de dominar, y conquistar y controlar. Se olvidó del auténtico mensaje de Jesús. Si hoy la Iglesia ha de reinar en este mundo ha de hacerlo al estilo de Jesús, dedicándose al servicio de los demás hasta morir en un holocausto de amor. Si no seguimos estos pasos no seremos buenos cristianos.

Reconozcamos y adoremos a Cristo como Rey en la Iglesia, en el hogar, en la calle, en el trabajo, en la escuela y dondequiera que nos conduzca.

La Transfiguración

Exodo 34, 29-35, Salmo 99, 5-9, 2 San Pedro 1, 13-21, Lucas 9, 28-36

La liturgia del tiempo de Pentecostés nos trae un mensaje básico: la acción santificadora del Espíritu Santo en la Iglesia de Cristo.

Pentecostés era, en tiempo de Jesús, una celebración muy solemne de acción de gracias. Era una estación agrícola en la que se ofrecían a Dios los primeros frutos de la cosecha. Pentecostés es también significativo para nosotros, pues en ese evento se recogieron los primeros frutos del cristianismo.

El Espíritu Santo descendió ese día sobre la naciente iglesia de Cristo, y la llenó de poderosa vitalidad. La savia de sus dones hizo florecer todas las virtudes cristianas. La Iglesia de Cristo creció y se desarrolló con un vigor increíble. Desde entonces, Cristo Resucitado se comunica a las almas y su Espíritu transforma la faz de la tierra.

La liturgia de hoy nos presenta la extraordinaria escena de la Transfiguración del Señor. Celebración que cae en el corazón mismo del tiempo de Pentecostés. Tiempo de la obra santificadora del Espíritu. Las lecturas nos hablan de la vocación del pueblo de Dios a la santidad.

Ese llamado a la santidad tuvo lugar en los significativos acontecimientos del Monte Sinaí y del monte donde ocurrió la transfiguración de Jesús. El Monte Sinaí es el gran escenario del pacto personal de Dios con su pueblo. En el Levítico leemos: “Ustedes tienen que ser santos porque yo soy santo” (Lv 11, 45).

Una de las frases que revela el plan de Dios con su pueblo, tuvo lugar cuando en el Exodo (19, 6), al pie del Monte Sinaí, Dios le comunicó cuál era el ideal a seguir: “Ustedes me serán un reino de sacerdotes, un pueblo consagrado a mí”.

El plan de Dios era muy claro: su pueblo escogido, y en especial sus líderes, debían ser lazo de unión entre el creador y la criatura humana. Quiere que sean puente de salvación. La tarea fue larga y penosa. Los patriarcas y profetas escogidos consagraron sus vidas y lucharon por ese ideal divino de restaurar la naturaleza humana a su estado original de santidad.

Larga fue la historia. Hubo grandes triunfos y humillantes derrotas. Hechos de heroica santidad, así como pecados de vergonzosa traición a los ideales mesiánicos.

Al cumplirse los tiempos, Dios toma forma humana en la persona de Jesús de Nazaret para realizar definitivamente la obra de santidad: “Yo mismo voy a encargarme del cuidado de mí rebaño”, dijo el Señor por su profeta Ezequiel (34,11).

Jesús es ungido por el Espíritu Santo en el Bautismo. Como Moisés salió del agua para salvar. En el Bautismo de Jesús se inicia el nuevo pacto: “Este es mi Hijo, mi elegido, escúchenlo”. Palabras que se repiten en el monte donde tuvo lugar la transfiguración de Jesús. Y, frente a los principales líderes del nuevo Pueblo de Dios, tiene lugar un nuevo llamado a su Iglesia para llevar a cabo el definitivo plan salvífico de Dios.

En la Transfiguración de Jesús la liturgia nos invita a recordar la historia de nuestra salvación, a renovar en Cristo resucitado nuestra lealtad a la voluntad de su Padre y a ponernos bajo la influencia de su Espíritu para caminar seguros por el camino que lleva a la patria eterna.

En la celebración eucarística se nos invita a todos a subir al monte de la Transfiguración, donde Jesús quiere realizar en cada uno de nosotros el milagro de la transformación, de nuestra naturaleza pecadora, en modelos de verdaderos hijos e hijas de Dios.

La Festividad de Todos los Santos

Eclesiástico 44, 1-10, 13, 14, Salmo 149, Apocalipsis 7, 2-4. 9-14, Mateo 5, 1-12

El Hijo de Dios vino a la tierra no para facilitarnos el caminar por ella sino para anunciarnos algo grande y hermoso.

En el evangelio de hoy, Mateo nos presenta a Jesús como el nuevo Mesías, hablando desde un monte, ofreciendo una ley nueva, por la cual nos debemos guiar en esta tierra.

Las bienaventuranzas nos suenan como algo muy extraño. No nos caen bien. Es difícil apreciar el carácter paradójico de las mismas. Nos gustaría olvidarlas o ignorarlas cuanto antes. Nos gustaría que Jesús nunca las hubiera mencionado. Sin embargo, las bienaventuranzas constituyen una revolución moral que todavía no se ha llevado a su plenitud. Jesús no vino a esta tierra a facilitarnos las cosas sino a establecer un orden nuevo de valores. Jesús no condenó el placer ni los bienes materiales ni el dinero. No condenó al joven rico que le preguntó sobre la manera de lograr la perfección. Jesús le advirtió que colocara su corazón, no en la tierra sino en el cielo.

A Jesús le gustaba comer con amigos, con pecadores, en banquetes y en bodas. Le gustaba el buen vino, y el primer milagro que realizó, según el evangelio de Juan, fue convertir agua en vino, que fue el mejor de la boda. Y con todo, Jesús no vino a vivir una vida cómoda o de confort, sino a enseñarnos un camino nuevo.

No hay otro camino para el verdadero cristiano. Podemos gozarnos en la maravilla de la creación, podemos gozarnos en las cosas creadas y materiales, pero también tenemos que estar dispuestos a cargar con la cruz.

Hoy estamos celebrando la fiesta de Todos los Santos. Es una fiesta bella y muy significativa. Celebramos a santos pequeños y a santos grandes. A los famosos y a los desconocidos. Las lecturas del Eclesiástico y del Apocalipsis hacen referencia a todos ellos. Ahora bien, entre ellos podremos recordar también a nuestros familiares y amigos ya idos. Todos están con Dios.

El mensaje de esta fiesta, es un mensaje de esperanza y de fortaleza. En el prefacio de la liturgia leemos: “Porque en la multitud de tus santos, nos has rodeado de una gran nube de testigos, para que nos regocijemos en su comunión, y corramos con perseverancia la carrera que nos es propuesta, y, junto a ellos, recibamos la corona de la gloria que no se marchita”.

Así pues, aunque peregrinos todavía en este mundo, nos encaminamos alegres, guiados por la fe y animados por la gloria de los santos que ya están en el cielo. En ellos encontramos ejemplo y ayuda para nuestra debilidad.

El auténtico cristiano debe escalar con valentía y entereza la cumbre de la montaña, el auténtico cristiano debe esperar contra toda esperanza, y cuando todo aparece oscuro y tenebroso, el auténtico cristiano debe estar seguro de que un día se encontrará con todos los santos en el más allá.

San Pablo, en la Carta a los Hebreos, dedica todo el capítulo once para exaltar a los grandes modelos de la fe del Antiguo Testamento. Menciona a los más famosos: a Noé, a Abrahán, a Isaac y Jacob, a Sara, a Moisés, a Gedeón, Barac, Sansón, Jefe David Samuel y los profetas, y recuerda cómo vivieron y murieron heroicamente. Luego comienza el capítulo doce de esta manera: “Así pues, nosotros, rodeados de una nube tan densa de testigos, desprendámonos de cualquier carga y del pecado que nos acorrala; corramos con constancia la carrera que nos espera, fijos los ojos en el que inició y consumó la fe, en Jesús” (Heb 12, 1).

Iniciamos esa carrera el día de nuestro bautismo. En muchas iglesias, hoy, se celebrarán bautismos, y se recibirán a nuevos cristianos que nos acompañarán en este caminar hacia la gloria. Si no se celebran bautizos, este es un día indicado para renovar las promesas bautismales, en lugar de recitar el Credo. En el bautismo contraemos unas responsabilidades de ayuda mutua. No podemos renovar las promesas de una manera superficial, sino con pleno conocimiento de lo que hacemos. Renovadas las promesas, realmente podemos celebrar con alegría este día, porque todos somos santos. Leemos en la Carta a los Gálatas, “Los que os habéis bautizado consagrándoos a Cristo os habéis revestido de Cristo” (Gal 3, 27). Somos uno en Cristo, y ni la edad ni el color ni la nacionalidad nos podrán separar, porque somos uno en Cristo. ¡Celebremos la fiesta!”

Note

Note

Note

Note

**The Office of Hispanic Ministry
The Episcopal Church Center
815 Second Avenue
New York, NY 10017**